



PAUPERES EVANGELIZANTUR

**La caridad pastoral como elemento unificador de la vida
sacerdotal a la luz del Card. Marcelo González Martín**

Autor: Álvaro García Paniagua

Director. Francisco José López Sáez

MADRID

mayo, 2022



PAUPERES EVANGELIZANTUR

**La caridad pastoral como elemento unificador de la vida
sacerdotal a la luz del Card. Marcelo González Martín**

Por

Álvaro García Paniagua

Visto bueno del director

Prof. Francisco José López Sáez

Fdo.

MADRID, mayo de 2022

A mis padres,
a la archidiócesis de Toledo,
especialmente a los arzobispos,
sacerdotes y seminaristas
que tanto me han ayudado
a amar a Cristo Sacerdote.

A Santiago Calvo y a José Luis Galán
por custodiar con tanto cariño el legado
del cardenal Marcelo González Martín

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
PRIMERA PARTE.....	5
EN LAS FUENTES TEOLÓGICAS DE LA CARIDAD PASTORAL	5
CAPÍTULO I: CONSIDERACIONES BÍBLICO-TEOLÓGICAS	6
1. FUNDAMENTACIÓN BÍBLICA: LA CARIDAD	6
1.1 Dios es amor. 1 Jn 4,7-16. Jn 3,16	7
1.2 La caridad como camino. 1 Co 13,1-13.....	11
2. FUNDAMENTACIÓN BÍBLICA: EL PASTOR.....	13
2.1 Dios pastorea a su pueblo. Salmo 23 y Ezequiel 34.....	13
2.2 La oveja perdida. Lc 15,2-7 y Mt 18,12-14.....	15
2.3 El buen pastor. Juan 10, 1-18	16
2.3.1 Yo soy la puerta	18
2.3.2 Yo soy el buen pastor	20
2.3.3 Cordero sacrificado.....	21
2.4 Apacienta a mis ovejas. Juan 21,15-18	22
CAPÍTULO II: CARIDAD PASTORAL EN EL CONCILIO VATICANO II Y RECEPCIÓN HISTÓRICA.....	24
1. PRESBYTERORUM ORDINIS	25
1.1 PO 14.....	25
1.2 PO 15-17 (obediencia, castidad y pobreza)	27
2. PASTORES DABO VOBIS.....	30
2.1 PDV 23.....	30
3. EL DIRECTORIO PARA EL MINISTERIO Y LA VIDA DE LOS PRESBITEROS. FORMAR PASTORES MISIONEROS. PLAN DE FORMACIÓN SACERDOTAL.....	32
3.1 Directorio: 54-55.....	32
3.2 Formar pastores misioneros. Plan de formación sacerdotal.....	33

4. JORNADAS ANUALES DE LA COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO.....	34
<i>4.1 El sacramento del orden como fuente de la caridad pastoral.....</i>	<i>34</i>
<i>4.2 La eucaristía como alimento de la caridad pastoral.....</i>	<i>36</i>
<i>4.3 La caridad pastoral informa otras virtudes del pastor.....</i>	<i>38</i>
CONCLUSIÓN PRIMERA PARTE.....	39
SEGUNDA PARTE	42
ASPECTOS DESTACADOS DE LA CARIDAD PASTORAL EN EL MINISTERIO DEL CARDENAL MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN.....	42
CAPÍTULO III: SEMBLANZA DEL CARDENAL Y SU PARTICIPACIÓN EN EL CONCILIO VATICANO II.....	43
1. SEMBLANZA.....	43
<i>1.1 Infancia.....</i>	<i>43</i>
<i>1.2 Formación teológica y sacerdocio.....</i>	<i>45</i>
<i>1.3 Obispo de Astorga.....</i>	<i>47</i>
<i>1.4 Arzobispo de Barcelona.....</i>	<i>49</i>
<i>1.5 Arzobispo de Toledo.....</i>	<i>51</i>
2. CARDENAL MARCELO: PADRE CONCILIAR.....	53
<i>2.1 Antes del Concilio.....</i>	<i>54</i>
<i>2.2 Durante el Concilio.....</i>	<i>55</i>
2.2.1 Primera etapa. Otoño 1962.....	55
2.2.2 Segunda etapa. Otoño 1963.....	56
2.2.3 Tercera etapa. Otoño 1964.....	57
<i>2.3 Aplicación del Concilio.....</i>	<i>59</i>
CAPÍTULO IV: LA FORMACIÓN DEL CORAZÓN SACERDOTAL SEGÚN EL CARDENAL MARCELO.....	63
1. FORMACIÓN INICIAL. SEMINARIO	64
<i>1.1 Formación intelectual</i>	<i>66</i>
<i>1.2 Vida de piedad.....</i>	<i>67</i>

1.3 <i>Formación pastoral</i>	68
2. FORMACIÓN PERMANENTE	69
2.1 <i>Amor a la Iglesia y fraternidad sacerdotal</i>	74
2.2 <i>Caridad pastoral y celibato</i>	78
3. CARIDAD PASTORAL Y AMOR A LOS MÁS POBRES	80
3.1 <i>Evangelización</i>	80
3.2 <i>Cuidado de los pobres</i>	82
CONCLUSIÓN SEGUNDA PARTE	84
TERCERA PARTE	86
VIVIR LA CARIDAD PASTORAL EN EL AQUÍ Y EN EL AHORA.....	86
CAPÍTULO V: TRES RASGOS DEL BUEN PASTOR. LA ACEDIA. FRATERNIDAD	
SACERDOTAL	87
1. TRES RASGOS DEL CORAZÓN DEL BUEN PASTOR	87
1.1 <i>Dar la vida en actitud de servicio</i>	87
1.2 <i>Con un corazón compasivo</i>	93
1.3 <i>Siempre alegres</i>	95
2. LA ACEDIA: PELIGRO CONTRA LA CARIDAD PASTORAL	97
3. FRATERNIDAD SACERDOTAL: OBJETO DIRECTO DE LA CARIDAD PASTORAL	103
CONCLUSIÓN TERCERA PARTE	106
CONCLUSIÓN GENERAL	108
BIBLIOGRAFÍA:.....	111

SIGLAS Y ABREVIATURAS

PO	Presbyterorum Ordinis
LG	Lumen Gentium
PDV	Pastores Dabo Vobis
EG	Evangelii Gaudium
Ed	Edición
Dir	Dirigido

INTRODUCCIÓN

A la hora de abordar un trabajo como una tesina, el primer interrogante que surge es elegir cuál va a ser el tema. La idea es que sea una cuestión que interese al hombre de hoy y que sirva como instrumento para ayudar a los demás en sus situaciones concretas. De esta manera me lo planteé y, teniendo en cuenta que la mayor parte de mi ministerio sacerdotal lo he ejercido dedicándome a la atención de los seminaristas y de los sacerdotes, me parecía oportuno tocar un tema que estuviese relacionado con la vida sacerdotal.

A esto, añadí la idea de profundizar en los escritos del cardenal Marcelo González Martín, arzobispo de Toledo. Yo lo había conocido durante mi periodo de seminarista ya que fue arzobispo de Toledo desde enero de 1972 hasta junio de 1995, fecha en que fui ordenado diácono por él. Siempre me había impresionado su manera de predicar, su amor a la Iglesia y el deseo de que los sacerdotes se formaran bien según las directrices marcadas por los documentos del Concilio Vaticano II como continuidad con la tradición anterior y no como ruptura.

Sumando estos dos aspectos pensé en elaborar un trabajo sobre la caridad pastoral en el que apareciesen tres elementos que, al mismo tiempo, sirviesen como objetivos a conseguir una vez terminado. Por un lado, profundizar en el contenido del binomio caridad pastoral. ¿A qué está apuntando el concilio cuando lo acuña e insiste en su desarrollo en el magisterio posterior? ¿De qué tipo de caridad estamos hablando? ¿Por qué la caridad tiene que ser pastoral y no de otro tipo? Son interrogantes que enseguida se suscitan y que, sin pretender agotar todo el contenido, se intentan responder en la primera parte de la tesina.

Esta primera parte está dividida en dos capítulos. En el primero, aparece la explicación de la caridad pastoral desde la Sagrada Escritura. Y en el segundo, se muestra el concepto en los documentos del Concilio Vaticano II y su desarrollo posterior en el magisterio y en los documentos explicativos de la Conferencia Episcopal Española. Por lo tanto, en el primer capítulo nos detenemos en descubrir cuál es el contenido de los términos caridad y pastor. Para la caridad acudimos al evangelista Juan y al apóstol Pablo pues nos marcan de una manera muy clara en qué consiste la caridad. Para el pastor, necesitamos ir al Antiguo Testamento, pues hay varios textos que utilizan esta imagen y

aportan datos muy interesantes sobre quién es el pastor y cuáles deben de ser sus aptitudes y acciones. Además, nos acercamos al Nuevo Testamento, especialmente al capítulo 10 del evangelio de Juan, pues recoge las ideas aportadas con anterioridad y da nuevos datos que son fundamentales para entender lo que es la caridad pastoral.

En el segundo capítulo, la mirada se dirige a los documentos del Concilio Vaticano II. En concreto a *Presbyterorum Ordinis* y, en menor medida, a *Lumen Gentium*. Es en estos documentos donde se trata el tema de la caridad pastoral tanto en los obispos como en los presbíteros. Estos textos ponen sobre la mesa la importancia de vivir la caridad pastoral, pero será necesario un posterior desarrollo para ver más detenidamente en qué consiste, cómo poder obtenerla, mantenerla y qué elementos sustanciales produce en la vida del sacerdote. En todo este capítulo se intenta responder a esas cuestiones.

Por otro lado, el segundo objetivo que me había marcado era profundizar en los escritos del cardenal Marcelo, conocer mejor su vida y su pontificado totalmente marcado por la convocatoria, participación y aplicación del Concilio Vaticano II. Así es, don Marcelo fue elegido obispo de Astorga unos meses antes de que el papa Juan XXIII convocara el concilio el 25 de diciembre de 1961, de tal manera que su vida episcopal transcurrió, primero, preparándolo y motivando a la gente a que lo viviera como un momento eclesial de primera magnitud, después, participando en él con entusiasmo y haciendo aportaciones sustanciosas que luego fueron recogidas por distintos documentos conciliares; y, finalmente, llevándolo a la práctica en Barcelona y Toledo, pues al volver de las sesiones conciliares enseguida fue trasladado de Astorga a la ciudad condal.

Desde este punto de vista, se entiende mejor el esfuerzo que hizo el cardenal para que en los seminarios y en los presbiterios se conociesen los textos conciliares y se aplicasen en la formación inicial y permanente. Este trabajo pretende poner el acento en la figura de don Marcelo como padre conciliar y gran aplicador del concilio en continuidad con la tradición.

Este objetivo está desarrollado en la segunda parte del trabajo que se compone de dos capítulos. El tercer capítulo se centra en la semblanza de don Marcelo y en su figura como padre conciliar. Aparece cómo lo preparó, sus participaciones más enjundiosas y los desvelos que tuvo que pasar para aplicarlo en momentos de gran dificultad y crisis postconciliar. Por su parte, el capítulo cuarto desarrolla el camino de formación sacerdotal que marcó al llegar a la archidiócesis de Toledo. Su programa quedó señalado en la carta pastoral “Un seminario nuevo y libre” donde ponía las pautas que había que seguir en la formación integral de los seminaristas después del concilio y que también servían para

ser aplicadas en la formación permanente del clero. La caridad pastoral necesita estar enraizada en Cristo, vivirse en la Iglesia y que se haga concreta en las necesidades de los hombres, de una manera especial de los pobres. Este elemento social y caritativo no está tan recordado en la vida de don Marcelo, sin embargo, al ver su predicación y las obras que realizó está muy presente. Esto aparece también en este cuarto capítulo.

El tercer objetivo que me había marcado consistía en acercarme al corazón del sacerdote en la actualidad para ver cómo la caridad pastoral sigue siendo necesaria, quizás en este momento de una manera especial, por las heridas que proliferan en el interior de las personas y que tienen que ser sanadas por la caridad del Buen Pastor a través de sus sacerdotes. Soy consciente de que habría que hacer un trabajo con más detenimiento sobre los rasgos que debe tener el corazón del pastor hoy, sobre las dificultades que puede encontrar en la sociedad actual para vivirlo y sobre el campo de heridas que se abren en el horizonte de la existencia humana en el siglo XXI.

Evidentemente, no puedo profundizar mucho en estos temas pues haría falta una tesina dedicada en totalidad a tratarlos. Pero sí me parecía importante tocarlo y señalar algunos aspectos que considero fundamentales o urgentes. En cuanto a las cualidades del pastor que vive la caridad pastoral me detengo en tres: actitud servicial, compasión y alegría. En relación con las dificultades me fijo en el pecado de la acedia y, por último, al mirar los lugares donde el sacerdote debe de aplicar la caridad pastoral, pongo el acento en el cuidado de los hermanos sacerdotes. Estos aspectos son los que aparecen en la tercera parte de la tesina que se compone de un único capítulo, el quinto. Por lo tanto, la tesina está dividida en tres partes distintas, pero que tienen como hilo conductor la caridad pastoral: en la primera se estudia qué es la caridad pastoral, en la segunda se explica cómo don Marcelo la asume como padre conciliar y la aplica en la formación de sus sacerdotes, y en la tercera se ve la importancia de conocer las dos partes anteriores como instrumentos para que el sacerdote viva la caridad pastoral en el aquí y el ahora.

Finalmente, para realizar el trabajo he acudido a una bibliografía distinta para cada una de las partes. Para la primera parte, he utilizado textos de autores clásicos que explican el sentido de la caridad y del pastor en la Sagrada Escritura y a algunos comentarios bíblicos que lo desarrollan. Para la parte magisterial, he ido a las fuentes documentales del concilio, a algunos textos de los papas posteriores que abordaban el tema y a varios comentarios de estos documentos.

Para la segunda parte del trabajo, me he servido de las fuentes documentales que la archidiócesis de Toledo posee sobre los escritos de don Marcelo. Todas sus

intervenciones están recogidas en doce volúmenes habiendo sido seleccionados por temas. Estos textos han sido un pozo sin fondo donde buscar su visión del concilio, del sacerdocio, de la centralidad de Cristo en la vida del sacerdote, de su sentir con la Iglesia, de la necesidad de la evangelización o de su amor por los pobres. Asimismo, se conservan las actas en latín de sus intervenciones en el concilio y son varias las biografías que se han escrito sobre esta figura eclesial tan relevante en la segunda mitad del siglo XX. En este sentido, se espera con anhelo la próxima publicación biográfica del cardenal Marcelo que está escribiendo el que fue su secretario particular don Santiago Calvo.

Para la tercera parte, he utilizado artículos de actualidad sobre el tema, documentos de los papas recientes y distintos comentarios. La idea es recoger aspectos actuales que nos ayudan a comprender mejor qué es la caridad pastoral, cómo debemos de cuidarla y en dónde tenemos que aplicarla, descubriendo que hay una gran continuidad entre lo que la Sagrada Escritura revela, el magisterio enseña, don Marcelo aplica y el modo en que tenemos que vivirlo en estos momentos.

PRIMERA PARTE

EN LAS FUENTES TEOLÓGICAS DE LA CARIDAD

PASTORAL

CAPÍTULO I: CONSIDERACIONES BÍBLICO-TEOLÓGICAS

En este capítulo de la primera parte nos vamos a detener a considerar algunas características que podemos deducir de los textos bíblicos referidos tanto a la caridad como al pastor. Tomamos en cuenta aquellos pasajes que nos parecen más relevantes y que creemos que más pueden aportar al tema que estamos estudiando. En un primer momento, nos acercamos al término caridad, especialmente en san Juan y en san Pablo, para pasar, en un segundo momento, al vocablo pastor, tanto en pasajes del Antiguo como del Nuevo Testamento.

1. Fundamentación bíblica: la caridad

A la hora de hablar sobre la caridad enseguida sentimos la necesidad de volver nuestra mirada hacia Dios. Sabemos que no podemos definirlo, ya que eso sería introducirlo en unos límites y Dios sobrepasa todas esas fronteras. Sin embargo, la Sagrada Escritura nos va mostrando cómo Dios se revela al hombre, de tal manera que podemos otear en el horizonte algunos rasgos que sabemos que son propios de Dios, aunque no lo agoten. Así, por ejemplo, podemos decir sin miedo a equivocarnos que Dios es creador, es rico en misericordia o es amor.

El hombre tiene capacidad para conocer que Dios es amor. De hecho, será fundamental para su vida descubrir esta verdad. La persona debe tener un encuentro con el amor de Dios que la haga confesar que ha creído en ese amor; es tan fuerte esta experiencia que le marca para toda su vida y le muestra un nuevo horizonte como existencia¹. Este encuentro con el amor de Dios será tan decisivo para su existencia que la concretará como desarrollo de amor hacia Dios, hacia sí mismo y hacia el prójimo, incluyendo todo lo creado.

Podemos descubrir el amor de Dios en su actuar. Ya en el Antiguo Testamento vemos cómo Dios se hace cercano al hombre y va realizando distintas Alianzas que manifiestan su amor hacia él y su deseo de habitar en medio del pueblo y de que éste responda con generosidad a esa presencia. Así, los profetas nos hablan del amor paterno-

¹ Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n° 1.

materno de Dios con su pueblo (Is 44,1-2; Os 11,3-4), del amor esponsal (Jer 2,3; Ez 16,3-14) o del amor de amistad (Is 41,8). Pero será en el Nuevo Testamento donde descubramos el amor de Dios con una dimensión totalmente nueva. Este amor se manifestará en la relación entre el Padre y el Hijo y tendrá su culmen con la entrega del Hijo².

San Juan evangelista será quien apunte en la dirección de que Dios es amor afirmando que él nos ha amado primero y que espera una respuesta libre y amorosa por nuestra parte. Pero será san Pablo el que primero nos muestre el camino del amor como lo central y propio del cristiano. Me detengo en alguno de los textos que considero claves para entender a qué nos estamos refiriendo cuando hablamos de caridad y que pueden iluminar el concepto de caridad pastoral. Evidentemente, los textos que nos hablan del amor de caridad en el Nuevo Testamento son numerosísimos y aportan muchos matices, pero no es pretensión de este trabajo abordar esta realidad en su conjunto, sino dar unas claves que nos ayuden a situar la caridad pastoral en orden a comprender mejor qué quiere decir el Concilio Vaticano II cuando habla de caridad pastoral en la vida del sacerdote.

1.1 Dios es amor. 1 Jn 4,7-16. Jn 3,16

Antes de seguir adelante, es importante distinguir los distintos matices que puede tener la palabra amor en la Sagrada Escritura. En ella se utilizan tres términos griegos relativos al amor³: por un lado, *eros*, que aparece muy pocas veces en el Antiguo Testamento y nunca en el Nuevo, hace referencia a un arrebatado que prevalece sobre la razón y que, en el contexto religioso, pretendía que la persona quedase estremecida por la potencia divina. En verdad, el *eros* no elevaba hacia lo divino, sino más bien producía la degradación del hombre. Por otro lado, *filia*, que es utilizado especialmente por el evangelista Juan y hace referencia al amor de amistad que se daba entre Jesús y sus discípulos. Y, finalmente, *agape*, que es el más utilizado en los escritos neotestamentarios y expresa de una manera más adecuada el nuevo modo de entender el amor fruto de la nueva vida dada por Cristo. Frente al *eros* centrado en sí mismo, el *agape* es amor que se ocupa del otro, no desea embriagarse en su propia felicidad, sino que busca el bien del

² Cf. Saturnino Gamarra, *Manual de espiritualidad sacerdotal* (Burgos: Monte Carmelo, 2008), 310-311.

³ Cf. Mario Sbaffi, "Caridad", en *Nuevo diccionario de espiritualidad*, 5ª ed., dir. Stefano de Fiore y Tullo Goffi (Madrid: Ediciones Paulinas, 1991), 156.

amado hasta el punto de estar dispuesto a la renuncia y al sacrificio⁴. A continuación, vamos a ver un texto que es fundamental en relación con el tema que estamos tratando y que nos da las claves para ubicar en su sitio el amor de caridad:

«Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo, como Salvador del mundo. Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1Jn 4,7-16)

En este pasaje san Juan nos habla del amor de *agape*. Dios es amor, pero no un amor centrado en sí mismo, sino un amor que se expande y que tiene vida en el seno de la Trinidad y en relación con el hombre. Dios es amor, tiene vida de amor y nos ama con locura. Este es el principio y fundamento de toda caridad. Podemos decir que el origen de toda caridad está en Dios, que es amor. La capacidad para amar y ser fiel en el amor hasta el final es propia de Dios, pero él nos hace partícipes de esta capacidad de un modo relativo y nos invita a amarle y a amar al prójimo con su estilo. De esta manera, todo cristiano, y especialmente el sacerdote que vive la caridad pastoral, tiene que beber del amor divino para que su vida sea fecunda y efectiva⁵.

Por lo tanto, para san Juan, amar a Dios y al prójimo no es un mero cumplimiento de un mandamiento o una fidelidad a una norma establecida. Más allá de todo eso, amar es la exigencia natural del hombre, porque Dios es amor y todo el que ha nacido de Dios tiene que amar. La condición es haber nacido de Dios. Podemos decir que cuando Dios

⁴ Cf. *Deus caritas est*, n° 3-6.

⁵ Cf. Luis Ángel Montes, *La centralidad de la caridad pastoral en la vida y misión del sacerdote* (Santander: Sal Terrae, 2014), 45-47.

engendra a los cristianos les comunica su propia naturaleza y su vida. Desde el momento en que somos hijos tenemos la capacidad de amar como nuestro Padre celestial. De hecho, la vida de caridad del discípulo es la puesta en obra y la prueba de su filiación⁶.

Junto a esta definición de Dios como amor y tras descubrir que somos nuevas criaturas engendradas por Dios, el texto nos muestra que el amor de Dios se nos hace visible a través del envío del Hijo para salvarnos. Dios nos ha amado primero, nos ha enviado a su propio Hijo y nos ha amado hasta el extremo, pues «nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13). Solo podemos amar de verdad al prójimo si llevamos el amor de Cristo derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Rm 5,5). Por esta razón, Juan insiste en que hemos recibido el don del Espíritu y que Cristo nos ha redimido y reconciliado con el Padre. Cuando esto se produce tenemos el amor de Dios dentro de nosotros y, por lo tanto, podemos amar a los demás con un amor oblativo al ejemplo de Jesús que se entregó a la muerte de cruz por nosotros. Por lo tanto, una de las características del amor verdadero es que éste se entrega y se expande. Es curioso ver cómo Juan fundamenta el amor mutuo en el amor de Dios. Lo normal sería que al ver cuánto nos ha amado Dios nosotrosuviésemos que devolverle amor, pero insiste en que al igual que Dios nos ama nosotros debemos amarnos los unos a los otros⁷.

Otro elemento fundamental que nos indica el texto joánico es la necesidad de permanecer en el amor. No basta con haber nacido de Dios para luego vivir alejado de él. Es necesario permanecer en Dios para que el amor no se agote. Precisamente, la gran tentación contra el amor consiste en que el hombre se centre en sí mismo y viva al margen de quien es la fuente del amor. El mismo Jesús así nos lo indicará estando en el Cenáculo con sus discípulos: «Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí» (Jn 15,4).

De esta manera, solo el que permanece en el amor de Cristo da fruto y es capaz de amar a Dios y al prójimo. Esta permanencia en el amor conlleva que la persona cuide la vida sacramental, la vida de gracia, la amistad con el Señor, su relación de intimidad con él. En el momento en el que nos separamos del amor de Cristo perdemos consistencia y nos incapacita para vivir una vida de verdadero amor de caridad.

⁶ Cf. Ceslas Spicq, *Agape en el nuevo testamento* (Madrid: Cares, 1977), 1206-1207.

⁷ Cf. Felipe Fernández, “Primera carta de san Juan”, En *Comentario al Nuevo Testamento*, 2ªed. (Madrid: La casa de la Biblia, 1995), 683.

Por lo tanto, el amor del Padre se nos ha revelado en el Hijo. Desde aquí hay que entender la caridad pastoral. Jesús se ha encarnado, ha vivido su vida oculta en Nazaret, ha pasado los años de vida pública que han culminado con su pasión, muerte y resurrección como signo de su entrega y amor hasta el extremo. Todo su itinerario vital es una muestra de lo que es una vida desde el amor, desde la encarnación hasta la vuelta al Padre. Pero, de una manera especial, descubrimos este amor en su muerte y resurrección, pues en ella vemos al Pastor que da la vida por sus ovejas. Es en el Calvario donde se juntan las dos realidades, la del Amor y la del Pastor.

Es aquí donde encontramos la raíz y el corazón del sacerdocio. Es en el Cenáculo y en el Calvario donde se forma el corazón sacerdotal. El sacerdote bebe del amor de Dios y pastorea al pueblo a él confiado con el estilo de ese amor, es decir, a ejemplo del buen Pastor que amando da la vida por sus ovejas. Cristo es el modelo de todo sacerdote y la fuente de su vida sacerdotal. Cuando el sacerdote tiene en cuenta esto, vive la caridad pastoral y es cauce para que la gracia de Dios actúe en el corazón de los fieles. Es iluminador en este sentido las palabras que Jesús le dice a Nicodemo: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).

En este pasaje el evangelista nos muestra la misión del Hijo. En el origen de su obra redentora está el amor de Dios hacia los hombres. Es un amor singular, propio de Dios. Para san Juan el comienzo de todas las iniciativas divinas está en su amor y tiene su epifanía más clara en la encarnación y en la muerte y resurrección del Hijo. Podríamos decir que Dios es amor y la prueba de ello está en esta doble intervención histórica. Además, este amor tiene como objeto al hombre y se extiende a todos en general. Es toda la humanidad la que está llamada a creer en él, a tener vida eterna y a ser partícipe de este amor divino. Por otro lado, si el amor se mide por el don, el Padre entrega lo más querido, su propio Hijo. No hay don más grande y, por consiguiente, no hay amor mayor. El hombre lo que tiene que hacer es acoger este don ofrecido en orden a su salvación. Al creer acepta el amor de Dios y es a través de este amor como se establecen los vínculos entre Dios y los hombres. Y es en Cristo como el creyente accede al conocimiento y a la vida de Dios⁸.

Así pues, podemos amar como Jesús porque hemos sido engendrados por Dios que es amor. Participamos de su vida y nos movemos en amor cuando permanecemos

⁸ Cf. Spicq, *Agape*, 1022-1028.

unidos a él. El principio y origen de nuestro amor está en Dios y nuestro amor se expande tanto hacia Dios como hacia el prójimo. El objeto primero de nuestro amor es Dios, pero Dios quiere que le devolvamos el amor amando al prójimo⁹. Ambos amores nacen de la misma fuente y tienen la misma naturaleza. Todo bautizado debe tener como distintivo propio de su condición filial el amor.

1.2 La caridad como camino. 1 Co 13,1-13

Si san Juan nos ha mostrado que Dios es amor, san Pablo nos ilumina sobre la caridad como camino para el cristiano. En sus escritos encontramos setenta y cinco veces el término *agape*. Evidentemente, aparece en diversos contextos y con diferentes matices. Lo que está claro en todo momento es que para Pablo el cristiano tiene que adherirse al amor de Dios y debe responder por la caridad hacia Dios y al prójimo. Cualquier práctica moral que realiza el creyente tiene como fuente el amor de Dios que ha sido infundido en su interior. De hecho, el texto que he escogido de Corintios nos presenta una exhortación parenética donde se nos muestra una enseñanza de la mayor importancia sobre la moral cristiana: no soy nada y nada me aprovecha si no tengo caridad. Esto significa que toda la vida del creyente tiene que estar impregnada por la caridad; si falta ésta, no estoy viviendo la nueva vida proporcionada por Cristo. Por lo tanto, se muestra la necesidad de la caridad en todo¹⁰. Veamos el texto dirigido a los corintios:

«Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha.

La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita, no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta.

La caridad no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Porque parcial es nuestra ciencia y parcial nuestra profecía.

⁹⁹ Arnaldo Pigna, "Caridad", en Diccionario de espiritualidad, Vol. 1. 2ª ed., dir. Ermanno Ancilli (Barcelona: Herder, 1987), 318.

¹⁰ Cf. Spicq, *Agape*, 465.

Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo parcial. Cuando yo era un niño, hablaba como un niño, pensaba como un niño, razonaba como un niño. Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño. Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido.

Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad» (1 Co 13,1-13).

En la segunda estrofa, el apóstol indica las características de la moral que brota del amor que el creyente lleva en su corazón. Podemos decir que el que vive desde el amor es paciente y servicial o no se irrita ni es envidioso. A través de elementos positivos y negativos va describiendo cómo es la nueva conducta del cristiano, aquello que el amor hace y lo que no hace. En la parte final, nos habla sobre la perfección y la duración eterna de la caridad. La caridad permanece siempre y, además, es la mayor de todas las virtudes¹¹.

Así pues, el amor es el único don indispensable que nos otorga Dios para que podamos vivir la vida que Cristo nos ha dado con su muerte y resurrección. Los carismas podemos tenerlos o no. Pero el amor ha de estar siempre presente y activo en cualquier conducta cristiana. Además, este amor es eterno e inmutable, es decir, no se acaba con este mundo, sino que permanece en la patria celeste. De esta manera, la caridad se convierte en el único camino de perfección para llegar a Dios y todos los otros deberes morales tendrán que subordinarse a esta realidad. Es más, la caridad es el mayor de los regalos concedido por Dios, porque, mientras que los otros dones son medios para alcanzar la perfección y la bienaventuranza, la caridad es la misma bienaventuranza¹².

Si esto es así para todo cristiano, evidentemente, también lo es para el sacerdote. Toda la vida del presbítero tiene que girar en torno al amor y todas sus acciones tienen que estar impregnadas por la caridad. De esta manera, la acción pastoral no se convierte en un mero cumplimiento de las tareas y se evita la tentación de convertirse en un funcionario que ejecuta correctamente el trabajo encomendado. Cuando el amor de caridad lo invade todo, entonces se vive la caridad pastoral.

¹¹ Cf. *Ibid.*, 466.

¹² Cf. AA.VV. *Sagrada Biblia comentario, Primera carta a los corintios* (Pamplona: Eunsa, 2010), 1229-1230.

2. Fundamentación bíblica: el pastor

Así pues, la caridad pastoral solo puede comprenderse desde el amor de Dios que se nos ha revelado en Cristo. De manera que el sacerdocio hay que entenderlo siempre desde el amor. Pero el amor no permanece estático, sino que se mueve y se manifiesta a través de gestos concretos y con personas que tienen un rostro. Es precisamente, a través de la imagen del pastor como Jesús nos revela en qué consiste, de manera concisa, su misión de amor para con el hombre. Nos detenemos en algunos pasajes bíblicos donde aparece la imagen del pastor que conduce al rebaño, lo cuida y da la vida por él.

2.1 Dios pastorea a su pueblo. Salmo 23 y Ezequiel 34

Ya en el Antiguo Testamento se había utilizado esta imagen en distintas ocasiones. La más significativas las encontramos en los salmos y en el profeta Ezequiel. Cito dos textos que recogen de manera nítida en qué consistía la labor de los buenos pastores y el deseo de Dios de pastorear él mismo a su rebaño:

«El Señor es mi pastor, nada me falta. Por prados de fresca hierba me apacienta. Hacia las aguas de reposo me conduce, y conforta mi alma; me guía por senderos de justicia, en gracia de su nombre. Aunque pase por valle tenebroso, ningún mal temeré, porque tú vas conmigo, tu vara y tu cayado, ellos me sosiegan. Tú preparas ante mí una mesa frente a mis adversarios; unges con óleo mi cabeza, rebosante está mi copa. Sí, dicha y gracia me acompañarán todos los días de mi vida; mi morada será la casa de Yahvéh a lo largo de los días» (Sal 23,1-6)

«Porque esto dice el Señor Dios: Yo mismo buscaré a mi rebaño y lo cuidaré. Como cuida un pastor de su grey dispersa, así cuidaré yo de mi rebaño y la libraré, sacándolo de los lugares por donde se había dispersado un día de oscuros nubarrones. Sacaré a mis ovejas de en medio de los pueblos, las reuniré de entre las naciones, las llevaré a su tierra, las apacentaré en los montes de Israel, en los valles y en todos los poblados del país» (Ez 34,11-13).

En estos textos se muestra la solicitud por parte de Dios para con su pueblo. Ya no enviará a otros pastores, sino que él mismo será el pastor del rebaño. Además, a través de los verbos, se marca su estilo de pastoreo: buscar, cuidar, librar, sacar, reunir, llevar,

apacentar, conducir, confortar, guiar, sosegar, preparar, ungir y acompañar. Es el amor de Dios con Israel que se hace visible a través de estas acciones. Frente a la actitud de los malos pastores que solo buscan su propio interés, que se aprovechan de las ovejas y que no están dispuestos a mover un dedo en beneficio de ellas, aparece la figura del pastor solícito, que sale de sí mismo y busca a las ovejas para cuidarlas¹³.

Otro elemento que aporta el profeta Ezequiel es la referencia sobre quién será el pastor que guiará al rebaño. Sigue diciendo el profeta: «Suscitaré un único pastor que las apacienta: mi siervo David; él las apacentará, el será su pastor. Yo el Señor, seré su Dios, y mi siervo David, príncipe en medio de ellos. Yo, el Señor, he hablado» (Ez 34,23-24).

La profecía, en un primer momento, hace referencia a la acción de gobierno del rey David. Dios pastorea a su pueblo a través del monarca que él ha elegido para que gobierne a Israel. Ya en el antiguo Oriente, tanto en el ambiente sumerio como en el asirio y babilónico, se consideraba al rey como al pastor elegido por Dios. De hecho, el apacentar al pueblo era una imagen de su tarea como gobernante; además de su preocupación por los más débiles¹⁴. Pero, en un segundo momento, la profecía hace referencia a Jesucristo. Podemos decir que Dios Pastor es el Padre de Jesucristo y que el pastor de la familia de David es el Hijo encarnado, descendiente de David¹⁵.

Volviendo al cuidado de las ovejas, esta atención conlleva buscar la que se ha perdido, sacarla del lugar donde se encuentra con el fin de reunir la en un solo rebaño, darla el alimento necesario y llevarla al lugar preparado para ella. El profeta Ezequiel muestra este cuidado amoroso de Dios en el versículo 16: «Buscaré a la oveja perdida, recogeré a la descarriada; vendaré a las heridas; fortaleceré a la enferma; pero a la que está fuerte y robusta la guardaré: la apacentaré con justicia» (Ez 34,16).

Como vemos en este pasaje importa cada oveja y ninguna se da por perdida. La que está descarriada, enferma o herida es la que necesita más de las atenciones del pastor. De esta manera, la misericordia aparece como una de las claves fundamentales de la acción del pastoreo. Acercarse a cada uno, conocer su situación personal, aplicar la medicina que necesita y darle el alimento adecuado para su fortalecimiento, se convertirán en los signos distintivos de la acción de los buenos pastores.

¹³ Cf. AA.VV. *Sagrada Biblia comentario, Ezequiel* (Pamplona: Eunsa, 2010), 830.

¹⁴ Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret* (Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 2007), 321.

¹⁵ Cf. Montes, *La centralidad de la caridad pastoral*, 52.

2.2 La oveja perdida. Lc 15,2-7 y Mt 18,12-14

El Señor insistirá en estos mismos aspectos tal y como se ve reflejado en dos textos de los evangelios sinópticos. Por un lado, en el pasaje de la oveja perdida de Lucas se nos dice:

«Los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: “este acoge a los pecadores y come con ellos”. Entonces les dijo esta parábola. ¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la pone contento sobre los hombros; y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos, y les dice: alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido. Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión» (Lc 15,2-7).

Por otro lado, el texto de Mateo afirma:

«¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y se le descarria una de ellas, ¿no dejará en los montes las noventa y nueve, para ir en busca de la descarriada? Y si llega a encontrarla, os digo de verdad que tiene más alegría por ella que por las noventa y nueve no descarriadas. De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda ni uno solo de estos pequeños» (Mt 18,12-14).

Ambos textos tienen en común varios elementos. En los dos se nos habla de la acción del pastor en relación con una oveja que se ha descarriado. Ambos son capaces de dejar al resto del rebaño para buscarla. También se muestra la alegría que encuentra el pastor al encontrar la oveja perdida y el deseo de Dios de que todos se conviertan y vayan al cielo. Pero, al mismo tiempo, encontramos matices distintos, tanto en la acción del pastor como en el contexto en el que se produce esta acción.

El texto de Lucas se sitúa en medio de la polémica suscitada por los fariseos que no entienden que Jesús acoja a los pecadores. Entonces, el Señor explica la parábola haciéndoles caer en la cuenta de que es necesario buscar al pecador, conocer sus heridas y curarlas para que pueda volver al redil. Jesús intenta que los fariseos cambien de actitud

y se alegren con Dios por haber encontrado a alguien que estaba perdido¹⁶. Es muy iluminadora la imagen del pastor que carga sobre los hombros a la oveja herida. Así pues, Dios busca al pecador, no lo da por perdido, sino que practica la misericordia con él deseando que pueda vivir la vida que Dios había pensado para él.

Sin embargo, el texto de Mateo se sitúa en un contexto diferente. Jesús ha hablado a sus discípulos de la importancia de los niños y de que no hay que menospreciarlos y, a través de la parábola, quiere mostrarles que para Dios todos son importantes, incluso los más pequeños, los que no cuentan para el resto de la sociedad. Acoger a un pequeño conlleva no escandalizarlo, no despreciarlo y no dejar que se pierda¹⁷. De esta manera, se nos dan dos claves que son fundamentales en la acción del buen pastor: Dios cuida con mayor amor si cabe de los pecadores y de los más pequeños; para Dios todos son importantes. De la misma manera, el sacerdote debe de tener a cada persona en su corazón, de una manera especial aquellos que se encuentran alejados o que son rechazados por la sociedad. Con más amor y solicitud debe esforzarse por cargarlos sobre los hombros y reunirlos en un solo rebaño, en un mismo redil y con un solo pastor.

2.3 El buen Pastor. Juan 10, 1-18

En este sentido, podemos acercarnos al texto del evangelista san Juan, en el capítulo 10, donde Jesús se revela como la Puerta y el buen Pastor. Este pasaje recoge todas las cualidades y acciones que se señalaban en el Antiguo Testamento sobre los buenos pastores y aporta las novedades sustanciales que se dan en Jesús como el buen Pastor verdadero y definitivo. Veamos el texto y su importancia:

«En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que escala por otro lado, ése es un ladrón y un salteador; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A éste le abre el portero, y las ovejas escuchan su voz; y a sus ovejas las llama una por una y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Pero no seguirán a un extraño, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. Jesús les dijo esta parábola, pero ellos no comprendieron lo que les hablaba. Entonces Jesús le dijo

¹⁶ Cf. Luis F. García-Viana, “Evangelio según san Lucas”, En *Comentario al Nuevo Testamento*, 2ªed. (Madrid: La casa de la Biblia, 1995), 233.

¹⁷ Cf. Santiago Guijarro, “Evangelio según san Mateo”, En *Comentario al Nuevo Testamento*, 2ªed. (Madrid: La casa de la Biblia, 1995), 86.

de nuevo: en verdad, en verdad os digo que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido delante de mí son ladrones y salteadores; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto. El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Pero el asalariado, que no es pastor, a quien no pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye, y el lobo hace presa en ellas y las dispersa, porque es asalariado y no le importan nada las ovejas. Yo soy el buen pastor y conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre y doy mi vida por las ovejas. También tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a esas las tengo que conducir y escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño, un solo pastor. Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita: yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo» (Jn 10,1-18).

En este pasaje evangélico podemos encontrar cómo Jesús es el buen Pastor que apacienta, busca y cuida de cada oveja. Pero, además, vemos otros elementos que son fundamentales a la hora de conocer al buen pastor y ver cómo trabaja y qué frutos produce en las ovejas de su rebaño. Me gustaría profundizar en los siguientes elementos: Jesús es la puerta por la que se tiene acceso al redil; Jesús es el buen Pastor que conoce a cada oveja por su nombre y éstas escuchan su voz; también las ovejas conocen la voz del pastor; hay otros que no reúnen las características del buen pastor como el ladrón y el asalariado; la unión que hay entre el pastor y las ovejas tiene su semejanza en la unión existente entre el Padre y el Hijo; el buen pastor da la vida por sus ovejas; es el pastor de todas las ovejas, también de las que no están todavía en el redil; y, finalmente, el pastor se convierte en víctima, en cordero que se inmola para que el rebaño tenga vida y vida abundante.

Vemos que se da un proceso: Jesús es la puerta por la que pasan las ovejas; Jesús es el buen Pastor que pastorea a las ovejas y Jesús es el cordero que es inmolado y ofrecido en alimento para que las ovejas tengan vida.

El pasaje se encuentra insertado entre los capítulos que constituyen el centro de la vida pública de Jesús que va de Jn 7,1 a 10,42. Es en este preciso instante cuando se está revelando. La solemnidad del momento viene indicada por el lugar y el tiempo, pues los hechos suceden en el templo de Jerusalén o en sus inmediaciones, y, además, se produce

en el contexto de la fiesta de los Tabernáculos. Jesús se está mostrando al mundo y se revela como agua viva, luz del mundo y buen pastor¹⁸.

Los primeros cinco versículos del pasaje nos presentan, por un lado, el contraste entre el pastor y el ladrón y, por otro lado, la necesidad de pasar por la puerta para entrar en el recinto de las ovejas como signo distintivo del buen pastor. Esto se entiende mejor cuando lo vemos a la luz del sentido teológico que tienen estos datos y que hacen referencia a lo que Jesús hizo en el templo de Jerusalén con ocasión de la fiesta de los Tabernáculos. Es un discurso enigmático, que sus discípulos no entienden, que está haciendo referencia a Cristo y a su misión. El término griego empleado para hablar del recinto de las ovejas es *aulé*. Pero este vocablo, que aparece en numerosas ocasiones en el Antiguo Testamento, nunca lo hace para referirse al redil, sino que designa el vestíbulo ante el templo. Así pues, el recinto en Jn 10,1 designa, metafóricamente, el templo de Jerusalén que simboliza al judaísmo teocrático. Jesús entra por la puerta del templo, durante la fiesta de los Tabernáculos, como nuevo pastor de Israel para revelarse a los judíos.

Además, Jesús hace salir a las ovejas. Este hacer salir hace referencia a la acción de liberar de la esclavitud. No olvidemos que este pasaje está situado tras el rechazo del ciego de nacimiento por parte de las autoridades de Israel y su expulsión del templo. Los verdaderos ciegos son los fariseos que son incapaces de descubrir la llegada del Mesías, aún teniéndolo delante de sus ojos. Frente a esta postura aparece la figura de Cristo que no cierra las puertas, sino que se acerca, sana y deja entrar. Por lo tanto, hacer salir quiere decir que se tiene que dejar al pueblo judío para incorporarse a los nuevos tiempos mesiánicos.¹⁹

Así pues, Jesús entra por la puerta del templo de Jerusalén en la fiesta de los Tabernáculos y se revela como buen Pastor. Él es el verdadero, no como el ladrón que salta por la vaya; y, además, hace salir a las ovejas para que entren en el nuevo templo que es Cristo mismo. Todo esto tiene un proceso que es explicado seguidamente con las imágenes de la puerta y el pastor.

2.3.1 Yo soy la puerta

¹⁸ Cf. Ignace de la Potterie, *La verdad de Jesús*, (Madrid: BAC, 1979), 60-61.

¹⁹ Cf. *Ibid.*, 62-66.

A partir del versículo 7, Jesús se revela como la puerta: «Yo soy la puerta». Viene a significar que las ovejas, una vez que han dejado el recinto, deben de entrar ahora a través de Jesús en un nuevo ambiente, de naturaleza distinta, que viene explicado en los versículos siguientes. Jesús, aprovechando el contexto de la fiesta de los Tabernáculos, quiere hablar del nuevo templo que él mismo inaugura.

Tiene todo un sentido teológico, pues todo se concentra en Jesús, es a través de él por donde hay que entrar para ser salvado. De esta manera se expresa la idea de mediación. Jesús da la posibilidad de acceso a la salvación tal y como señala en el versículo 9 «solamente el que entre a través de mí será salvado». Junto a esto, la puerta del templo simbolizaba en el Antiguo Testamento, no solo la entrada de acceso al mismo, sino también el templo en sí. De esta manera, cuando Cristo se revela como la puerta, no solo está afirmando el carácter mediador de entrada al nuevo recinto, sino que se está revelando como el nuevo recinto, el nuevo templo, donde las ovejas encuentran la salvación y la vida. Así pues, se está apuntando ya, en un sentido escatológico, a la obtención de los bienes futuros. Es a través de Cristo y en comunión con él, entrando por la puerta, como obtenemos, ya desde ahora, los bienes de la salvación y la vida divina²⁰.

Frente a Jesús, puerta verdadera que da acceso a la nueva vida, está el ladrón y el asalariado. Se da una clara contraposición. Si Jesús tiene como misión salvar, el ladrón roba y mata. Jesús, al salvarnos, produce vida y vida eterna. El ladrón, que no es Jesús, hace que la oveja pierda la vida, es decir, no es capaz de producir vida eterna. Ahora bien, ¿de qué salvación habla Jesús? Evidentemente, no hace referencia a una mera ausencia de peligros, es mucho más profundo. En el evangelio de san Juan, la expresión salvar, siempre tiene un sentido soteriológico y escatológico y suele ir en paralelo con la expresión tener vida eterna. Como vemos, en este caso, también es así; por lo tanto, cuando Jesús dice que será salvo está significando que obtendrá la vida que Cristo viene a dar a sus ovejas. Esto viene reafirmado por las palabras siguientes: «encontrará pastos». En el Antiguo Testamento, los pastos eran una metáfora que designaba la salvación en los tiempos mesiánicos como por ejemplo en el profeta Isaías: «para decir a los presos: salid, y a los que están en tinieblas: mostraos. Por los caminos pacerán y en todos los cadáveres tendrán pasto. No tendrán hambre ni sed, ni les dará el bochorno ni el sol, pues el que tiene piedad de ellos los conducirá, y a manantiales de agua los conducirá» (Is 49,9-10).

²⁰ Cf. Ibid., 67-71.

Todo esto se ve culminado con la última expresión que usa Jesús en esta parte: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10). Es ahora cuando se revela el enigma. Este es el sentido fundamental de su encarnación, el significado final de su obra. Jesús ha venido para que tengamos vida en abundancia, y no una vida cualquiera, sino la vida divina que posee como Hijo de Dios²¹.

2.3.2 Yo soy el buen Pastor

La cuestión que viene a continuación es ¿Cómo nos da esta vida? Es en este momento cuando el pasaje, a partir del versículo 11, pasa a la imagen del pastor: «Yo soy el Buen Pastor». Como vemos, al sustantivo pastor se le añade el adjetivo *kalós*, que no simplemente se refiere a la bondad de Jesús, sino que hace referencia a las obras que hace. Él es el pastor bueno que proporciona bienes buenos a los hombres. Este mismo adjetivo es utilizado por Jesús en las bodas de Caná haciendo referencia al vino bueno que nos trae. Jesús nos ofrece al final el vino nuevo de los tiempos mesiánicos. Además, también es utilizado en el libro del Génesis para referirse a la creación hecha por Dios: «todo era bueno» (Gn 1,31). Esta bondad o hermosura de la creación significa que cumple con el fin para el que ha sido creada. Sabemos por la historia de la salvación que esta hermosura es afeada por el pecado. Cuando Jesús, en el contexto solemne de la fiesta de los Tabernáculos, se revela como el buen pastor está indicando que él es el verdadero hombre hermoso, ya que con su misión está llevando a cabo el proyecto del Padre y, por eso, se complace en el Hijo; asimismo, es hermoso porque con la entrega de su vida nos va a devolver a los hombres la hermosura primigenia.

El buen pastor «entrega su vida por sus ovejas». Esta entrega es central y se repite varias veces a lo largo del texto. Nos muestra que Jesús es perfectamente libre para entregar la vida, es decir, en todo momento está cumpliendo su misión y abraza la cruz por la salvación de las ovejas con total libertad y como manifestación del amor del Padre. Así pues, en la entrega del Hijo, buen pastor, se cumple un acto mesiánico, se manifiesta el amor del Padre hacia el hombre y su muerte produce en nosotros un acto salvífico, pues nos da vida.

Cobra más realce el sentido teológico y soteriológico de la entrega de la vida al contraponerlo con el mercenario. El mercenario recibe una paga por realizar su trabajo,

²¹ Cf. *Ibid.*, 71-74.

podemos decir que es un profesional en el cuidado de las ovejas; sin embargo, no es pastor ni las ovejas son suyas. Por esta razón, cuando ve venir al lobo huye y las ovejas son arrebatadas y dispersadas. Frente a esto está Jesús, buen Pastor. Las ovejas son suyas y las conoce por su nombre. Cuando viene la pasión no huye y abandona a las ovejas, sino que va libremente a ella, entrega la vida y las reúne. Nadie se la quita. Aparece la idea mesiánica de reunir en un solo rebaño a las ovejas bajo un único pastor. El acto de entrega es para salvar a todos los hombres, no solo para el pueblo de Israel. Todo hombre puede pasar por la Puerta y ser partícipe de los bienes que nos trae Jesús con su muerte y resurrección.

Otro elemento fundamental es el conocimiento recíproco que se da entre el pastor y las ovejas. Aquellas que han entrado por la Puerta de las ovejas y que han recibido la vida nueva dada por la entrega del buen Pastor, han sido hermoseadas, pasando a tener una relación de intimidad nueva con Cristo. Es importante saber reconocer la voz de Cristo frente a voces extrañas y seguirle para encontrar el pasto abundante²².

Jesús conoce a cada oveja por su nombre y las ovejas le conocen a él; este conocimiento recíproco es imagen del que existe entre Jesús y el Padre. Es un conocimiento marcado por el amor en el que Jesús invita al seguimiento como expresión del don que nos hace de vida eterna. Se da una relación de amor pues descubro en la entrega del buen pastor cuánto me ama el Padre para entregar a su propio Hijo y, al mismo tiempo, caigo en la cuenta de que en esa misma entrega se me está dando vida nueva, se derrama el amor de Cristo en nuestros corazones. De esta manera, la vida nueva dada por Cristo posibilita una relación amorosa, de intimidad, entre Jesús y el hombre; una comunión con Cristo y en él con el Padre que constituye la esencia misma de la vida eterna²³.

2.3.3 Cordero sacrificado

Así pues, el buen pastor no huye, sino que entrega la vida para que tengamos vida. Al entregar la vida se convierte en víctima. El profeta Zacarías habla sobre el pastor asesinado: «Despierta espada, contra mi pastor, y contra el hombre de mi compañía» (Za 13,7) y nos invita a mirar al que atravesaron: «derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de oración; y mirarán hacia mí. En

²² Cf. AA.VV. *Sagrada Biblia comentario, Evangelio según san Juan*, (Pamplona: Eunsa, 2010), 1132.

²³ Cf. De la Potterie, *La verdad*, 74-87.

cuanto a aquél que traspasaron» (Za 12,10). Es la imagen del pastor herido y traspasado. En Jesús se descubre la figura profetizada que es asesinado, pero que nos salva. El ser traspasado significa que el Crucificado se convierte en fuente de purificación y salvación para todo el mundo. Hay que mirar al traspasado para dejarse purificar por su amor y recibir la vida nueva que nos da²⁴.

El evangelista san Juan percibe la misión de Jesús desde esta perspectiva desde el comienzo de la vida pública del Señor. Ya en el Jordán señala en boca del Bautista que Jesús es «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). Desde este planteamiento Jesús va desarrollando toda su actividad hasta llegar al momento culminante de la entrega en la cruz. El evangelista sitúa la muerte de Jesús justo cuando los corderos están siendo sacrificados en el templo para la cena pascual y, además, cuando los soldados van a quebrarle las piernas no lo hacen y el apóstol se acuerda de la cita: «no le quebrarán un hueso» (Ex 12,46). Jesús muerto en la cruz es el verdadero cordero que es ofrecido al Padre y cuya ofrenda le es agradable.

2.4 Apacienta a mis ovejas. Juan 21,15-18

Finalmente, hay otro elemento en relación con el pastor que me parece de especial importancia. Solo puede ser buen pastor aquel que ha entrado a través de la puerta que es Jesús. De este modo se ve claro que siempre es Jesús el pastor del rebaño, es decir, que le pertenece a Él. Esta idea se ve de manera preciosa en el capítulo 21 de san Juan cuando el Señor hace el examen del amor a Pedro a orillas del lago de Tiberíades. La pregunta que le hace Jesús a Pedro es la siguiente: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?... apacienta mis corderos...» (Jn 21,15-18) y así por tres veces. Sin entrar en explicar el pasaje, sí me interesa señalar tres elementos que son fundamentales a la hora de comprender cómo tiene que ser la vida del buen pastor elegido por el Señor.

En primer lugar, Jesús le pide a Pedro que le ame. Es la condición sin la cual no es posible ser pastor. La clave de la vida del que quiera vivir como el buen Pastor es tener su corazón centrado en el amor de Cristo. En segundo lugar, ser consciente siempre de que las ovejas son del Señor. Le pertenecen a él pues han sido compradas a precio de su sangre. Y, por último, una vez que vive centrado en el amor de Jesús y sabe que las ovejas

²⁴ Cf. Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, 324.

no le pertenecen, entonces está preparado para entregar la vida a ejemplo del buen Pastor: «otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras» (Jn 21,18).

A Pedro se le confía la misma tarea de pastor que pertenece a Jesús. Para poder desempeñarla debe de entrar por la Puerta. Se le pregunta por el amor que le hace ser una sola cosa con Jesús. De esta manera, llega a las ovejas a través de Jesús y por eso oyen su voz. Las ovejas no siguen a Simón Pedro sino a Jesús a través de él. Finalmente, Pedro tiene que seguir al Maestro y esto conlleva la disposición a dar la propia vida²⁵.

²⁵ Cf. Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, 325-326.

CAPÍTULO II: CARIDAD PASTORAL EN EL CONCILIO VATICANO II Y RECEPCIÓN HISTÓRICA

Una vez que hemos señalado algunas de las claves más significativas que aportan los textos bíblicos referidos a la caridad y al pastor, y que nos ayudan a comprender mejor a qué nos estamos refiriendo al hablar de caridad pastoral, nos centramos ahora en algunos textos emanados del Concilio Vaticano II donde por primera vez se habla de caridad pastoral y en algunos textos magisteriales posteriores donde se desarrolla el contenido de dicha expresión.

En verdad, el término caridad pastoral no lo encontramos en el magisterio anterior al Vaticano II. Se utilizaban otras expresiones para señalar la caridad que debe tener el sacerdote a la hora de ejercer su ministerio. Así, por ejemplo, el Papa Pío XI dedica unos números en su encíclica *Ad Catholici sacerdotii* a hablar del «celo» del sacerdote; Pío XII, en la Exhortación *Menti nostrae*, utiliza algunas expresiones como «celo desinteresado», el «celo culto y obediente» o «celo activo» del sacerdote. Los escritores contemporáneos usan parecidas expresiones como, por ejemplo, P. Pourrat que utiliza el término «celo sacerdotal», o C. Dillenschneider que habla de «celo apostólico o caridad apostólica». Así pues, vemos cómo, en general, la expresión celo sacerdotal era la más utilizada para referirse al amor que debía tener el sacerdote en el cuidado de las almas; de hecho, en la vida de los pastores se resaltaba como virtud su celo por las almas¹.

Otro dato a tener en consideración como preparación a la expresión utilizada en el Vaticano II, fue la intensa labor de caridad que hicieron los sacerdotes durante la primera mitad del siglo XX. No olvidemos que durante este periodo tuvieron lugar las dos grandes guerras mundiales. Además, durante este tiempo se estudió exhaustivamente cuál era la identidad del sacerdote diocesano y cómo debía de ejercer su ministerio. Todo esto iba preparando el terreno para que en el Concilio Vaticano II se acuñara la expresión caridad pastoral. De hecho, el teólogo Gustave Thils, en su libro “Naturaleza y espiritualidad del clero diocesano”, publicado en las vísperas del concilio, utilizará ya el binomio caridad pastoral como antesala de lo que vendría después tanto durante el concilio como en su posterior desarrollo².

¹ Cf. Saturnino Gamarra, “caridad pastoral”, En *Diccionario del Sacerdocio*, dir. Profesores de la facultad de teología de Burgos (Madrid: Ediciones BAC, 2005), 82-87.

² Cf. Gamarra, *Manual de espiritualidad sacerdotal*, 308-309.

1. Presbyterorum Ordinis

La expresión caridad pastoral aparece por primera vez en un documento conciliar en el capítulo V de la Constitución dogmática *Lumen Gentium*, en concreto en el número 41. En esta parte del texto se habla sobre la universal vocación a la santidad en la Iglesia y, al hacer referencia a la santidad a la que están llamados los obispos, afirma: «Los elegidos para la plenitud del sacerdocio son dotados de la gracia sacramental, con la que, orando, ofreciendo el sacrificio y predicando, por medio de todo tipo de preocupación episcopal y de servicio, puedan cumplir perfectamente el cargo de la caridad pastoral» (LG 41b).

Pero será en el Decreto PO donde aparezca en repetidas ocasiones y referida no solo a los obispos, sino también a los sacerdotes. La expresión se introdujo en la redacción elaborada en mayo de 1965, a petición de 14 padres conciliares franceses, como principio unificador de la vida del sacerdote³. El número 14 del Decreto tiene especial relevancia pues en él encontramos la expresión en tres ocasiones. Además, este número adquiere gran importancia a la hora de hablar de la santificación propia de los sacerdotes ya que se encuentra situado dentro del capítulo III del Decreto donde se hace referencia a la vida de los presbíteros. El apartado primero de este tercer capítulo está dedicado a la vida de perfección que deben de tener los sacerdotes y señala la importancia de la unidad de vida para poder alcanzar la santidad. Es aquí donde habla de la caridad pastoral como vínculo que facilita dicha unidad de vida. En los tres números siguientes aparece una vez en cada uno.

1.1 PO 14

A continuación, me detengo en este número 14 dada su importancia. El texto está dividido en tres párrafos. En el primero no se habla explícitamente de la caridad pastoral. Sitúa al sacerdote en medio del mundo, lleno de actividades que pueden hacer que lleve una vida disipada, distraída o con ansiedad. La cuestión es cómo puede vivir el presbítero en medio de tanta actividad su unidad de vida. Esta unidad no se puede conseguir solo llevando un orden externo, aunque es importante para no verse atropellado por las actividades y dar a cada una el valor que merece, o con la vivencia de unas prácticas de

³ Cf. Montes, *La centralidad de la caridad pastoral*, 18-19.

piedad. La unidad de vida tiene que brotar de dentro, desde la potencia de la misma vida interior, y que se encuentra presente en cada una de las tareas del ministerio. Así pues, el texto apunta a que solo en el ejercicio de la caridad pastoral encontrará el sacerdote el vínculo de la perfección sacerdotal que reduce a unidad su vida y su actividad⁴.

Como vemos, este primer párrafo, nos advierte de uno de los grandes peligros que tiene el sacerdote. Si ya entonces se veía la dificultad de la dispersión por las muchas actividades, hoy en día ésta es mayor. Por un lado, la escasez de sacerdotes aumenta el trabajo y la consiguiente falta de tiempo para la oración y el descanso; por otro lado, el cambio de vida tan profundo que se ha dado en las últimas décadas hace que el sacerdote pueda distraerse con mucha facilidad llegando a olvidar lo que es realmente importante en su vida: la identificación con Cristo Buen Pastor y la salvación de las almas. En el segundo párrafo encontramos la expresión en dos ocasiones:

«los presbíteros conseguirán la unidad de su vida uniéndose a Cristo en el conocimiento de la voluntad del Padre y en la entrega de sí mismos por el rebaño que se les ha confiado. De esta forma, desempeñando el papel del Buen Pastor, en el mismo ejercicio de la caridad pastoral encontrarán el vínculo de la perfección sacerdotal que reduce a unidad su vida y su actividad. Esta caridad pastoral fluye sobre todo del Sacrificio Eucarístico, que se manifiesta por ello como centro y raíz de toda la vida del presbítero» (PO 14b).

Siguiendo lo señalado en el párrafo anterior, podemos afirmar que Cristo se convierte en el principio y la fuente de la unidad de vida de los presbíteros. Por lo tanto, el sacerdote debe unirse a Jesús, buscando cumplir la voluntad del Padre y haciendo entrega de sí mismo, para conseguir la unidad de vida. Por consiguiente, solo el sacerdote que vive unido a Cristo y practica la caridad pastoral podrá llevar una unión de vida adecuada. De no ser así, será imposible que no caiga en el activismo, en realizar unas actividades como un mero funcionario o en la auto-referencialidad. Además, el Decreto afirma que la caridad pastoral se alimenta fundamentalmente del sacrificio eucarístico, hasta el punto de que la eucaristía se convierte en la raíz y en el centro de toda la vida del sacerdote.

⁴ Cf. Joaquín Ferrer, *El sacerdocio, don y misterio. Teología y espiritualidad del sacerdocio ministerial*, (Badajoz: Arca de la alianza, 2010), 317.

Finalmente, el tercer párrafo recuerda al sacerdote que la voluntad de Dios se hace concreta en la misión evangélica de la Iglesia y que, por lo tanto, no debe de ir su vida al margen de la vida de la Iglesia. Por esta razón, la caridad pastoral mueve al sacerdote a trabajar siempre en unión con su obispo y con los otros hermanos del presbiterio⁵. En definitiva, «La meditación del Decreto *Presbyterorum Ordinis* ha de estimular al sacerdote a buscar la identidad vital entre su propio ser sacramental y su obrar pastoral en la Iglesia»⁶.

De este número 14 destaco tres elementos que me parecen fundamentales para vivir bien la caridad pastoral. Por un lado, el texto hace referencia a que la caridad pastoral tiene que vivirse en el contexto trinitario, es decir, cuando el sacerdote se sitúa en el seguimiento de Cristo está recorriendo el camino hacia el Padre movido por el Espíritu. Se da una comunión con la Trinidad. Cuando el sacerdote vive esta relación tan profunda va adquiriendo la unidad y la vitalidad que necesita para su existencia.

Por otro lado, el texto destaca la importancia de vivir la caridad pastoral en la Iglesia. Es en la Iglesia donde el presbítero tiene su experiencia Trinitaria, donde inicia su seguimiento e identificación con Cristo y donde desarrolla su labor como pastor. De ahí, la importancia del comportamiento fraterno que debe de reinar en la vida de los presbíteros. El mandamiento del amor a los hermanos sacerdotes adquiere en el presbítero su peculiaridad al derivarse de su realidad sacramental. Al ser un único ministerio han de amarse y servirse con unidad de servicial afecto⁷. Finalmente, la importancia de cuidar los dos ejes, el vertical y el horizontal; es decir, la unión con Cristo mediante la eucaristía y la oración y la unión con el obispo y los hermanos sacerdotes. No es muy creíble un sacerdote que dice estar muy unido a Cristo y vive en la queja continua respecto al obispo y sus hermanos en el ministerio. La caridad pastoral va produciendo unidad en todos los ámbitos.

1.2 PO 15-17 (obediencia, castidad y pobreza)

En los tres siguientes números también se hace referencia a la caridad pastoral en la vida del sacerdote. En esta ocasión se sitúa entre las exigencias espirituales propias de

⁵ Cf. Montes, *La centralidad de la caridad pastoral*, 21-22.

⁶ Cf. Ramón Arnau, "Introducción *Presbyterorum Ordinis*", en *Concilio Ecueménico Vaticano II*. (Madrid: BAC, 1993), 571.

⁷ *Ibid.*, 571.

la vida de los presbíteros y se pone en relación con los tres consejos evangélicos. Se trata de vivir la vida apostólica descrita en los evangelios que hace que el sacerdote viva desde la humildad ministerial en obediencia a los planes del Padre, en intimidad esponsal con Cristo y en total desprendimiento⁸. Así, el número 15 se detiene a considerar la necesidad de la humildad y la obediencia para que el sacerdote pueda cumplir bien con su ministerio. Es necesaria la humildad para poder obedecer y es necesaria la obediencia como camino permanente de búsqueda de la voluntad divina y no la propia. En este número se afirma lo siguiente:

«La caridad pastoral urge, pues, a los presbíteros que, actuando en esta comunión, consagren su voluntad propia por la obediencia al servicio de Dios y de los hermanos, recibiendo con espíritu de fe y cumpliendo los preceptos y recomendaciones emanadas del Sumo Pontífice, del propio obispo y de otros superiores; gastándose y agotándose de buena gana en cualquier servicio que se les haya confiado, por humilde y pobre que sea. De esta forma guardan y reafirman la necesaria unidad con sus hermanos en el ministerio, y sobre todo con los que el Señor constituyó en rectores visibles de su Iglesia» (PO 15b).

En este texto se habla de urgencia, es decir, es necesario, y cuanto antes mejor, que el sacerdote viva buscando servir a Dios y a los hombres. Esta disposición requiere recibir con diligencia y adhesión los preceptos que vienen del Papa o del obispo. Además, señala la importancia de santificarse en la misión recibida independientemente de la que sea. Cuando esto se vive con humildad se está trabajando por la unidad con el obispo y con los miembros del mismo presbiterio. La renuncia a la voluntad propia para vivir cumpliendo la voluntad de Dios requiere una entrega continua por las almas sabiendo que implica a toda la persona y marca toda su existencia cotidiana⁹.

El número 16 está dedicado al celibato en la vida del sacerdote y hace referencia a su importancia a la hora de que la caridad pastoral sea fecunda. El celibato facilita el seguimiento y la unión con Cristo Buen Pastor aceptándole como Señor y le permite ofrecerse a los demás con una dedicación plena y permanente¹⁰. Además, ayuda a que el presbítero ame con un corazón indiviso al Señor y desde aquí al rebaño encomendado. Veamos lo que dice en este sentido:

⁸ Cf. Juan Esquerda, *Espiritualidad sacerdotal en el presbítero*, (Vitoria: Egaña, 1986), 54.

⁹ Cf. Montes, *La centralidad de la caridad pastoral*, 26.

¹⁰ Cf. Juan María Uriarte, *El celibato*, 2ª ed. (Maliaño: Sal Terrae, 2015), 113.

«La perfecta y perpetua continencia por el reino de los cielos, recomendada por nuestro Señor, aceptada con gusto y observada plausiblemente en el decurso de los siglos e incluso en nuestros días por no pocos fieles cristianos, siempre ha sido tenida en gran aprecio por la Iglesia, especialmente para la vida sacerdotal. Porque es al mismo tiempo emblema y estímulo de la caridad pastoral y fuente peculiar de la fecundidad espiritual en el mundo» (PO 16a).

Finalmente, el número 17 también hace referencia a la caridad pastoral en el párrafo cuarto. En esta ocasión lo hace en relación con la pobreza. El sacerdote, a través de la pobreza, se identifica con Cristo pobre, pues él siendo rico se hizo pobre para enriquecernos a nosotros (2Cor 8,9). Vivir la pobreza nos ayuda a centrarnos en Cristo sabiendo que él es nuestro único tesoro; nos permite no estar atados a las riquezas de este mundo, sean materiales o de otro tipo; nos ayuda a tener total disponibilidad sin apearse a lugares o personas y sirve de testimonio para los demás, pues les muestra que hay otro tesoro mejor. Además, apunta a la comunidad de bienes como elemento significativo para vivir la caridad pastoral y como forma de vivir la pobreza. Veamos lo que dice el texto:

«Más aún, siéntanse invitados a abrazar la pobreza voluntaria, para asemejarse más claramente a Cristo y estar más dispuestos para el ministerio sagrado. Porque Cristo, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para que fuéramos ricos con su pobreza. Y los apóstoles manifestaron, con su ejemplo, que el don gratuito de Dios hay que distribuirlo gratuitamente, sabiendo vivir en la abundancia y pasar necesidad. Pero incluso una cierta comunidad de bienes, a semejanza de la que se alaba en la historia de la Iglesia primitiva, prepara muy bien el terreno para la caridad pastoral; y por esa forma de vida pueden los presbíteros practicar laudablemente el espíritu de pobreza que Cristo recomienda» (PO 17d).

Así pues, podemos decir que el sacerdote vive la caridad pastoral cuando está unido a Cristo obediente, casto y pobre y que en su ejercicio va consiguiendo la unidad de vida necesaria para su ministerio. Al mismo tiempo que ejerce la caridad pastoral va creciendo en perfección de vida y en unión con Dios. Aprende a beber de la eucaristía y de la oración. La oración del sacerdote es la genuina exigencia de su labor apostólica, pues ayuda a impetrar la gracia para que su obra apostólica sea fecunda. Así pues, debe

de perseverar constantemente unido a Cristo para que le sostenga en las actividades propias de su ministerio¹¹.

2. Pastores dabo vobis

El Papa Juan Pablo II regalaba a la Iglesia una exhortación apostólica postsinodal el 25 de marzo de 1992. El tema que trataba era sobre la formación de los sacerdotes y las primeras palabras comenzaban con una cita del profeta Jeremías «Os daré pastores según mi corazón» (Jr 3,15). Este documento es de especial importancia para el tema que estamos tratando pues en él aparece la expresión caridad pastoral en 47 ocasiones. En concreto la encontramos en los siguientes números: (PDV 15; 21; 22; 23; 24; 27; 29; 30; 31; 33; 40; 48; 57; 58; 65; 70; 71; 72 y 74).

Son muchos los matices que el santo padre va dando a lo largo de toda la exposición referidos a la caridad pastoral. Al no poder extendernos en demasía me fijo en el número 23, pues me parece que en los párrafos de este número el Papa señala las ideas fundamentales sobre la caridad pastoral recordando lo ya dicho en el Concilio Vaticano II y añadiendo las notas que considera oportunas para la formación y vida de los presbíteros.

2.1 PDV 23

En un primer momento, el papa recuerda que la caridad pastoral es un don recibido del Espíritu Santo al ser configurado el sacerdote con Cristo Cabeza y Pastor. Por lo tanto, se da una auténtica participación de la caridad pastoral de Cristo, queriendo indicar que es necesaria esta unión con Él para poder vivir la caridad pastoral. Además, una vez que el sacerdote está configurado con Cristo, entonces la caridad pastoral se convierte en el principio interior que anima su vida espiritual. Así lo dice el texto: «El principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor es la caridad pastoral, participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo: don gratuito del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, deber y llamada a la

¹¹ Cf. Arnau, *Introducción*, 571.

respuesta libre y responsable del presbítero» (PDV 23a). Así pues, la caridad pastoral del sacerdote hay que entenderla en clave de participación de la misma caridad de Cristo¹².

Seguidamente, señala cuál es el contenido esencial de la caridad pastoral indicando que es la donación de sí mismo, es decir, la unión con Cristo conlleva una respuesta libre del hombre de total donación de sí y a la Iglesia. Como Cristo ama a la Iglesia así el sacerdote debe de amarla. «El contenido esencial de la caridad pastoral es la donación de sí, la total donación de sí a la Iglesia, compartiendo el don de Cristo y a su imagen. El don de nosotros mismos, raíz y síntesis de la caridad pastoral, tiene como destinataria la Iglesia» (PDV 23b-c).

En el párrafo siguiente vuelve a recordar la necesidad de vivir la caridad pastoral en unión con el obispo y los hermanos sacerdotes. La donación de sí tiene que ser en la Iglesia que le toca vivir a cada presbítero ya que su sacramentalidad le posibilita para que despliegue los sentimientos y actitudes de Cristo Pastor en medio de la Iglesia¹³. No en una Iglesia ideal donde la jerarquía y los sacerdotes son ya perfectos, sino en la Iglesia real de nuestro tiempo y con las personas que Dios ha puesto a nuestro lado. «Dentro de la comunidad eclesial, la caridad pastoral del sacerdote le pide y exige de manera particular y específica una relación personal con el presbiterio, unido en y con el Obispo» (PDV 23d).

Por otra parte, la donación de sí mismo a la Iglesia que es esposa de Cristo, conlleva que la caridad del sacerdote tenga como primer destinatario a Jesucristo que es el esposo. Solo cuando el sacerdote tiene una verdadera unión de amor con Cristo puede vivir plenamente la caridad referida a la Iglesia.

«El don de sí mismo a la Iglesia se refiere a ella como cuerpo y *esposa de Jesucristo*. Por esto la caridad del sacerdote se refiere primariamente a Jesucristo: solamente si ama y sirve a Cristo, Cabeza y Esposo, la caridad se hace fuente, criterio, medida, impulso del amor y del servicio del sacerdote a la Iglesia, cuerpo y esposa de Cristo» (PDV 23e).

El siguiente párrafo es especialmente significativo. En él el papa señala que la caridad pastoral tiene su fuente en el sacramento del orden y que encuentra su alimento

¹² Cf. Gamarra, *Manual de espiritualidad sacerdotal*, 312.

¹³ Trujillo, Lorenzo. “Aproximación valorativa a la espiritualidad de los sacerdotes diocesanos”. *Comisión Episcopal para el clero* 23. (1995): 20.

en la eucaristía. Además, recuerda que la eucaristía para el sacerdote no es solo alimento, sino que en su celebración encuentra su realización. Gracias a la eucaristía el sacerdote puede dar un sentido sacrificial a toda su vida. En este sentido, «la eucaristía es expresión plena de la caridad pastoral de Cristo, ya que en ella se hace de nuevo la entrega filial de Cristo al Padre y la entrega de Cristo Pastor a los hermanos»¹⁴. Podemos decir que el sacerdote participa de la caridad pastoral de Cristo en la ordenación por la acción del Espíritu y que en cada eucaristía la revive. Así lo expone el texto de una manera preciosa:

«La caridad pastoral, que tiene su fuente específica en el sacramento del Orden, encuentra su expresión plena y su alimento supremo en la *Eucaristía*... Precisamente por esto la caridad pastoral del sacerdote no sólo fluye de la Eucaristía, sino que encuentra su más alta realización en su celebración, así como también recibe de ella la gracia y la responsabilidad de impregnar de manera «sacrificial» toda su existencia» (PDV 23f).

Finalmente, el número 23 concluye haciendo una afirmación que ya había señalado el concilio, pues dice que la caridad pastoral es el principio interior que es capaz de dar unidad de vida en medio de las diferentes actividades que tiene el sacerdote: «Esta misma caridad pastoral constituye el principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote» (PDV 23g).

3. El directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros. Formar pastores misioneros. Plan de formación sacerdotal

Después de analizar el Decreto *Presbyterorum Ordinis*, donde se ponían las bases de lo que es la caridad pastoral, y de estudiar el número 23 de *Pastores dabo vobis*, donde se desarrollaba su contenido, pasamos ahora a centrarnos en dos documentos que hacen referencia a la caridad pastoral y que tienen especial importancia ya que van dirigidos a los sacerdotes y a los que se están formando para serlo. Ambos escritos redundarán en las ideas principales señaladas en los documentos anteriores.

3.1 Directorio: 54-55

¹⁴ Gamarra, *Manual de espiritualidad sacerdotal*, 316.

El Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros dedica dos números a la caridad pastoral en su última edición¹⁵. En el número 54 recuerda que la caridad pastoral está unida a la eucaristía y que es el principio interior que es capaz de unificar las diversas actividades en que se ve inmerso el sacerdote. Además, esta actividad debe ser manifestación de la caridad de Cristo y, por lo tanto, reflejar la donación total de sí mismo por el rebaño al estilo del buen Pastor. Esta donación debe de tener una predilección por los más pequeños y débiles.

Finalmente, en el último párrafo de este número, afirma que la caridad pastoral debe dar forma a la propia vida. Para facilitar esto, es necesario un esfuerzo permanente que no termina ni siquiera con la jubilación. El sacerdote lo es siempre y debe vivir la caridad pastoral y dar testimonio de ella en todo momento. Para ello será necesaria una intensa vida eucarística.

Por su parte, el número 55 avisa de uno de los grandes peligros que tiene el sacerdote que no vive la caridad pastoral y no es otro que el funcionalismo. Cuando no se está unido en caridad a Cristo parece que lo único importante es hacer y cumplir o ser competente en algunos servicios que hay que dispensar. Cuando el sacerdote vive de esta manera corre el riesgo de tener el corazón vacío y sentir la necesidad de llenarlo con realidades que, en algunas ocasiones, no son conformes con su ministerio. Finalmente, da algunos consejos que ayudan a superar este peligro como son la oración, el estudio y la lectura espiritual.

3.2 Formar pastores misioneros. Plan de formación sacerdotal

Qué duda cabe que si la caridad pastoral está tan presente en el sacerdocio lo lógico es que también aparezca en los planes de formación de los futuros sacerdotes. Así lo vemos en el documento de la Conferencia Episcopal Española “Formar pastores misioneros. Plan de formación sacerdotal” aprobado recientemente. Podemos encontrar la referencia a la caridad pastoral en los números 12; 17; 70; 95; 107; 115, 135, 138, 139, 187, 189, 192, 248, 273, 308, 357 y 372¹⁶.

¹⁵ Congregación para el clero. *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*. Editorial Edice, 14 enero 2013. N° 54-55.

¹⁶ Conferencia episcopal española. *Formar pastores misioneros. Plan de formación sacerdotal*. Editorial Edice, 2020. 17-253.

Me fijo en algunas claves que me parecen más relevantes. En los números 135, 138 y 139 habla de la importancia en la formación del candidato de saber hacer una síntesis entre sus fortalezas y debilidades con el fin de conformar una estructura antropológica capaz de vivir la identidad presbiteral. Además, recuerda que la configuración con Cristo Buen Pastor se realiza con el presbiterio. Finalmente, afirma que todo el proceso formativo inicial y permanente de configuración con el Señor debe de lograr que el presbítero acoja y ejercite la caridad pastoral.

En el número 357 se recuerda que «el alma de la formación permanente es la caridad pastoral comunicada por el sacramento». Esta caridad suscita en el sacerdote un doble dinamismo: por un lado, le permite ahondar en el misterio de Cristo y de su Iglesia y, por otro lado, adquiere un mejor conocimiento de la comunidad concreta que tiene encomendada.

Finalmente, en el número 372, vuelve sobre el tema de la fraternidad sacerdotal y señala que ésta es signo de que se está viviendo la caridad pastoral y que el presbiterio diocesano es el primer espacio donde puede desarrollarse.

4. Jornadas anuales de la comisión episcopal del clero

En algunas de estas jornadas anuales se ha tratado el tema de la caridad pastoral. En ellas se han trabajado algunos de los aspectos más importantes que se han venido repitiendo a lo largo de los distintos documentos magisteriales. Llegados a este punto, me gustaría fijarme en tres aspectos que creo que ayudan a comprender cómo se va produciendo la configuración con Cristo Cabeza y Pastor.

4.1 El sacramento del orden como fuente de la caridad pastoral

Ya he señalado anteriormente que todo cristiano está llamada a vivir la perfección en la caridad. Según la vocación de cada uno, la caridad se realizará de maneras diferentes, pero siempre el amor de Dios será el que dinamice la vida. Cuando hablamos de presbíteros, la caridad toma el rostro de Cristo Pastor¹⁷.

¹⁷ Cf. J. García Velasco, “La caridad pastoral en la teología y espiritualidad del Ministerio”, *Seminarios* 39 (1993): 482.

El número 23 de *Pastores dabo vobis* concreta que la caridad pastoral tiene su fuente específica en el sacramento del orden. Es en este momento cuando es dada como don por el Espíritu Santo. En este sentido, podemos afirmar que en el origen de la caridad pastoral está el Espíritu Santo ya que es «quien configura al sacerdote con Cristo Cabeza y Pastor de la Iglesia y quien anima y vivifica su existencia de cada día» (PDV 27).

A este respecto, reflexionando sobre la procedencia de la caridad pastoral, decía Juan María Uriarte en su libro “Ministerio presbiteral y espiritualidad” que la fuente originaria de la caridad pastoral no es otra que la caridad pastoral de Jesús. De aquí se derivarían tres fuentes: una fuente permanente que proviene del sacramento del orden; una fuente próxima y eminente que identifica con la eucaristía; y una fuente inmediata que se produce en el ejercicio mismo del ministerio¹⁸.

Precisamente, a través del sacramento del orden, el sacerdote queda configurado con Cristo Cabeza y Pastor de la Iglesia, produciendo un cambio real en la persona afectada, es decir, la configuración se inscribe en el ser del sacerdote, es una realidad ontológica, de tal manera que capacita al ministro ordenado a tener una relación con la Iglesia parecida a la que tiene con Cristo. El sacerdote, por el sacramento del orden, no solo pertenece a la Iglesia, sino que está al frente de ella¹⁹.

En este sentido, el presbítero tiene que ser transparencia de Cristo en medio del pueblo ya que lo representa, es decir, lo hace presente con una presencia sacramental. Podemos decir que es Cristo mismo quien actúa a través de sus ministros. A esto nos estamos refiriendo cuando decimos actuar *in persona Christi*, esto es, Cristo sigue realizando su obra en el mundo por medio de la persona del sacerdote. Desde esta perspectiva se contempla la caridad pastoral como un oficio de amor en el que el sacerdote actúa transparentando al buen Pastor²⁰. Por esta razón, «el presbítero es el servidor de la caridad»²¹. Es aquí donde se ve el vínculo tan intenso que existe entre la contemplación divina y la compasión por el sufrimiento del otro. Es tener la capacidad de mirar a la persona teniendo como referente el Misterio que lo ha engendrado²².

¹⁸ Cf. Juan María Uriarte, *Ministerio presbiteral y espiritualidad* (Bilbao: Instituto diocesano de teología y pastoral, 1999), 56-77.

¹⁹ Cf. P. Préaux, “La charité pastorale, source, critère, mesure, impulsion de l’amour et du service du ministre envers l’Église”, en *La Charité pastorale*, ed. Société Jean-Marie Vianney-Santuaire d’Ars (Paris: Parole et silence, 2014), 81-102.

²⁰ Cf. B. Álvarez, “El sacramento del orden, fuente de la caridad pastoral”, *Comisión episcopal del clero* 38 (2000): 25-31.

²¹ Cf. García Velasco, “La caridad pastoral en la teología”, 483.

²² Cf. Préaux, “La charité pastorale”, 100.

La identificación con Cristo propicia que el sacerdote viva la caridad pastoral y que, al vivirla, manifieste la caridad con que Dios ama al mundo mostrando el rostro de Cristo Pastor. Esta misma caridad lleva a trabajar en comunión con el papa, el obispo y con los hermanos sacerdotes de tal manera que no se corra en vano (Gal 2, 2). Además, la fraternidad sacerdotal se da en virtud de la ordenación y no tiene su fundamento en las meras relaciones humanas. De aquí se deriva que si el sacerdote no vive en unión con la jerarquía y no acoge el don de la fraternidad está poniendo un grave obstáculo para poder recibir el don de la caridad pastoral²³.

4.2 La eucaristía como alimento de la caridad pastoral

Hemos visto en algunos textos magisteriales el vínculo existente entre la eucaristía y la caridad pastoral. Es muy significativo el siguiente: «La caridad pastoral, que tiene su fuente específica en el sacramento del orden, encuentra su expresión plena y su alimento supremo en la eucaristía» (PDV 23). Este texto es muy importante porque deja claro que la caridad pastoral no se reduce a una mera actividad específica, sino que es un don de gracia que tiene su origen en el sacramento del orden y encuentra su plena expresión en la eucaristía. No olvidemos la vinculación que existe entre el sacerdocio y la celebración eucarística: «haced esto en memoria mía» (Lc 22, 19).

Este vínculo lo remarca el concilio en el Decreto *Presbyterorum Ordinis* cuando afirma: «La caridad pastoral fluye ciertamente, sobre todo, del sacrificio eucarístico, que es, por ello, centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que el alma sacerdotal se esfuerce en reproducir en sí misma lo que se hace en el ara sacrificial» (PO 14).

Podemos percibir, por lo tanto, la unión que se da entre el sacerdote y Cristo Cabeza y Pastor y el vínculo existente entre el ministro ordenado y la eucaristía. El sacerdote unido a Cristo participa de su caridad pastoral y al celebrar la eucaristía se alimenta del amor de Cristo, configura su vida como ofrenda y participa de los sentimientos del buen Pastor que siente compasión por su rebaño. En los evangelios sinópticos podemos encontrar algunos textos en los que se nos dice que Jesús sintió compasión al contemplar la muchedumbre. Pero esta compasión no se refiere solo a curar sus dolencias y acercarse a su pobreza, sino que vas más allá: «Al ver a las

²³ Cf. Álvarez, “El sacramento del orden”, 31-39.

muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tiene pastor» (Mt 9, 36).

En este texto, la mirada de Jesús es contemplativa, es decir, discierne sobre lo que les está ocurriendo a esas personas. Va más allá de sus miserias económicas o sociales para descubrir una pobreza todavía mayor, la de falta de sentido de la vida, la de no tener pastor. Por eso, la caridad pastoral de Jesús consistirá en dar pastores a su pueblo. De hecho, después de esta mirada, instituirá a los doce apóstoles²⁴.

Por otro lado, en el pasaje evangélico de la multiplicación de los panes (Mc 6, 30-44), Jesús ejerce la caridad de buen Pastor en dos momentos, de alimento y enseñanza, pero es un alimento que está unido a un sacrificio ofrecido, el de él mismo. En la eucaristía también descubrimos estos dos momentos a través de la palabra predicada y el alimento recibido. De esta manera, cuando el sacerdote celebra la eucaristía como memoria de Cristo está haciendo presente y eficaz la caridad de Cristo por las multitudes de hoy que están como ovejas sin pastor²⁵.

Hay otros dos elementos que son muy significativos y que se derivan de esta unión del sacerdote con Cristo y con el sacrificio eucarístico: por un lado, la dimensión sacrificial como existencia sacerdotal en unión con Cristo Sumo Sacerdote que se entrega por nosotros y, por otro lado, la comunión de servicio que el sacerdote debe dispensar a los demás. Podemos decir que el sacerdote entrega su vida con Cristo ofrecido y que, al mismo tiempo, lo hace al estilo de Jesús haciéndose servidor de todos.

En verdad, todo bautizado, al comulgar el cuerpo entregado del Señor, está llamado a convertirse en eucaristía, es decir, ser donación de sí mismo para los hermanos. A través de la eucaristía recibimos el amor de Cristo que nos capacita para esta donación. De la misma manera, el sacerdote que celebra y se alimenta del cuerpo y de la sangre del Señor tiene que hacerse ofrenda de amor permanente dando a toda su vida una forma eucarística²⁶.

El estilo de Jesús es el del servicio y así lo vemos en el pasaje del lavatorio de los pies que está tan unido a la institución de la eucaristía. En este texto Jesús pide a sus discípulos que le imiten haciendo lo mismo. De esta manera, la caridad pastoral debe impregnar todo de amor y disponibilidad servicial frente al despotismo o la búsqueda de

²⁴ Cf. M. Aillet, "Eucharistie, expression plénière et plus haute réalisation de la charité pastorale", En *La Charité pastorale*, ed. Societé Jean-Marie Vianney-Santuaire d'Ars (París: Parole et silence, 2014), 103-113.

²⁵ Ibid., 107-110.

²⁶ Cf. Ibid., 111.

los primeros puestos. El sacerdote es transparencia de Cristo también en este sentido, es decir, que debe ser epifanía del amor servicial, especialmente a los más necesitados.

Así pues, el sacerdote debe presidir la eucaristía con la lógica del evangelio, esto es, adoptando actitudes de siervo y entregando la vida por el rebaño *in forma servi*. De esta manera, el presbítero está llamado a reunir a los cristianos bajo un mismo pastor; a coordinar, animar y discernir los diferentes servicios y carismas que surjan en medio de la comunidad; asimismo, a suscitar la participación y corresponsabilidad de los fieles, respetando la vocación de cada uno. Por lo tanto, el sacerdote debe de vivir y actuar uniendo el amor del Señor y el amor por el rebaño²⁷.

4.3 La caridad pastoral informa otras virtudes del pastor

Cuando miramos al sacerdote buscamos saber cuál es su identidad, su espiritualidad y, por consiguiente, su estilo de vida. En verdad, son múltiples los rasgos que definen la identidad del presbítero, pero de alguna manera tiene que haber un eje vertebrador que produzca armonía en esa pléyade de rasgos y que identifiquen al presbítero diocesano. Precisamente, el eje que da unidad interna al sacerdote diocesano es la caridad pastoral.

Si decimos que la caridad es la que mueve y determina la vida sobrenatural, ejerciendo su influjo en las demás virtudes, de la misma manera, en el sacerdote, es la caridad pastoral la que va moviendo y determinando las virtudes propias del pastor orientando todas las demás virtudes²⁸.

La caridad pastoral promueve la vida teologal del presbítero. Esta vida es vivida en Cristo y se visibiliza en el amor total al rebaño encomendado. Por un lado, el sacerdote tiene que cuidar y fortalecer su fe. Es un hombre que cree en Dios, que cree en lo que Dios dice y que ama a Dios y a los hermanos desde esta fe. En este sentido, la caridad pastoral ayuda a que el sacerdote pueda dar un testimonio convincente de su propia fe y así pueda fortalecer en la fe al pueblo de Dios. Una fe robusta y alimentada en la caridad

²⁷ Cf. R. Blázquez, “La Eucaristía, expresión plena y alimento de la Caridad Pastoral”, *Comisión episcopal del clero* 38 (2000): 55-75.

²⁸ Cf. A. Crespo, “La caridad pastoral informa otras virtudes del pastor”, *Comisión episcopal del clero* 38 (2000): 80-81.

sirve de sostén a los débiles y dubitativos²⁹. La fe también es confianza en que la Trinidad acompaña la vida sacerdotal y bendice sus trabajos apostólicos³⁰.

Por otro lado, el sacerdote debe de ser un hombre de esperanza. La caridad pastoral informa la esperanza pues solo el amor fomenta la esperanza. El amor a la comunidad propicia una mirada llena de esperanza sobre ella. Cuando no hay amor nos quedamos en las carencias y en las dificultades, pero cuando hay amor se puede mirar más allá y se genera esperanza en las personas y en el futuro. Esta esperanza tiene su fuerza en el amor y su fundamento en Cristo que une el destino de los discípulos al suyo. El sacerdote vive los éxitos y los fracasos unido al Señor sabiendo que la victoria final es de Cristo. Vive con alegría e ilusión sin desanimarse ante las adversidades. Cuando se vive de esta manera, el corazón del sacerdote se llena de parresía, es decir, se nota la audacia en las tareas pastorales³¹.

Finalmente, la caridad pastoral informa el amor del sacerdote. El presbítero vive del y para el amor. En primer lugar, es un amor que se dirige a Dios y, en segundo lugar, se dirige hacia todo lo que Dios ama. Son inseparables hasta tal punto de que no puedo decir que amo a Dios si no amo al prójimo y viceversa³². Este amor se hace concreto, de una manera muy clara, a través de la misericordia. Un buen termómetro para ver dónde está la caridad pastoral del sacerdote es ver si tiene entrañas de misericordia. Una vez que son informadas las tres virtudes teologales por la caridad pastoral promoviendo la vida teologal del sacerdote se va modulando su vida moral al mismo tiempo, ya que va afectando al resto de las virtudes.

Conclusión primera parte

Esta parte la hemos comenzado viendo lo que la Sagrada Escritura nos dice sobre la caridad y el pastor. Lo primero que veíamos es que Dios es amor y nos hace a nosotros partícipes de ese amor. Es un amor de donación que produce vida nueva en nosotros. No solo nos capacita para amar al estilo de Cristo, sino que hace que, de hecho, podamos movernos en amor en las distintas actividades que realizamos. El culmen de este amor es

²⁹ Cf. Crespo, “La caridad pastoral informa”, 85-86.

³⁰ Cf. Montes, *La centralidad de la caridad pastoral*, 78.

³¹ Cf. Crespo, “La caridad pastoral informa”, 87-88.

³² *Ibid.*, 88.

dar la vida como Jesús lo hizo por nosotros. Para poder realizar esta entrega es necesario permanecer en el amor.

Seguidamente, hemos pasado a estudiar el vocablo pastor en algunos textos seleccionados. Recogiendo lo expresado podemos decir que Jesús se revela como la puerta que da acceso al nuevo templo que es él mismo. En segundo lugar, que Jesús es el buen Pastor que da la vida por las ovejas y que produce vida abundante en ellas. En tercer lugar, que al entregar la vida se convierte en víctima, cordero inmolado que se da en alimento. No es solo pastor sino pasto también. El mejor alimento y la mejor agua para que tengan vida es su propio Cuerpo que se ofrece como alimento de vida eterna. De esta manera, nos introduce en comunión con él y con el Padre posibilitando una relación de intimidad. Es iluminador el texto del libro del Apocalipsis: «porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos» (Ap 7,17).

Finalmente, que todo buen Pastor tiene que entrar por la puerta que es Cristo y aprender de él a dar la vida en servicio de entrega por los demás sabiendo que solo se puede hacer desde el amor del mismo Cristo derramado desde la cruz y siendo consciente de que las ovejas le pertenecen a Él. «El amor de Pastor de Cristo no se reduce a ser modelo desde el pasado para la caridad pastoral del sacerdote de hoy, sino que Cristo es pastor hoy, que hoy ejerce de pastor y que nuestra caridad es hoy participación de su caridad»³³.

Una vez terminada la parte bíblica hemos pasado a ver los documentos del Concilio Vaticano II donde aparece el binomio caridad pastoral y su posterior desarrollo en los textos magisteriales. Es importante señalar que la caridad pastoral unifica la vida del sacerdote y que a través de su práctica se va santificando.

Podemos decir que la caridad del buen Pastor es el punto de referencia de la espiritualidad sacerdotal. Esta caridad mira a Dios para darle gloria, pero también mira a los hombres para conocer sus dificultades. Para tener un equilibrio entre estas dos dimensiones el sacerdote tiene que vivir su misión con una actitud de dar la vida. En este sentido, la caridad pastoral es un don para el sacerdote que afecta a toda su existencia³⁴.

Para terminar esta conclusión, me gustaría hacer una posible definición de caridad pastoral teniendo en cuenta las distintas claves señaladas. La caridad pastoral sería la

³³ Gamarra, *Manual espiritualidad sacerdotal*, 318.

³⁴ Cf. Juan Esquerda, *Esquemas de espiritualidad sacerdotal*, (Pamplona: Fundación Gratis Date, 1990), 38.

participación del amor del buen Pastor en el corazón del sacerdote. Dicho amor se recibe como don del Espíritu Santo en el sacramento del Orden sacerdotal y se alimenta de la Eucaristía y en el ejercicio del propio ministerio. Además, la caridad pastoral informa el resto de las virtudes y unifica la vida del presbítero. Movidado por el amor del buen Pastor da la vida por todos, especialmente por los pecadores, los pobres y los más necesitados siendo transparencia de Cristo Cabeza y Pastor.

SEGUNDA PARTE

ASPECTOS DESTACADOS DE LA CARIDAD PASTORAL

EN EL MINISTERIO DEL CARDENAL MARCELO

GONZÁLEZ MARTÍN

CAPÍTULO III: SEMBLANZA DEL CARDENAL Y SU PARTICIPACIÓN EN EL CONCILIO VATICANO II

En este tercer capítulo, primero de la segunda parte, nos detenemos en la figura del cardenal Marcelo González Martín. En un primer momento mostramos una vista panorámica de su vida a través de una breve semblanza; y, en un segundo apartado, analizamos su participación en el Concilio Vaticano II y la implantación de las conclusiones en las diferentes diócesis donde estuvo.

1. Semblanza

A continuación, paso a fijarme en una de las figuras más destacadas de la Iglesia española de la segunda mitad del siglo XX, el cardenal Marcelo González Martín. La razón de acercarme a ella es por su importancia como padre conciliar y por la prontitud y celo que mostró a la hora de aplicar lo indicado en el Concilio Vaticano II, especialmente en lo referente a la identidad del sacerdote diocesano, sintetizada en la caridad pastoral.

En un primer momento me detengo en su perfil biográfico señalando las fechas más destacadas, así como las acciones más significativas; al mismo tiempo, lo inserto en la situación eclesial y civil que se está viviendo en ese momento. Además, me detendré en las intervenciones que tuvo como padre conciliar, fijándome en aquéllas que me parecen más relevantes en orden al tema que estamos tratando. En un segundo momento, me centraré en la formación inicial y permanente de los candidatos a las sagradas órdenes y en los sacerdotes, ya que el Cardenal dedicó mucho tiempo y muchos escritos para intentar conseguir que los seminaristas y sacerdotes viviesen la caridad pastoral indicada en los documentos conciliares. Veremos que, tanto en el Seminario como en la formación permanente de los sacerdotes, hizo todo lo posible para que el corazón sacerdotal fuese formado adquiriendo el estilo de Cristo buen Pastor. Finalmente, en un tercer momento, pondré el foco en analizar cómo su caridad pastoral también se hace visible en la atención y el cuidado de los más pobres y desfavorecidos a través de su obra social y del ministerio de la palabra.

1.1 Infancia

Marcelo González Martín nació el 16 de enero de 1918 en Villanubla, provincia de Valladolid. A los pocos días, el 6 de febrero recibió el bautismo en su parroquia natal. Su padre se llamaba Minervo González Lobo y su madre Constanza Martín Quijada. La familia solo tuvo dos hijos, Angelita, que era la hermana mayor, y Marcelo. Su hermana no contrajo matrimonio y siempre estuvo al lado de su hermano. Ella sentía hacia él un profundo respeto y admiración y él sentía hacia ella un gran cariño y agradecimiento.

Su infancia no fue nada fácil. Cuando apenas contaba con tres meses de edad su padre fallecía fruto de un constipado que se fue complicando con lo que se quedaba su madre sola con los dos niños muy pequeños. Fueron años de mucha penuria. En Europa acababa de terminar la primera guerra mundial con la hambruna que conllevó y en España había mucha convulsión social con gran conflictividad laboral. La madre sacó la familia adelante haciendo quesos con la leche que compraba. Marcelo tuvo que crecer aprendiendo a vivir con austeridad siendo testigo del esfuerzo y los sacrificios que tenía que hacer su madre.

Sus primeros años los pasó en Villanubla. Allí fue monaguillo y fue recibiendo los sacramentos de la iniciación cristiana que culminaron con su confirmación el 16 de octubre de 1926. Desde pequeño recibió una buena formación cristiana y creció en un ambiente profundamente religioso. Tanto en Villanubla como en Fuentes de Nava, pueblo de donde procedía su familia por parte materna, fue empapándose de la piedad popular y de la belleza de las imágenes que allí se veneraban, especialmente de la santísima Virgen¹.

Durante estos primeros años conoció a dos papas. Nació durante el pontificado de Benedicto XV. Este papa sufrió mucho debido a la primera guerra mundial. En el verano de 1917 intentó por todos los medios que terminara la guerra pidiendo a todas las potencias del momento que hicieran la paz, pero no fue escuchado. En 1922 moría a consecuencia de una epidemia de gripe y era sustituido por Pío XI. El nuevo papa escribió varias encíclicas saliendo al paso en algunas de ellas de los problemas que había en esos momentos y que culminaron con la segunda guerra mundial. Escribió en 1937 la encíclica *Mit brennender Sorge* señalando el carácter pagano del nazismo y condenando el racismo; y la *Quadragesimo Anno*, con motivo de los 40 años de la *Rerum Novarum* de León XIII, insistiendo en la obra de la Iglesia a favor de los pobres y condenando el comunismo. Comprendemos que eran momentos muy delicados tanto a nivel social como a nivel eclesial.

¹ Cf. Concepción Rueda, *Don Marcelo Servidor y Maestro* (Toledo: Antonio Pareja Editor, 2006), 19-25.

Volviendo a nuestro niño Marcelo, vemos que crece en un ambiente cristiano y no es extraño que manifieste desde muy joven el deseo de ir al seminario. Sería en septiembre de 1929, con once años, cuando ingresó en el Seminario Diocesano de Valladolid. Allí cursó latín, humanidades y la etapa filosófica destacando por su laboriosidad e inteligencia. Terminados estos estudios decide marchar a la Universidad Pontificia de Comillas. La razón fue porque entonces estaba la segunda República en España y se había producido una gran relajación a nivel educativo. Él y otro compañero consideraron que debían cambiar de aires para perseverar en su vocación, de lo contrario, diría él mas tarde, se tendrían que ir a la calle a buscarse novias.

1.2 Formación teológica y sacerdocio

En Comillas destacó por su inteligencia y sencillez. Permaneció en la Universidad durante 5 años haciendo el propedéutico y los cuatro cursos de teología. Durante este periodo tuvo que ausentarse durante un tiempo debido a la guerra civil. De hecho, pasó unos meses en Valladolid en el 1936 y no fue llevado a filas porque no veía con el ojo derecho. En 1937 vuelve a Comillas terminando sus estudios en 1940. En julio obtenía la licenciatura en Sagrada Teología haciendo un trabajo bajo el título “Diego Laínez en Trento”.

Tras terminar sus estudios le dijeron que estaría un año sin poder ordenarse sacerdote. Durante este periodo dio clases en el seminario enseñando humanidades y latín. En abril de 1941 recibió el diaconado en la capilla del Seminario de Valladolid. El 29 de junio de ese mismo año, con 23 años, fue ordenado sacerdote en el Santuario de la Gran Promesa de Valladolid donde también celebraría su primera misa.

Por entonces, ya era papa Pío XII, que había sido elegido el 2 de marzo de 1939. Al ordenarse don Marcelo había terminado la guerra civil española, pero todavía estaban muy presentes los daños materiales ocasionados y, sobretodo, los daños humanos. A los muertos había que añadir las familias rotas y divididas. En este contexto era necesaria una reconstrucción general, no solo de los edificios, sino también de las personas a nivel físico, moral y espiritual. Junto a esto, Europa había entrado en guerra a pesar de los intentos del santo padre de evitarla y de los sucesivos mensajes de paz lanzados durante

las navidades una vez que se había iniciado la guerra. Así estaba el mundo cuando don Marcelo se ordenó sacerdote².

Una vez ordenado presbítero, siguió impartiendo clases en el seminario y fue nombrado capellán del convento de santa Catalina en Valladolid y párroco de Arroyo de la Encomienda. A los dos años fue nombrado capellán de las MM. Teresianas y Viceconsiliario del consejo diocesano de los hombres de Acción Católica. En 1945 fue nombrado profesor de Teología Fundamental y de Teología Dogmática en el seminario. La docencia la siguió ejerciendo hasta que fue nombrado obispo de Astorga. En 1947 fue canónigo por oposición en la catedral de Valladolid. Durante estos años se dedicó fundamentalmente a la enseñanza y a la predicación, pues fue adquiriendo fama de ser gran predicador. Su hermana y su madre vivían con él.

Otro aspecto en que destacó fue la gran labor social que realizó como delegado de Cáritas diocesana y como Consiliario diocesano de Acción Católica. Promovió una constructora benéfica llamada “Patronato de san Pedro Regalado” con la que pudo acercarse a los suburbios de la ciudad y construir 672 viviendas para familias de clase obrera, además de escuelas, talleres profesionales, instalaciones deportivas, un colegio mayor para universitarios y el templo parroquial. Fueron años de mucho trabajo y desvelos por los más necesitados. Esta labor social fue reconocida por la Junta de Comunidades de Castilla León que le entregó el 22 de abril del año 2000 el premio concedido a las Ciencias Sociales y Humanidades por su larga trayectoria de acción social en la construcción de viviendas, escuelas, colegios mayores y de formación profesional³.

Fue en estos primeros años de sacerdocio cuando le pidieron que elaborase una biografía sobre don Enrique de Ossó y Cervelló. Por entonces era el capellán del colegio de las teresianas de Valladolid. Don Enrique había fundado la Congregación de la Compañía de santa Teresa de Jesús. Las teresianas le pasaron el material necesario, pero no encontraba tiempo para realizar el trabajo hasta que se decidió a hacerlo un verano. Durante tres meses estuvo trabajando diez horas diarias con el fin de dar por concluido el encargo. El título del libro fue “Don Enrique de Ossó o la fuerza del sacerdocio”. Desde entonces, don Marcelo estuvo muy ligado a las teresianas, llegando a escoger una de sus casas como residencia mientras fue arzobispo de Barcelona, y a toda la obra del santo

² Cf. Ibid., 27-33.

³ Cf. Ibid., 39.

sacerdote. Es especialmente relevante esta obra pues pone de manifiesto su pasión por el sacerdocio⁴.

1.3 Obispo de Astorga

El 28 de octubre de 1958, una vez fallecido Pío XII, los cardenales eligieron al cardenal Roncalli como papa escogiendo el nombre de Juan XXIII. Su pontificado fue muy corto, apenas cuatro años y medio, ya que tenía 78 cuando fue elegido. Sin embargo, fue un periodo de mucha importancia pues a lo largo del mismo se produjeron grandes cambios. El Papa bueno sorprendió al mundo convocando el Concilio Vaticano II. Fue él quien nombró a don Marcelo obispo de Astorga el 31 de diciembre de 1960. Fue preconizado el día 5 de enero y la noticia recorrió todo Valladolid, pues a uno de los miembros del cabildo catedralicio se le nombraba obispo. Produjo sentimientos encontrados; por un lado, fue motivo de gran alegría para toda la comunidad católica, pero al mismo tiempo producía tristeza al comprender que el sacerdote que tanto había hecho por Valladolid, tanto a nivel material como espiritual, tenía que dejarlos. El 5 de marzo de 1961 era consagrado obispo. Tenía 42 años, convirtiéndose en el obispo residencial más joven de España. Su madre no pudo verlo pues había fallecido en octubre de 1958.

La consagración episcopal se produjo en la catedral de Valladolid y toda la ciudad se volcó. Las autoridades religiosas y civiles lo acompañaron en la celebración y el pueblo vallisoletano engalanó la ciudad y llenó la catedral como signo de agradecimiento y estima. Tras recibir el calor del pueblo y después de realizar algunas celebraciones, don Marcelo tomó posesión del cargo el 19 de marzo, fiesta de san José, en un día lluvioso, ocupando el número 134 de la lista de los obispos de Astorga. La catedral de la ciudad es denominada Catedral Apostólica. Son llamados así aquellos templos que fueron fundados por los apóstoles o están de alguna manera relacionados con ellos. En definitiva, en este caso nos habla de la antigüedad de la sede episcopal de Astorga. La diócesis tenía entonces unos 400 mil habitantes y contenía pueblos de León, Zamora y Orense⁵.

Al ser elegido obispo, don Marcelo tuvo que escoger su escudo episcopal. Él mismo explicó lo que significaba y lo traemos aquí porque recoge cuáles fueron sus amores e intereses a lo largo de su pontificado. Evidentemente, ha ido cambiando según

⁴ Cf. Ibid., 40-45.

⁵ Cf. Ibid., 47-54.

fue ocupando las distintas sedes, pero los elementos son prácticamente los mismos con su significación primigenia.



El campo del escudo es de color azul haciendo referencia en heráldica a la justicia y a la caridad. Los tres jirones rojos están inspirados en el escudo de Valladolid y el nuevo obispo quiso simbolizar en ellos los tres problemas o las tres ocupaciones que tendría como obispo a lo largo de toda su vida. Por un lado, la elevación de la clase trabajadora organizando las escuelas laborales; por otro lado, el deseo de elevar el nivel cultural de la población creando escuelas, colegios mayores y grupos escolares; finalmente, la preocupación por las familias edificando cientos de viviendas con el fin de que viviesen dignamente y de esta manera pudiesen santificarse. La estrella amarilla de seis puntas simboliza la luz, la fe y el esfuerzo.

En la base del escudo el emblema de la Cáritas internacional, como sosteniendo todo el edificio. A través de Cáritas y la Acción Católica pudo realizar sus obras de atención a los más necesitados convirtiéndose en los brazos de su apostolado. Por esta razón, también aparece en su blasón la Cruz de los hombres de la Acción Católica. Rodeando el escudo aparece el capelo cardenalicio con las borlas correspondientes al Cardenal Primado de España, 15 a cada lado.

Debajo la divisa *Pauperes Evangelizantur*, es decir, evangelizar a los pobres. El lema pretende resumir el significado del escudo y de su vida sacerdotal. Este lema marcó toda su vida episcopal procurando tener siempre un cuidado especial por los más pobres. Es significativo que en el recordatorio de su consagración episcopal escribiera de su puño y letra «ayudadme con vuestras oraciones para que, con vivo amor a Dios y a la Iglesia, pueda cumplir siempre lo que de mí piden estas santas palabras»⁶. Durante este periodo en el obispado de Astorga le toco vivir y participar en el Concilio Vaticano II, pero esto lo veremos con más detenimiento en la segunda parte de este apartado.

⁶ Cf. Ibid., 55-57.

1.4 Arzobispo de Barcelona

El 21 de febrero de 1966 fue nombrado arzobispo coadjutor de Barcelona con derecho a sucesión. Se despidió de Astorga el 16 de mayo de ese año con mucho pesar. Llevaba poco tiempo en la diócesis y acaba de terminar el concilio en el que había participado. Era el momento de dar a conocer en profundidad los documentos y de ponerlos en práctica. En Astorga tenía muchos proyectos iniciados. Algunos acabados, pero que necesitaban consolidarse y otros en ciernes. Había convocado una asamblea, sínodo diocesano, con reuniones por grupos de cuarenta sacerdotes para estudiar durante cinco días en régimen de internado todos los documentos conciliares; pretendía reformar la curia, las estructuras eclesiales, subir el nivel académico del seminario tanto del Mayor como del Menor, cuidar la formación de los jóvenes con colegios diocesanos puestos en manos de sacerdotes... todo esto se veía ahora frustrado⁷.

Ir a Barcelona suponía un cambio muy profundo en muchos sentidos. Pasaba de una diócesis que no llegaba al medio millón de habitantes a la segunda diócesis mayor de España con tres millones. De una realidad rural a una zona industrial con grandes poblaciones alrededor de la capital catalana. Don Marcelo ha referido en diversas ocasiones su oposición a este traslado manifestando que fue por obediencia al santo padre sabiendo que en la voluntad del superior se revela la voluntad de Dios. Por tres veces dio razones de por qué no veía acertado el nombramiento al nuncio. A parte de referir su incapacidad para llevar una archidiócesis tan grande, insistió en que, dada la situación, nombrasen un arzobispo de origen catalán. Pero el papa Pablo VI no modificó su idea primera y le hizo ver que las dificultades planteadas se solucionarían. En verdad, no fue así y don Marcelo pasó 6 años bastante complicados. El caso es que el 19 de mayo de 1966, fiesta de la Ascensión del Señor, tomó solemne posesión de su cargo. A los pocos meses, el 7 de enero de 1967 fue nombrado obispo residente.

Los dos grandes problemas que tuvo don Marcelo en Barcelona fueron, por un lado, el rechazo de parte del nacionalismo que quería obispos catalanes. Así se lo hicieron saber antes de llegar a la ciudad condal por carta y, una vez allí, con manifestaciones. No olvidemos que el nuevo arzobispo coadjutor procedía de Castilla, en concreto de Valladolid. Y, por otro lado, la aplicación del concilio. Cuando don Marcelo llegó a

⁷ Cf. Ibid., 87.

Barcelona no se habían estudiado en profundidad los documentos conciliares y muchos recibían los comentarios realizados por la prensa. Don Marcelo conocía bien tanto la génesis como la elaboración de los documentos pues había participado en todas las sesiones y chocó con algunos sectores que pretendían hacer algunas lecturas precipitadas que no se ajustaban a los textos. Fueron tiempos convulsos y difíciles que requerían mucho diálogo y paciencia.

Con relación a estos dos puntos, don Marcelo mostró desde el principio, y así se ve reflejado en las primeras alocuciones, su deseo de acoger a todos y pidió que también lo acogieran a él. Manifestó su deseo de aprender catalán y conocer en profundidad la idiosincrasia del lugar. Pero hubo un sector que no le dio opción solo por el hecho de no ser catalán. En cuanto a la aplicación del concilio intentó dialogar con todos con el fin de sumar a todas las partes, pero eran tiempos en que todo estaba confuso y no fue nada fácil. A pesar de todo, nunca quiso mostrar ninguna queja hacia los que le rechazaban intentando comprender su postura. Si bien es cierto, su estancia en Barcelona le sirvió para mostrar su gran amor a la Iglesia y su férrea obediencia al papa⁸.

En Barcelona decidió vivir en el colegio de las Madres Teresianas en lugar de en el palacio arzobispal. En medio de las dificultades señaladas, siguió ejerciendo su labor de excelente predicador. Reorganizó los seminarios Mayor y Menor; creó la facultad de Teología de Barcelona; fundó la Academia diocesana de Filosofía y el Centro de Estudios Pastorales. Terminó la residencia sacerdotal “san José Oriol”. En la catedral reforzó su archivo y embelleció el templo limpiando sus paredes. A nivel más social, consiguió que se hiciera enseñanza especial en el hospital “Niño de Dios”.

En cuanto a la reforma de la curia, designó a siete Vicarios Episcopales y un Provicario general. En 1968 la Santa Sede nombraba por primera vez en España a cuatro obispos auxiliares, todos catalanes. Aumentó los arciprestazgos de 20 a 37 y creó 50 parroquia nuevas durante los seis años que estuvo. Cuando se marchó ya estaba muy avanzado un estudio sobre la archidiócesis que pretendía dividirla en varias diócesis siguiendo las pautas señaladas en el concilio. Esto se hizo realidad en el año 2004⁹.

Tenía fama de gran predicador y eran muchos los que acudían a la catedral a escucharle, especialmente durante las charlas cuaresmales. En Barcelona hizo muchos y buenos amigos que lo serían de por vida. De hecho, don Marcelo recibió muchas ayudas desde Barcelona estando en Toledo y él, siempre que podía, aprovechaba para visitarlos.

⁸ Cf. Ibid., 95.

⁹ Cf. Ibid., 102-105.

En varias ocasiones fue invitado a dar charlas y conferencias y fue con mucho gusto. Cuando hablaba de Barcelona se notaba que se había quedado con las cosas buenas y que apreciaba enormemente tanto a la ciudad como al pueblo catalán.

1.5 Arzobispo de Toledo

Don Marcelo fue nombrado arzobispo de Toledo el 4 de diciembre de 1971 por el papa Pablo VI. Hizo su entrada en la ciudad imperial el 23 de enero de 1972, solemnidad de san Ildefonso, patrón de la ciudad. Hacía el número 117 de los arzobispos toledanos. Fue nombrado Cardenal presbítero por el mismo papa en el consistorio del día 5 de marzo de 1973. Fue en este consistorio cuando Pablo VI comunicó que el número máximo de cardenales para elegir al Romano Pontífice sería de 120.

Al año siguiente tuvo la oportunidad de participar en la Tercera Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los obispos de Roma celebrada del 27 de septiembre al 26 de octubre. Es interesante recordarlo pues el tema que se trató fue sobre la evangelización del mundo moderno. Como resultado de esta asamblea se publicó la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*.

Pablo VI fallecía el 6 de agosto de 1978. Su pontificado duró 15 años y se esforzó en culminar el Concilio Vaticano II e intentar llevarlo a la práctica. Además, tuvo como sus objetivos la propagación del evangelio por todo el mundo y la consecución de la unidad entre todos los cristianos. Ante esta situación, el nuevo cardenal tuvo que asistir al cónclave para la elección del nuevo papa. En apenas 24 horas fue elegido Albino Luciani que tomaría el nombre de Juan Pablo I. Ante la repentina muerte del Papa de la sonrisa, tuvo que volver a Roma en octubre de ese mismo año para asistir al cónclave en el que fue elegido Karol Wojtyła adoptando el nombre de Juan Pablo II. Fue el primer pontífice no italiano desde Adriano VI de Utrech (1522-1523).

Don Marcelo tuvo mucha relación con el nuevo papa y ya no conocería a otro Romano Pontífice. Tuvo que hacer de anfitrión en la visita que el Santo Padre hizo a Toledo y al santuario mariano de la Virgen de Guadalupe en 1982. Le admiraba por su inteligencia y por su capacidad para comunicar, además de por su espiritualidad que se manifestaba en una entrega diaria en servicio de la Iglesia. En una ocasión llegó a decir:

«Juan Pablo II es un auténtico santo, que atiende y acoge a todos con exquisitez y mucha sensibilidad, no exenta de dulzura, pues se desvive por la gente y es poseedor de

un don o carisma especial para la comunicación. Va encorvado por el peso de sus obligaciones con la humanidad. En una imaginaria lista, por orden de importancia entre los mejores Papas, Juan Pablo II ocuparía, sin lugar a dudas, un lugar entre los cinco primeros»¹⁰.

Su etapa en Toledo fue la más larga de su pontificado, algo más de 23 años. Durante los primeros años le tocó vivir la transición española tras la muerte de Franco y todo lo que conllevó tanto a nivel político como a nivel social y religioso. Además, fue el momento de aplicar el Concilio Vaticano II y ahora sí tuvo tiempo para hacerlo. En verdad, su labor pastoral a todos los niveles fue impresionante. En Toledo encontró su lugar y se entregó totalmente a su ministerio como arzobispo. Evidentemente, no podemos recoger aquí toda esta labor, pero puede servir como botón de muestra los siguientes datos: en Talavera de la Reina creó varias parroquias ante el crecimiento de la población; fundó el colegio de educación especial “Madre de la Esperanza”; construyó la Casa de la Iglesia que en la actualidad es casa sacerdotal, casa de espiritualidad y centro de reuniones de las diferentes realidades eclesiales existentes en la ciudad. En Toledo, además de la creación de nuevas parroquias, inauguró la casa sacerdotal “Cardenal González Martín”, la casa diocesana de ejercicios “El Buen Pastor”, la residencia femenina para estudiantes y fundó la “Casa san José” para la formación permanente de los sacerdotes.

Valoró mucho los medios de comunicación social viéndolos como un instrumento útil de cara a la evangelización y para dar a conocer la labor que la Iglesia realiza en toda la archidiócesis. De esta manera, fundó la publicación semanal escrita “Padre Nuestro” en 1983 y la radio “Santa María” de Toledo unos años después donde solo hay información religiosa.

Se preocupó mucho, como veremos en los próximos apartados, por los Seminarios Mayor y Menor y por la formación permanente del clero teniendo en cuenta las pistas señaladas por el concilio. En concreto, para la formación sacerdotal creó el Centro de Estudios de Teología Espiritual (CETE) en 1975 donde se tenían encuentros anuales y se trataban los temas de más actualidad teológica. Son numerosas las publicaciones que recogieron las ponencias. Formó el Instituto de Estudios Visigóticos-Mozárabes en 1977. Se revisó el rito mozárabe y logró la publicación del nuevo misal visigótico-mozárabe.

¹⁰ Cf. Ibid., 160.

A nivel social organizó siete albergues repartidos por la geografía diocesana para atender a los transeúntes. Creó un centro de reinserción social. Junto a esto, no dejó de predicar, dar charlas y conferencias, cartas pastorales...; recorrió los distintos pueblos de la archidiócesis confirmando, participando en las fiestas patronales o bendiciendo casas y centros parroquiales. Convocó el XXV sínodo diocesano el 6 de noviembre de 1986 clausurándolo el 23 de noviembre de 1991. Sus escritos han sido recogidos en una obra colosal que alcanza los 12 volúmenes¹¹.

El 23 de junio de 1995 pasó a ser arzobispo emérito de Toledo. Lo fue durante casi nueve años. Desde entonces se trasladó a la residencia hogar “Madre Genoveva” de las hermanas Angélicas de Toledo. Este tiempo no fue de tranquilidad pues siguió haciendo una labor pastoral inmensa. Su agenda estaba habitualmente ocupada dando retiros, conferencias o asistiendo a numerosos actos civiles, culturales y religiosos. Había adquirido un gran prestigio como predicador y era sobradamente conocido su nivel cultural como gran humanista.

El verano del 2004 fue a pasarlo a Fuentes de Nava huyendo de los rigores estivales de Toledo. Allí le sorprendió la muerte el 25 de agosto a las 19:50. Murió acompañado del que había sido su secretario durante 43 años, don Santiago Calvo Valencia; de don Rafael Palmero Ramos, gran colaborador de don Marcelo y, en ese momento, obispo de Palencia y del entonces ministro de Defensa don José Bono con el que tenía gran amistad. Su muerte fue anunciada por el obispo de Palencia con el siguiente comunicado:

«Sin miedo alguno, con sosiego y paz, con sufrimiento aceptado y ofrecido al Señor, se nos ha ido don Marcelo González Martín, pastor de la Diócesis de Astorga, Barcelona y Toledo y cardenal primado, hijo de España y oriundo de nuestra tierra. De Fuentes de Nava era su madre, Constanza Martín y en Fuentes de Nava entregó su vida al Señor, bajo la protección amorosa de la Virgen de los Remedios»¹².

2. Cardenal Marcelo: padre conciliar

Veamos a continuación la influencia que tuvo el Concilio Vaticano II en la vida del cardenal Marcelo. Nada más comenzar su pontificado en la diócesis de Astorga se

¹¹ Cf. Ibid., 223-231.

¹² Ibid., 297.

anunció la convocatoria del nuevo concilio. Este acontecimiento eclesial de primera magnitud marca el resto de sus años, bien por su participación en el mismo, bien por la aplicación de las conclusiones que se fueron emanando en las diócesis por donde fue pasando. Veamos su participación en el concilio y la aplicación que hizo del mismo.

2.1 Antes del Concilio

Fue el 25 de enero de 1959 cuando Juan XXIII anunció el deseo de celebrar un concilio. En esa fecha, don Marcelo estaba en Valladolid y recibió la noticia con gran alegría. Cuando en 1961 fue nombrado obispo de Astorga comenzó a motivar y animar a toda la diócesis para que participara y respondiera con gozo a esta llamada que hacía el santo Padre. Para ello, envió a las distintas comunidades todos los comunicados que llegaban desde la Nunciatura con este propósito, añadiendo las palabras de ánimo que veía necesarias. Con este motivo publicó una carta pastoral titulada “Ante el próximo Concilio Ecuménico”, en el que explicaba lo que es un Concilio de estas características y qué es lo que se proponía. Además, señalaba la importancia de orar por el fruto del concilio y exhortaba a vivirlo con esperanza con el deseo de que su aplicación ayudara al crecimiento de la Iglesia. Posteriormente, cuando fue convocado a participar en el concilio y marchaba para Roma, escribió una comunicación pastoral a toda la diócesis “Al salir para Roma” donde insistía en todos estos aspectos¹³.

En una de las exhortaciones citadas anteriormente, en concreto la de mayo de 1961, decía a sus diocesanos lo siguiente hablando de la oportunidad e importancia del concilio:

«Nos acercamos a uno de los acontecimientos de mayor importancia para la vida de la Iglesia de nuestro tiempo. Me refiero a la próxima celebración del concilio Ecuménico anunciado por su S.S. Juan XXIII hace más de dos años. Concilio, que con razón, viene constituyendo uno de los más serios motivos de especulación para el futuro de la vida cristiana... Son muchas las razones que apoyan la decisión del Santo Padre al reunir a todos los obispos del mundo en un Concilio. Desde la promulgación del código

¹³ Cf. S. Calvo, “El cardenal Marcelo González Martín y el Concilio Vaticano II”, *Toletana* 28 (2013/1): 10-11.

de Derecho Canónico, los tiempos han evolucionado rápida y profundamente en todos los órdenes de la vida»¹⁴.

2.2 Durante el Concilio

El concilio se inauguró el 11 de octubre de 1962 y la primera sesión comenzó al día siguiente. En verdad, los obispos españoles no sabían cómo se iban a desarrollar las sesiones conciliares. Con tan solo dos meses de antelación habían recibido el material con el que trabajar y no conocían el procedimiento, es decir, si tenían que hablar directamente en el aula o tendrían que presentarlo por escrito. Al principio, los que mejor iban preparados eran los obispos franceses, alemanes y belgas ya que hacía tiempo que tenían constituidas sus respectivas conferencias episcopales y, por lo tanto, se habían reunido con peritos para tratar los temas que consideraban oportunos. De hecho, en la primera sesión del concilio con facilidad se impuso su criterio a la hora de elegir a los miembros de las distintas comisiones¹⁵.

Don Marcelo fue invitado a participar en el concilio siendo uno de los obispos más jóvenes. Esta juventud no fue motivo para que su participación fuera meramente de acompañante de los demás obispos españoles. Por el contrario, tuvo varias intervenciones a lo largo de las distintas etapas en que se desarrolló el concilio y aparece su firma en numerosas propuestas e intervenciones. Las etapas se realizaban durante la estación otoñal. Veamos algunas de sus intervenciones más significativas.

2.2.1 Primera etapa. Otoño 1962

El 24 de noviembre de ese año tuvo una intervención al tratar los medios de comunicación social señalando lo siguiente:

«Dado que el documento se dirige a todos los hombres de buena voluntad, debemos empezar por hacer una declaración general, empezando por la observancia de la ley natural y exponiendo también los derechos y deberes de la Iglesia.

Hemos de ser ejemplares en la información y en el modo de adquirirla, sobre todo, entre los católicos. Hemos de hacerlo con verdad, sin faltar a la caridad, y sobre

¹⁴ Rueda, *Don Marcelo servidor y maestro*, 58.

¹⁵ Cf. Calvo, *Don Marcelo*, 12.

todo nosotros, los obispos, antes de actuar en asuntos de otros países, debemos informarnos de la realidad, consultando a la jerarquía del lugar. Lo cual exige que la jerarquía a la que se consulte facilite la información y no fomente el secretismo. También hemos de facilitar que se forme una opinión pública favorable y objetiva, en relación con la Iglesia y las obras que realiza»¹⁶.

Como podemos ver, el cardenal resalta la ejemplaridad que debe de mostrar la Iglesia en este punto, tanto a la hora de conseguir la información como en el momento de transmitirla. Señala la importancia de saber unir verdad con caridad y que se evite toda sensación de ocultamiento de la información. Además, hace referencia a la necesidad de que se conozca lo que la Iglesia hace. Este punto será importante para hacer visible toda lo obra social que realiza la Iglesia. Estas ideas fueron recogidas en el documento final *Inter mirifica* en los números 5, 11, 14 y 24.

2.2.2 Segunda etapa. Otoño 1963

Durante esta etapa, don Marcelo, firmó en dos intervenciones relevantes que hicieron dos obispos españoles. Por un lado, el 11 de octubre intervino el obispo auxiliar de Sevilla, Mons. José María Cirarda, hablando sobre la sacramentalidad del episcopado; por otro lado, Mons. Narciso Jubany, obispo auxiliar de Barcelona, tuvo una intervención exponiendo el tema de la colegialidad. En ambos casos, don Marcelo firmó.

Por su parte, don Marcelo, tuvo tres intervenciones durante este periodo. Una primera, el 16 de octubre de 1963, entregada por escrito, en la que hacía unas sugerencias sobre el oficio de santificar de los obispos. En el escrito señalaba que el documento dedica poco tiempo a la tarea más importante que tienen los obispos, que es la de santificar. Es importante tratar el asunto con más profundidad y amplitud. Recuerda que, además de cumplir el mandato dado por Cristo de predicar, el obispo tiene que promover la santificación, ya que por el ministerio del sacerdocio de primer orden que ha recibido, es ministro especial de algunos sacramentos. Por último, afirma que, si el Concilio hace una llamada a la santificación de todos, son los obispos los que deben de ir por delante.

La segunda intervención va en esta misma línea. El 25 de octubre insistía en la necesidad de la santidad personal de los obispos. Decía:

¹⁶ Ibid., 13.

«No parece digno exhortar a los demás a la santidad si no empezamos por insistir en nuestra obligación de ser santos. Un obispo es ante todo un santificador, mucho antes que un maestro o un gobernante. Y hace falta aclarar esto, sobre todo hoy, cuando los hombres no creen en las palabras, sino en los hechos. Si los obispos vamos a dar muchas leyes en este Concilio y vamos a cuidar después de que se cumplan en la reforma del clero y del pueblo cristiano, pongamos aquí el fundamento de toda reforma, afirmando nuestra obligación de ser santos y de promover la santidad, para que no seamos considerados inspectores y vigilantes, sino padres y pastores»¹⁷.

Esta intervención tiene especial relevancia para el tema que estamos tratando, pues apunta a la necesidad de reforma que hay que hacer, no solo en el pueblo cristiano, sino en el clero y en el episcopado. Además, señala la importancia de ser padres y pastores que cuidan y guían a los fieles a la santidad, y no meros vigilantes de que se cumpla lo establecido, pero sin corazón, sin caridad pastoral. Esta idea indicada por don Marcelo la recogió el concilio en la Constitución *Lumen Gentium* en el número 14 y en el número 15 del Decreto *Christus Dominus*. Un dato curioso es que esta intervención la escuchó el papa Pablo VI y manifestó que le había gustado mucho señalando que ese era el camino.

La última intervención de esta etapa tuvo lugar el 25 de noviembre. En ella trató sobre la comunicación de bienes entre las diócesis. Afirmaba que, aunque cada diócesis tiene su propia autonomía a la hora de vivir su práctica pastoral, es necesaria una comunicación de bienes, ya que hay diócesis que tienen muchas carencias y necesitan de la ayuda de las que más tienen. Esta idea fue recogida en el Decreto *Christus Dominus* en el número 6. Como se puede comprobar, en este punto manifiesta una especial sensibilidad por las diócesis más pobres y con menos posibilidades¹⁸.

2.2.3 Tercera etapa. Otoño 1964

En esta tercera etapa tuvo tres intervenciones, dos de ellas especialmente significativas para las cuestiones que estamos abordando. La primera tuvo lugar el 14 de octubre de ese año y el tema tratado fue cómo cuidar la formación de los sacerdotes una vez que dejan el seminario. Afirmaba lo siguiente:

¹⁷ Ibid., 15.

¹⁸ Cf. Ibid., 15-16.

«Hoy los sacerdotes necesitan mayor formación que nunca, precisamente porque ésta es la hora de los laicos. Por eso hay que facilitar que sigan formándose después de la ordenación y sería necesaria la institución de post-seminarios, a los que los sacerdotes volvieran después de algún tiempo de práctica pastoral. Si la gran obra del Concilio de Trento fue la fundación de los seminarios, sería otra gran obra de este Concilio la de los post-seminarios»¹⁹.

Como vemos, en este punto fue un adelantado a su tiempo. El concilio afianzó la idea de la formación permanente del clero y lo expuso en el Decreto *Ecclesiae sanctae* en el número 22. En esta intervención se destaca la necesidad de la formación permanente y se propone un medio que puede ser eficaz como es la institución de un post-seminario a modo de convictorio. Si bien es cierto que esto no lo recogió el concilio, no es menos cierto que hoy están proliferando por numerosas diócesis con el fin de acompañar a los sacerdotes recién ordenados. Don Marcelo intentará salir al paso de esta situación en la archidiócesis de Toledo con la creación de la casa “san José” dedicada para la formación permanente del clero²⁰.

Además, en esta intervención, recordó que no podemos pedir vida santa si no creamos instituciones que ayuden a conseguirlo como por ejemplo fomentar las asociaciones sacerdotales, la creación de los convictorios o una distribución del clero adecuada. Todo esto ayuda a la santificación de los sacerdotes. No olvidemos que el fruto del concilio depende en gran parte del sacerdote²¹.

La segunda y tercera intervención de esta etapa hace referencia al esquema XIII que daría origen a la Constitución *Gaudium et spes*. En un primer momento presentó por escrito, el 20 de octubre, una nota aclaratoria sobre el concepto de Iglesia y mundo de hoy, pues pensaba que se debía de precisar más. Por otro lado, en un segundo momento, el 23 de octubre, expuso de palabra una consideración sobre el ejercicio de la caridad, por lo tanto, otro de los temas que nos atañe en nuestro estudio. Señalaba lo siguiente:

¹⁹ Ibid., 17.

²⁰ Cf. Ibid., 17.

²¹ Cf. D. Fernández, “Cardenal don Marcelo, padre e impulsor del Concilio Vaticano II”, *Toletana* 38 (2018/1): 119.

«En el capítulo III se habla de la caridad de la Iglesia bien entendida como obra de los seglares. Ciertamente que es obra de los seglares. Pero se debe de señalar que no es obra solo de los seglares, es obra de toda la Iglesia, porque todos estamos obligados a ser buenos samaritanos, que socorren al pobre abandonado en el camino. Que no se confunda la caridad y la justicia. Que la Iglesia cree algún organismo que sirva de asesoramiento y estímulo para formar a los seglares en este punto»²².

De nuevo vemos una intervención muy importante. Por un lado, habla de la necesidad que tenemos de ser consciente de que compete a todos los miembros de la Iglesia la tarea de la práctica de la caridad con el prójimo. Por otro lado, dada esta necesidad, la oportunidad de formar bien en este sentido a los seglares. Esta doble realidad muestra muy bien la dinámica que tenía el prelado a la hora de afrontar las diferentes necesidades: formación y acción.

Don Marcelo dirá que las manos del sacerdote no se manchan por levantar al medio muerto abandonado en el camino. En este sentido, señala unas propuestas claras como la creación de un organismo de laicos y eclesiásticos que salgan al paso de los problemas concretos; o la formación para todos los miembros de la Iglesia con el fin de que tomen conciencia sobre la importancia de la caridad²³.

Finalmente, en la última etapa del concilio no tuvo ninguna intervención. En este momento ya se tenía el material necesario y se pidió a las distintas comisiones que elaboraran los respectivos documentos para una revisión y aprobación posterior. Estas semanas, debido a que él no pertenecía a ninguna de estas comisiones y, por lo tanto, tenía mucho tiempo libre, las dedicó a visitar diócesis europeas donde estaban los cardenales que más influencia había tenido durante el anterior periodo conciliar. De esta manera, visitó Milán, Bolonia, Turín, Múnich y Viena. Manifestó mucho interés en conocer cómo se estaba trabajando allí y cómo funcionaban las distintas realidades. El 8 de diciembre de 1965, solemnidad de la Inmaculada, se clausuró el concilio con toda solemnidad y cada obispo regresaba a su diócesis de origen.

2.3 Aplicación del Concilio

²² Calvo, *Don Marcelo*, 19.

²³ Cf. Fernández, *Don Marcelo*, 121.

Una vez terminado el concilio había que aplicarlo en las distintas diócesis. Había dos peligros a evitar. Por un lado, estaban los que pretendían empezar de cero como si la Iglesia no fuere un cuerpo vivo que se había ido enriqueciendo a lo largo de veinte siglos, de tal manera que la reforma llevara a una iglesia totalmente nueva. Por otro lado, los que manifestaban una ortodoxia excesiva, desconfiando de todo lo nuevo como si todo fuera intocable. El obispo de Astorga tomó la postura más prudente, es decir, la de ir interpretando el concilio y su aplicación para la vida de la Iglesia acorde con lo que iban diciendo los Papas.

En este sentido, don Marcelo supo tener una actitud de fidelidad y de renovación. No se quedó anclado en el pasado, sino que tenía una gran fuerza para abrir nuevos caminos respetando la Tradición de la Iglesia²⁴. Es significativa la reflexión que hacía el cardenal Marcelo en una ponencia que tenía con motivo de la XII semana de Teología Espiritual donde el tema central que se trató fue el legado espiritual del Concilio Vaticano II. En su ponencia titulada “Alimentar nuestra vida con el Concilio” decía:

«Durante los años del postconcilio, muchos han obrado de tal manera que daban a entender que todo empezaba ahora. Se produjo una ruptura en lugar de una fundada y coherente adaptación... olvidándose no solo de otros Concilios anteriores, sino de la entera tradición de la Iglesia que, bajo la guía del Espíritu Santo, se había ido configurando a lo largo de los siglos»²⁵.

A su llegada a Astorga lo primero que hizo fue recorrer los conventos de clausura de la ciudad y reunir a las monjas de vida activa con el fin de explicarles el concilio. Seguidamente fue al Seminario y para las parroquias organizó un plan de catequesis sobre el concilio. Al mismo tiempo iba impartiendo conferencias en las principales ciudades de la diócesis. En seguida escribió dos cartas pastorales en relación con la puesta en práctica del concilio.

Por un lado, el primer escrito titulado “Ante la clausura del Concilio” manifestaba que empezaba una etapa nueva para la Iglesia y era conveniente que la diócesis se pusiera en camino. Por otro lado, en febrero de 1966, escribe un nuevo documento donde concreta un plan para aplicar el Concilio Vaticano II. Entre otras cosas señala la necesidad de

²⁴ Cf. *Ibid.*, 122.

²⁵ Marcelo González, “Alimentar nuestra vida en el Concilio”, *El legado espiritual del Vaticano II, visto por el sinodo* (Salamanca: Kadmos, 1987), 21.

explicar los documentos conciliares por arciprestazgos; crea la asamblea diocesana de sacerdotes y seglares para ver cómo se puede aplicar el concilio; crea una cátedra en el seminario sobre este tema y pone como materia de examen para los sacerdotes de quinquenales el contenido de los documentos emanados del concilio.

Al poco tiempo de iniciar estos proyectos se trasladó a Barcelona. Allí quiso seguir en la misma línea. Reunión a un grupo de unos cuarenta sacerdotes representativos de la archidiócesis y preparó un plan de formación en sintonía con las nuevas disposiciones conciliares. Una vez que fue proclamado titular escribió la carta “Pastores del pueblo de Dios” en el que convocaba a colaborar para elaborar un plan pastoral que permitiese ir haciendo vida lo que el concilio había indicado. En este periodo fundó el Instituto de Pastoral de Barcelona, creó la Comisión Diocesana de Pastoral y reformó la curia. Todo con la intención de adaptar la archidiócesis a la nueva realidad y de crear una estructura que permitiese más fácilmente la aplicación del concilio²⁶.

A principio de enero de 1972 llegaba a Toledo. En esta nueva archidiócesis su empeño de aplicar el Concilio se mantuvo vivo. Lo primero que hizo fue publicar la carta pastoral “Un seminario nuevo y libre” creando una cátedra sobre Teología Pastoral y Magisterio Pontificio cuyo fin era que se conociesen los documentos conciliares y se aplicaran en la pastoral diocesana.

Además del cuidado de la formación inicial, puso mucho esmero en la atención a la formación permanente creando el Instituto Teológico de san Ildefonso de Toledo, organizando ponencias sobre los temas de más actualidad, creando casas sacerdotales de formación. Junto a esto, creó el Centro de Estudios de Teología Espiritual para el estudio del Magisterio Pontificio. Finalmente, en cuanto a la liturgia, fue un celoso observador de las normas de la Iglesia. Cortó los abusos que en este sentido se cometían en las celebraciones y fomentó el cuidado exquisito de las normas litúrgicas.

Sobre su labor en la archidiócesis toledana es muy significativo el siguiente párrafo extraído de su homilía de entrada:

«Vamos a trabajar todos juntos, en paz y con amor, con una responsabilidad compartida dentro de la misión que a cada uno nos corresponde, según nos lo confía la Santa Iglesia; con mucho espíritu de oración tal como de ella nos habla santa Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia en esta época del Vaticano II, Iglesia muy necesitada de oración y de silencio; con amor eficaz y verdadero a los pobres, velando por la justicia de

²⁶ Cf. Calvo, *Don Marcelo*, 21-24.

los derechos que les corresponden sin quebrantar los derechos de los demás, con obediencia amorosa al Magisterio y a la guía del Papa en quien reside la autoridad, el amor, la auténtica interpretación del Concilio Vaticano II y la sana modernidad de la Iglesia, en nombre de la cual ha tendido puentes hacia todas las direcciones del mundo de hoy, sin romper jamás los hilos o los cables que nos unen con la tradición apostólica»²⁷.

Quiero terminar este apartado haciendo referencia a lo que los papas han dicho de don Marcelo con relación a la aplicación del concilio. Además de la alabanza hecha por Pablo VI a su intervención, Juan Pablo II, con ocasión de la celebración de las bodas de oro sacerdotales de don Marcelo le escribió: «queremos recordar la renovada acción pastoral de los jóvenes, de las familias, de los alejados, de todos aquellos que han padecido o padecen por cualquier adversidad, pastoral acomodada siempre y en todo al Concilio Vaticano II»²⁸. Y, con motivo de su fallecimiento, continuó escribiendo: «recordando su abnegada acción pastoral... trabajando en la aplicación del Concilio Vaticano II y la renovación de la Iglesia en fidelidad a Cristo y al sucesor de Pedro».

Por su parte, Benedicto XVI, en una ocasión le comentó al cardenal Antonio Cañizares, actual arzobispo de Valencia, que el cardenal Marcelo había sido el obispo que entendió a la perfección el Concilio Vaticano II y es modelo para todos por la forma en que lo aplicó²⁹.

Podemos terminar este apartado diciendo que don Marcelo fue un padre conciliar que se alegró con el anuncio del concilio, que lo vivió con pasión participando en él y que hizo todo lo posible por su correcta aplicación siguiendo las directrices de Roma. Él quiso que en su epitafio se le recordara por haber sido padre conciliar, de tal manera que en él se puede leer lo siguiente:

«Eminentísimo y Reverendísimo Don Marcelo González Martín, arzobispo de Toledo. Primado de España desde 1972 a 1995. Cardenal Presbítero del Título de San Agustín de la Santa Iglesia Romana. Antes fue obispo de Astorga y arzobispo de Barcelona. Padre en el Concilio Vaticano II, cuya doctrina aplicó fielmente. Fomentó las vocaciones consagradas en tiempos difíciles. Predicó con ardor la palabra de Dios. Amó con fervor a la Iglesia y a todos. Descansó piadosamente en el Señor el 25 de agosto de 2004. Pide vuestras oraciones»³⁰.

²⁷ Ibid., 31.

²⁸ Boletín oficial arzobispado de Toledo, junio-julio 1991, 272.

²⁹ Cf. Calvo, *Don Marcelo*, 37.

³⁰ Rueda, *Don Marcelo servidor y maestro*, 315.

CAPÍTULO IV: LA FORMACIÓN DEL CORAZÓN SACERDOTAL SEGÚN EL CARDENAL MARCELO

Don Marcelo llegó a Toledo a los pocos años de la clausura del concilio. Este dato es importante pues habían pasado unos años y tenía la perspectiva de lo que estaba sucediendo en otras diócesis con relación al seminario y a la formación permanente del clero. Por un lado, como padre conciliar, conocía perfectamente cuál era el perfil sacerdotal que se derivaba de los textos conciliares, especialmente de *Optatam Totius* y *Presbyterorum Ordinis*; y, por otro lado, era testigo de las consecuencias perniciosas que se estaban dando en las diócesis por una lectura precipitada de los textos conciliares y, a veces, interesada.

El cardenal, consciente de todo esto, tomó como prioritario la formación de los candidatos al sacerdocio, sabiendo que la marcha de una diócesis depende en gran medida de la altura espiritual y de la buena formación de sus sacerdotes. Para ello comenzó por visitar el seminario, conocer la realidad y escribir la carta pastoral “Seminario nuevo y libre”¹ que se convertiría en la carta de mayor relevancia tanto a nivel diocesano como extradiocesano y que supondría un texto programático sobre qué estilo quería para sus sacerdotes siguiendo las pautas marcadas por los documentos conciliares.

Él era un enamorado del sacerdocio y le gustaba afirmar que el sacerdocio merecía ser amado por lo que es en sí. No entendía que se pusiera en tela de juicio la identidad sacerdotal como si en los tiempos postconciliares no tuviera sentido el sacerdocio. Al ser sacerdote vives en Cristo y para los demás. No le gustaba que se hicieran dicotomías sobre si lo importante es el ser o el actuar. Cuando eres sacerdote lo eres para Dios y para los demás, todo a la vez. En una ocasión, hablando de la riqueza del sacerdocio manifestaba lo siguiente:

«Nuestro sacerdocio es rico, capaz siempre de iluminar y fortalecer, de darnos paz y alegría, de capacitarnos para amar y servir, de hacernos generosos y comprometidos en el sentido evangélico de la palabra. En él se encuentra a Jesucristo con su palabra, con su sacrificio santificador, con su caridad pastoral. Por él quedamos ungidos y consagrados, configurados a Cristo Cabeza, enviados a todos los hombres»².

¹ Marcelo González, *Seminario nuevo y libre* (Salamanca: Kadmos 2015) 83-134.

² Marcelo González, *Gozo y Esperanza*, (Ávila: Serimagen, 1991), 136-137.

1. Formación inicial. Seminario

En la carta pastoral referida anteriormente manifiesta que su prioridad es el Seminario y que se ha dedicado durante los meses precedentes a hablar con todos los responsables, formadores, profesores, seminaristas y que ha orado mucho sabiendo la importancia del tema. Tras valorar la realidad que se ha encontrado pretende marcar las orientaciones y criterios por los que debe de regirse el seminario. Estos criterios servirán para señalar cuál es el estilo de seminarista que desea, pero también apuntarán al estilo sacerdotal que es necesario para la evangelización es ese momento.

Parte de la realidad que encuentra al visitar el seminario. El número total es de 28 seminaristas, pero la mayoría en los dos primeros cursos. Es consciente de que en los próximos años son pocos los que podrán ordenarse. Además, la situación anímica y espiritual es bastante negativa. Durante los últimos años ha descendido considerablemente el número de seminaristas a nivel europeo; son muchos los sacerdotes que han abandonado el ministerio y el nivel de exigencia en los seminarios ha bajado considerablemente. Todo esto ha generado desorientación en los que comienzan, perplejidad en los que están a punto de ordenarse y falta de entusiasmo en muchos sacerdotes. Parece que todo se pone en tela de juicio.

De la renovación necesaria que había señalado el Concilio Vaticano II en la formación de los seminarios para formar sacerdotes capaces de dar respuesta a las exigencias del hombre actual, se había pasado a dudar sobre la identidad del sacerdote diocesano, a pensar si eran necesarios los sacerdotes y, por ende, si se necesitaban unos lugares donde éstos se formaran. Había que vivir como los demás y lo único importante era la pastoral, lo que la comunidad necesitaba en ese momento, perdiendo toda referencia a Cristo y a una vida de oración sería. Además, en el ámbito sacerdotal, se vivía un clima de crítica destructiva contra la Iglesia, se decía que el celibato no era necesario y muchos seminaristas, en lugar de recibir el apoyo y el ejemplo alegre de los sacerdotes, eran interpeladas a no ordenarse, pues no merecía la pena³.

Don Marcelo sabía que la renovación de los seminarios era necesaria. Así se había indicado en el concilio. Se trataba de adaptarlos a las exigencias de los tiempos que vivía la Iglesia. Era necesario un sistema de estudios más adecuado, que fuese menos distante

³ Cf. González, *Seminario nuevo y libre*, 83-88.

con la cultura profana y que supiera hacer ver la armonía de ésta con la revelación cristiana. Además, se daban otros elementos que había que reformar como la disciplina demasiado rígida, el uniformismo, la despersonalización de comunidades muy grandes o el aislamiento artificial en relación con el mundo.

Para renovar todo esto y no caer en el otro extremo, el cardenal entendió que era absolutamente necesario ser fieles de verdad al Concilio Vaticano II y a sus postulados. Esto suponía conseguir un seminarista libre en sus opciones, responsable, disponible a colaborar en todas las actividades del seminario, con sentido crítico sin dejarse llevar por las primeras impresiones del momento, hombre de fe y de amor al mundo, que no estuviera alejado de los hombres y, al mismo tiempo, centrado en Dios y con un profundo amor a la Iglesia⁴.

Por esta razón, escribe la carta pastoral y al sustantivo seminario añade dos adjetivos: nuevo y libre. Cada uno de ellos está cargado de contenido. La novedad se refiere a que sea del estilo marcado por el concilio, es decir, que se dé una formación de cara a la Iglesia y al mundo. Esto supone que el sacerdote sea capaz de acercarse al hombre concreto y, de manera especial, a los más necesitados tanto a nivel material como espiritual, con el fin de llevarlos la salvación. Además, la formación sacerdotal requiere una intensa vida interior, una profunda reflexión intelectual, madurez humana con dominio de sí mismo y una capacitación pastoral que le ayude al diálogo con el hombre actual y con los miembros de otras religiones.

En esta misma línea, el cardenal apunta a que el seminario es nuevo por el amor a la cruz, por una oración sincera que sea transformativa, por un amor concreto a la Iglesia en el Santo Padre y en el obispo y donde se destaque el valor de la obediencia, el silencio y el trabajo. El seminarista que se ordena debe de aceptar con humildad la tarea pastoral que se le encomiende sabiendo que en su entrega cotidiana va santificándose y va forjando su corazón de buen pastor. Además, es importante que viva la pobreza y el desprendimiento. No se trata de hablar mucho de los pobres y de cómo hay que ayudarlos, sino practicar con el ejemplo estando disponible para ayudar y para ir a cualquier lugar donde se necesite. En definitiva, nuevo porque se enseña al seminarista a ser sacerdote y nada más que sacerdote, enamorado de Cristo e identificado con él.

Todo esto señala al interior. Son disposiciones interiores que transforman el corazón y hace que se viva, no como mero cumplimiento externo que conduzca a recibir

⁴ Cf. Ibid., 89.

la aprobación de los demás o a que hagamos las tareas de manera técnicamente correcta, sino a una vida de unión con Cristo que nos transforma y hace que queramos entregar la vida con él en obediencia, pobreza y castidad.

Pero además es libre. Este vocablo también está cargado de contenido. Por un lado, hace referencia a que esté libre de los ensayismos precipitados, de las cobardes complacencias o del mimetismo sin más de las ocurrencias de otros. Libre de la masificación despersonalizada que tanto daño hizo en épocas anteriores y libre del cumplimiento ritualista rutinario y formalista o de las ascesis vacías alejadas de Cristo⁵.

A través de estas ideas podemos comprobar cómo el seminario nuevo y libre que quiere don Marcelo va en dirección a las pautas señaladas por el Concilio Vaticano II. En PO vimos cómo se pedía que el sacerdote tuviese unidad de vida y que para ello se uniese a Cristo y cuidara su vida de oración y se alimentase de la eucaristía. Además, señalaba la importancia de vivir su vocación en la Iglesia y para la Iglesia estando unido a su obispo y cuidando la caridad fraterna con sus hermanos sacerdotes. También se afirmaba la importancia de santificarse en el ejercicio de su ministerio y que a través de la caridad pastoral viviese su ser sacerdote. En verdad, estos son los mismos puntos que señala el cardenal y en los que pone el acento. Veamos ahora cuáles son los elementos en que más incide.

1.1 Formación intelectual

Uno de los principales objetivos del seminario es elevar la cultura del clero diocesano. Para ello será necesario que los estudios tengan el mismo nivel que si se tratara de una facultad. Con el fin de conseguirlo se intensificará el estudio de la filosofía y de la teología con rigurosa fundamentación bíblica, patristica y espiritual siendo fieles al Magisterio y a las necesidades de los hombres. Es importante que haya una buena biblioteca y que los profesores puedan dedicarse a tiempo completo a la enseñanza, de tal manera que puedan dar las clases y dedicarse a la investigación. Es llamativo que pide seriedad tanto a profesores como a seminaristas apelando a la justicia debida al pueblo cristiano que costea la vida del seminario y que espero santos sacerdotes que les ayuden a vivir su vocación⁶.

⁵ Cf. Ibid., 103-107.

⁶ Cf. Ibid., 108.

El tema de la formación inicial y permanente de los sacerdotes será una de las preocupaciones mayores del prelado. Lo primero que intentó hacer al ver la situación del seminario fue buscar profesores adecuados. Para ello se puso en contacto con los padres jesuitas con el fin de que ellos se hicieran cargo de las clases, pero al final no fue posible. Lejos de amilanarse, buscó profesores de prestigio por todos los lugares trayendo a los que consideró más aptos para tan encomiable tarea. Poco a poco consiguió formar un claustro de profesores adecuado y a los que había mandado venir fue sumando a los que él iba enviando a Roma para formarse. En este sentido, siempre tuvo una visión de largo alcance, es decir, preveía las necesidades futuras e iba capacitando a los sacerdotes para que las asumiesen. Desde el principio mostró su deseo de enviar continuamente sacerdotes a estudiar al Colegio Español de Roma con el fin de que se formasen bien y conociesen en profundidad los documentos conciliares.

Pero los profesores no solo deben de estar bien formados en cuanto a la sana doctrina y la profundidad en los conceptos, sino que también debe de ayudar en la formación de los seminaristas con su testimonio de vida. Este punto será muy importante para el cardenal. La idea es que todo ayude en la formación de los seminaristas y que haya una unidad entre los formadores y los profesores. Afirmará que jamás se permita a los profesores fomentar la desconfianza o el descontento entre los alumnos. Dirá con rotundidad «Una interferencia de esta índole me obligaría a las más severas determinaciones»⁷.

1.2 Vida de piedad

Para don Marcelo la vida de piedad será el secreto y la fuerza de la vida del seminarista y del sacerdote. Esta vida hace referencia a su trato con Dios y a la docilidad a la acción transformadora del Espíritu Santo. Las raíces que hacen que la vida sacerdotal no se tambalee ante la adversidad, las contrariedades, los rechazos o la falta de fruto es la contemplación del misterio. La clave está en que pase lo que pase la vida del sacerdote esté unida al amor de Cristo.

Para conseguir esto señala una serie de claves: trato de intimidad con Dios en la oración frecuente, mortificación de las pasiones para ir creciendo en virtud, fomentar las virtudes ocultas como la humildad, apertura a los dones del Espíritu Santo, rechazo de los

⁷ Ibid., 113.

amores para acoger al Amor y darlo a los demás, compasión de los hombres con corazón misericordioso y descubrir el sentido oculto del dolor. Si no se va trabajando todo esto en el seminario y el seminarista lo va haciendo suyo, al final el sacerdote corre el riesgo de secarse y, como consecuencia, que aparezcan las más diversas desviaciones respecto a lo que está llamado a vivir.

Para que esto no ocurra da seis claves fundamentales que no deben de faltar en la vida de un sacerdote. En primer lugar, la centralidad de Jesucristo conocido, amado e imitado. En segundo lugar, la vivencia de la eucaristía diaria y la adoración del santísimo frecuente. En este sentido, recordará lo señalado por el concilio, es decir, la eucaristía será el alimento y la fuente para que el sacerdote puede vivir la caridad pastoral y tenga unidad de vida. En tercer lugar, la vida de penitencia y ascesis acompañada por un padre espiritual. Es necesario cierta mortificación y la confesión frecuente. En cuarto lugar, la devoción a la santísima Virgen María. En quinto lugar, descubrir el concilio y el Magisterio como un hecho religioso, es decir, que es capaz de educar mejor su fe y su piedad. Finalmente, la fidelidad al obispo que es garantía de la sucesión apostólica. En relación con la importancia que da al concilio tiene un párrafo que me parece muy significativo:

«El Concilio, a quien lo entiende bien, le proporciona un estilo de vida espiritual, una visión de la Iglesia y del mundo, una expresión concreta de lo que es la redención de Cristo para los hombres, una explicación de los fundamentos y del alcance del trabajo pastoral, unas exigencias de caridad fraterna, de vida sacerdotal, de relación con el misterio de la Iglesia, de comunión, en una palabra, altamente valiosa para que la espiritualidad del sacerdote sea lo que tiene que ser: ni descarnada ni desdivinizada; ni desprovista de alimento sobrenatural, ni desatenta a las condiciones humanas de la vida; ni separada del trabajo pastoral de cada día, ni reducida al activismo exterior»⁸.

1.3 Formación pastoral

Otro elemento al que dará mucha importancia será la pastoral. No olvidemos que el seminarista se prepara para ser pastor de los hombres y que los sacerdotes deben de transparentar las actitudes del Buen Pastor. En este sentido, los estudios, la vida de piedad y las distintas actividades que se desarrollan en el seminario deben de respirar un clima

⁸ Cf. Ibid., 114-121.

de reflexión pastoral y deben de capacitar para la realización de la futura tarea pastoral que se les encomiende.

Por esta razón, es necesario conocer las distintas actividades pastorales que se están realizando en la diócesis, así como la diversidad de estilos sacerdotales que existen. De esta manera, el seminarista podrá participar en aquello que le ayude a crecer en la dimensión pastoral y podrá ser acompañado por los sacerdotes que mejor le puedan aconsejar.

El trato personal que se da en la pastoral requiere, tanto por parte del seminarista como del sacerdote, madurez en las virtudes humanas. En este sentido, señala algunas cualidades como son la veracidad, el respeto mutuo, la delicadeza, la alegría, el compañerismo sano, la higiene y la limpieza; y siempre sin altanería o arrogancia. En definitiva, que el sacerdote se santifique en el ejercicio de su tarea pastoral⁹.

2. Formación permanente

Todo lo expuesto en el apartado anterior se puede aplicar al sacerdote. Don Marcelo siempre tenía como horizonte la vida sacerdotal y cuando hablaba a los seminaristas estaba enfocado para que fuesen adquiriendo las virtudes y la vida interior que luego les ayudara a vivir alegres, enamorados de Jesucristo, sabiendo superar las dificultades que fuesen encontrando por el camino. La formación permanente procuraba que fuese holística, de tal manera que se cuidaran los diversos aspectos que conforman la vida sacerdotal.

Su preocupación por el clero fue constante. Sabía que la santificación de los fieles dependía en gran medida de la santidad de sus pastores. Su interés por los sacerdotes se materializó con la construcción de la Casa Sacerdotal “Cardenal González Martín” y su deseo por mejorar la formación de los sacerdotes se visualizó con la construcción de la “Casa de san José” cuyo fin principal era la formación permanente y la profundización doctrinal de los presbíteros. En una homilía pronunciada el día de san Juan de Ávila destacaba la fructífera predicación que tenía el santo y señalaba que era así por su formación, por su estudio diario y porque pasaba horas de oración meditando. Y, a

⁹ Cf. Ibid., 122-124.

continuación, señalaba: «mi deseo es que en la casa de san José se formen bien los sacerdotes y vivan allí algunos que puedan predicar teniendo como modelo al santo»¹⁰.

En numerosas ocasiones sus homilias iban dirigidas a los sacerdotes con la finalidad de exhortarlos, animarlos y fomentar en ellos la caridad pastoral. De una manera especial se dirigía a ellos en las ordenaciones presbiterales, en la misa crismal y en la fiesta de san Juan de Ávila. Quería sacerdotes de cuerpo entero, es decir, que sean sacerdotes y solo eso; enamorados de Jesucristo, entregados a los hombres y con amor profundo a la Iglesia y a los pobres. Veamos cuáles eran los elementos fundamentales que destacan en sus homilias y escritos a la hora de que el sacerdote configure su corazón con el del buen Pastor.

En la homilía que pronunció en la celebración de sus XXV años de ordenación episcopal manifestaba la centralidad de Cristo en la vida del sacerdote. Entre otras cosas decía que el sacerdote estaba llamado a ser ofrenda con Cristo y que él es nuestro redentor, pero también nuestro amigo. Cristo es la raíz de nuestro entusiasmo, nuestra fuerza, nuestro compañero de camino y nuestra esperanza¹¹. En otra ocasión hablaba sobre la necesidad que tienen los sacerdotes de estar unidos a Cristo como los sarmientos a la vid. Sin él no podemos hacer nada. Esta idea la repite constantemente. No importa nuestra palabra sino la de Cristo y hay que anunciarle entero y para eso el sacerdote necesita estar muy unido a él. Poner la confianza en Cristo y él dará la perseverancia y facilitará la unidad eclesial¹². Con el fin de conseguirlo insistirá en toda ocasión en que los sacerdotes tengan vida interior y que sean hombres de oración.

En este sentido, pondrá retiros espirituales mensuales por arciprestazgos y alentará a todos los sacerdotes a que hagan ejercicios espirituales todos los años. Si no se da esta unión con Cristo el sacerdote puede quebrarse ante cualquier viento impetuoso contrario. Además, afirma que no hay que confundir oración personal con tarea pastoral. Lamenta que algunos con la excusa de que todo es oración la dejan sin más. Después del concilio algunos decían que menos oración y más acción pastoral. Ante esto, con mucha fuerza, señalaba la necesidad de ser hombres contemplativos que buscan la soledad y el silencio para meditar los misterios de Cristo. Solo así se realizará una verdadera pastoral con el estilo del buen Pastor¹³.

¹⁰ González, *Gozo y Esperanza*, 80.

¹¹ Cf. *Ibid.*, 39.

¹² Cf. *Ibid.*, 51.

¹³ Cf. *Ibid.*, 96.

Así pues, la vida del sacerdote descansa en un único cimiento que es Jesucristo. Todo lo que somos se lo debemos a Cristo y ningún sacerdote puede edificar sobre su propio sacerdocio, sería ridículo. El único sacerdote es Jesucristo que se prolonga en la tierra a través de los sacerdotes que han sido elegidos y que han dado una respuesta generosa. De esta manera, el sacerdote entiende que el sacerdocio es un don que procede de Dios y que, por lo tanto, es totalmente inmerecido y sin derecho a él. Ni siquiera la Iglesia es dueña de semejante don, sino que ella misma es la depositaria del don sacerdotal y no la artífice o creadora¹⁴. Ante este don inmerecido el sacerdote debe de mostrar unas actitudes fundamentales que, siguiendo a don Marcelo, podríamos resumirlas en las siguientes: amor y gratitud; humildad y obediencia; abnegación y celo; caridad fraterna; pobreza y desprendimiento y, finalmente visión sobrenatural.

El sacerdote siente el asombro ante el don recibido del sacerdocio. Al mirar al Señor que se lo ha concedido debe de mostrar amor y gratitud. Un amor sereno y profundo que es capaz de agradecer porque es consciente de que no hay nada más hermoso y digno de ser amado como ser sacerdote de Jesucristo en la tierra. Pero al mismo tiempo que se da cuenta de la grandeza del don recibido debe de vivirlo con humildad y obediencia. Si deja que entre el orgullo lo tiene todo perdido. El orgullo es lo que propicia conductas deplorables en los sacerdotes como el deseo de dominio sobre los demás, la inflexible rigidez o pensar que está por encima de todos los demás como si él fuera perfecto y el resto unos pobres hombres. La humildad nos ayuda a saber reconocer nuestros defectos y a hacer una seria labor de apostolado sacerdotal. Junto a la humildad siempre va la obediencia. Una obediencia interior, rendida y completa a la Iglesia que se hace visible en sus obispos y en las normas establecidas. No es creíble una espiritualidad sin humildad y no hay humildad si no hay obediencia¹⁵.

La humildad le lleva al sacerdote a sentirse confundido por el peso de sus propias miserias y por la responsabilidad que lleva. Esto facilita que desee obedecer para hacer ver que no es cosa suya. Pero también le anima a un trabajo serio, responsable y abnegado, sabiendo que todo lo hace por la gloria de Dios. Es lo contrario de buscar ser queridos, admirados, valorados o que se nos tenga en cuenta como referentes. El modelo es Cristo crucificado que ha muerto por amor a los hombres. Cristo nos muestra su vida entregada en oblación al Padre como redención de la humanidad. Así debe de ser la vida abnegada de los sacerdotes y esta debe de ser la raíz de su caridad pastoral. El sacerdote no es la

¹⁴ Cf. Marcelo González, *Evangelizar* (Ávila: Carlos Martín S.A. 1988), 280.

¹⁵ Cf. *Ibid.*, 281-284.

medida de todo, sino que unido a Cristo Sumo y Eterno Sacerdote ofrece su vida como oblación para gloria de Dios y bien de las almas.

El sacerdote abnegado no vive para sí, sino que, negándose constantemente así mismo, vive para los demás. Ha tomado su cruz con alegría y vive predicando a Jesucristo. No es una vida regalada, es una vida crucificada. La clave está en permanecer crucificado en medio de las derrotas, de las decepciones o de los abandonos. Permanece firme, no se inmuta, sigue con actitud sacerdotal oblativa sabiendo que eso es lo que el Señor hace fructificar. De esta manera, el sacerdote no piensa en sus derechos, en lo que se le debe o en los cargos que debía tener por todo lo que vale; sino que su gozo es tener la actitud de Jesús que no es otra que la de servidor de todos¹⁶.

Otra actitud a tener en cuenta en la vida del sacerdote es la pobreza. El cardenal huía de todo lo que fuese el ansia de poseer y de acumular riquezas porque agitaba las entrañas del hombre y descentraba totalmente de Dios. Hay que tener lo necesario para un decoroso vivir y saber utilizar bien el dinero para que puedan funcionar las instituciones y se pueda ayudar a los más necesitados. Para todo esto es necesario tener una visión sobrenatural de las cosas. El sacerdote debe de cuidar su vida de oración y saber mirar todo desde Dios. El sacerdote que atiende a lo sobrenatural no desatiende las cosas terrenas. Por el contrario, cuando el presbítero vive en Dios le interesa todo lo que es del mundo para que dé gloria a Dios¹⁷.

Evidentemente, no resulta fácil para el sacerdote vivir su vocación en plenitud en el mundo en el que vivimos. Lo más cómodo es ser víctima del secularismo que lo invade todo y asumir sus criterios. Entrar en esta dinámica conduce al sacerdote a contemporizar con todo dejando de ser sal y luz para los demás. Por esta razón, el sacerdote necesita ponerse una armadura espiritual muy fuerte¹⁸.

Otro elemento fundamental configurativo del corazón sacerdotal y que propicia la unión con Cristo es la celebración de la eucaristía. Se es sacerdote y víctima en unión con Cristo en la eucaristía. La celebración de la santa misa no solo nos une a Cristo, sino que nos configura con él en una actitud de inmolación y ofrenda¹⁹. Efectivamente, el buen Pastor da la vida por las ovejas y se hace cordero pascual, de la misma manera el sacerdote celebra la eucaristía y se ofrece como víctima con Cristo Sacerdote y Víctima. Por lo

¹⁶ Cf. *Ibid.*, 286-287.

¹⁷ Cf. *Ibid.*, 291-296.

¹⁸ Cf. González, *Gozo y Esperanza*, 75.

¹⁹ Cf. *Ibid.*, 150.

tanto, entra en juego todo el ser. En una ocasión afirmará: «¿Qué es eso de decir voy a hacer la eucaristía como quien hace un viaje de aquí allá, o una visita? Tenemos que estar haciéndola siempre, con toda nuestra vida, con la totalidad del ser, con ese amor grande a Cristo, a la Iglesia y al pueblo»²⁰.

Animaba mucho a los sacerdotes a tener adoración eucarística. Decía que el sacerdote que se acostumbraba a adorar a Cristo en la eucaristía cultivaba la vida interior, era más consciente de la inhabitación de la Trinidad y preparaba mejor el corazón para recibir los bienes divinos. Además, el sacerdote eucarístico nunca se siente solo pues percibe la compañía de Jesús. También es un buen antídoto contra la tristeza pues el Señor produce gozo interior. El sacerdote que pasa tiempo delante del Señor va poseyendo la verdadera sabiduría que es el mismo Dios. Finalmente, indicaba que el que adora habla poco; solo cuando tiene que hablar y sin ofender; está disponible para los demás y da de lo que tiene. En definitiva, vive la caridad. Por esta razón exhortaba a los sacerdotes diciéndoles: «hemos de tener mucho más culto a la eucaristía en nuestras iglesias y hay que buscar modos de apostolado en los que la eucaristía esté presente»²¹

Fruto de la eucaristía es el amor. Como ya hemos indicado, la clave que unifica la vida sacerdotal es la caridad pastoral. Por esta razón, don Marcelo pondrá el amor en el centro de la vida sacerdotal siendo éste el elemento que unifica la vida interior con la entrega a los demás. El amor a Cristo tiene que implicar a toda la persona, de tal manera que conlleve una elección de la voluntad, la preferencia del corazón y la luz de la razón. El sacerdote que entra en la intimidad de Cristo tiene que perseverar en ella a través del amor. Son significativas las palabras que dirigía a los sacerdotes con motivo de unas ordenaciones sacerdotales en Madrid:

«Las diferencias, las limitaciones, los fracasos, las rebeldías, las incapacidades existían ya en el Colegio Apostólico. Era una Iglesia naciente y era ya una Iglesia turbada. Pero en tanto en cuanto predominó el amor, los obstáculos no fueron impedimento, sino acicate y estímulo para seguir trabajando, porque se seguía amando»²².

Los sacerdotes pueden sufrir la tentación del desaliento, bien por las crisis internas de la Iglesia, bien por la actitud de indiferencia cuando no de rechazo del mensaje

²⁰ Ibid., 180.

²¹ González, *Los valores de siempre* (Salamanca: Kadmos, 2015), 142-143.

²² González, *Gozo y Esperanza*, 114.

cristiano o por las carencias personales. Sea la razón que fuere, la clave está en vivir en unión con Cristo en clave de amor. Solo hay que mirar el ejemplo de los santos.

2.1 Amor a la Iglesia y fraternidad sacerdotal

El amor a Cristo lleva a amar a la Iglesia que es su cuerpo. Para don Marcelo el amor a Jesús supone amar a la Iglesia pues a través de ella se hace presente mediante los sacramentos y, por lo tanto, sigue haciendo su obra de salvación para los hombres de nuestro tiempo. El amor a Cristo hay que estar vivificándolo continuamente, de tal manera que nada nos aparte de él. Una clave para permanecer en este amor es la perseverancia firme en los criterios que la Iglesia da para permanecer en el amor.

Leyendo los escritos de don Marcelo se percibe por todas partes un amor especial a la Iglesia como cuerpo de Cristo. Don Marcelo amó y enseñó a amar a la Iglesia²³. Quizás por esta razón vivió con tanto entusiasmo el Concilio Vaticano II. Era la madre Iglesia la que lo convocaba y lo hacía para cuidar con más esmero de cada uno de sus hijos. Es la madre que da el alimento necesario a través de los textos emanados y que quiere velar y proteger a sus hijos. Podemos decir que porque amaba a la Iglesia amó al Concilio Vaticano II y porque participó en el concilio amaba más todavía a la Iglesia.

Estimaba mucho los documentos conciliares en los que se hablaba sobre la Iglesia y decía que «El Concilio ha puesto su mirada sobre la Iglesia, sobre su interioridad sagrada, y ha tratado de descubrir las riquezas internas de su ser»²⁴. De todas las metáforas que utiliza el concilio para hablar de la Iglesia le gustaba especialmente el de Pueblo de Dios. La razón era porque consideraba que en la expresión pueblo se suponían tres afirmaciones: por un lado, supone una elección por parte de Dios, es decir, al igual que el pueblo de Israel fue elegido por Dios así el nuevo pueblo de Dios es buscado, mirado con predilección, elegido por el mismo Dios; por otro lado, supone una estructura de los llamados con arreglo a unas líneas orgánicas señaladas por él mismo, es decir, el pueblo es una muchedumbre convocada para formar una unidad. Esta unidad se gesta en la obediencia a Cristo, en la fe y en el amor a Él, en la esperanza puesta en el cumplimiento

²³ Juan Carlos Ortega, “Es la hora del amor a la Iglesia. La virtud del amor a la Iglesia en el pensamiento de Don Marcelo González Martín” (Teología Dogmática, Instituto Teológico san Ildefonso, 2015), 21.

²⁴ Marcelo González, *Santa Madre Iglesia* (Ávila: Carlos Martín S.A., 1987), 223.

de sus promesas y en nuestra disponibilidad para la lucha apostólica en torno a Él. Finalmente, una misión de servicio que debe de realizar el Pueblo²⁵.

Precisamente, su amor a la Iglesia hacía que en sus palabras se percibiera el sufrimiento que tenía al ver cómo ésta se iba desgajando, sobretodo, por las críticas exacerbadas que la dirigían algunos de sus miembros. En numerosas ocasiones invita a leer los textos conciliares y a vivir lo que en ellos se señala en relación con la Iglesia. Saldrá al paso de las murmuraciones constantes y hechas sin caridad y de las desviaciones que se producían en relación con la Iglesia o con la identidad propia del sacerdote diocesano. Veamos algunos textos donde se ve la urgencia del amor a la Iglesia y el deseo de que los sacerdotes vivan de la unión que les da una común ordenación sacerdotal:

«Una Iglesia madre acogiendo incesantemente con paciencia maternal a todos sus hijos, los cuales, nunca del todo despojados de sus pobres adherencias, apenas unos pocos han podido alcanzar la pureza que ella regalara; la inmensa mayoría hemos seguido siendo hijos pobres y a veces miserables. Pero ella, nunca cansada de seguir ofreciendo lo que tiene de limpio y puro, nunca contaminada, siempre realizando su misión. La Iglesia madre que limpia y redime, enciende y purifica, fortalece y alimenta, contiene y ofrece, como una esposa que, con sus manos temblorosas, cuando actúa en nombre de aquél a quien ama, contiene y ofrece los dones que Cristo le dejó para aplicar la redención a todos nosotros. Esta es la Iglesia a la que amamos»²⁶.

En este texto se vislumbran las claves de cómo entiende la Iglesia y la razón de que se la ame. Es madre porque engendra a los hijos. Tiene paciencia con ellos y nunca se cansa de acogerlos, purificarlos y alimentarlos. Podemos decir que los brazos del buen Pastor se visibilizan en las acciones que realiza la Iglesia. Por esta razón, al igual que la oveja buscada, curada y salvada siente el deseo de amar a quien tanto bien le ha hecho, así el bautizado debe amar a su madre la Iglesia, pues ella le busca, cura y salva.

Esta experiencia la había tenido en primera persona el cardenal. Él amaba a la Iglesia, aunque conocía bien las manchas que afean su rostro, porque a través de ella había pasado a ser hijo de Dios, porque por su medio había recibido el evangelio, la vocación, la formación, la eucaristía, la explicación de la Palabra de Dios, porque a través de ella había conocido a los papas, a los obispos, a los sacerdotes y a las familias cristianas,

²⁵ Cf. *Ibid.*, 226-227.

²⁶ González, *Gozo y Esperanza*, 48-49.

tantos hombres y mujeres que le habían ayudado a conocer y amar a Jesucristo. Siempre hablaba bien de la Iglesia e invitaba a los sacerdotes a amarla y a obedecerla. Decía: «¿Por qué me echáis en cara las faltas de la Iglesia, si no son tuyas, son nuestras, de los hijos que ella ha recogido con el deseo de limpiar su cara, para ir poco a poco haciendo de cada uno un santo, un hijo bendito de Dios, un discípulo de Cristo? ¡Esto es lo que la Iglesia promueve y realiza!»²⁷.

Por otro lado, el cardenal mira a una Iglesia que sea pobre. Esta pobreza significa que no pone su confianza en los poderes de este mundo, ni en el dinero, la política, los cargos o la consideración social. Más bien pone su confianza en la humildad, en el trabajo sencillo y perseverante, en el amor fraterno y en una vida sacerdotal obediente, casta y alegre. Cuando el sacerdote vive así, es imagen de una Iglesia al estilo del señor.

Esta pobreza conlleva también una aceptación de lo que la Iglesia indica. Uno de los temas que más le hizo sufrir fue la crítica áspera, la lucha y las divisiones entre los propios miembros de la Iglesia. Veía que ya había muchas dificultades y cruces en nuestra vida sacerdotal como para que añadamos otras fabricadas por nosotros mismos con la crítica. Esta actitud nos entristece y hace que el ministerio sacerdotal no fructifique como debiera²⁸.

Además, la pobreza nos invita a no pensar que nuestros criterios y nuestras opiniones son las mejores y, por lo tanto, son las más importantes y se tiene que hacer lo que nosotros decimos. Don Marcelo advertía sobre esto y decía: «Cuidado con los criterios personalistas. Cuidado con el afán de hacer cada uno su propia iglesia. Formáis parte de un presbiterio. El presbiterio, aunque haya matices y colores distintos, es una unidad»²⁹.

Insistirá mucho en la unión que debe de existir entre el presbiterio con el obispo y con el Papa. La unión del obispo con el presbiterio significa la unión de la diócesis con toda la Iglesia. En este punto, será importante la obediencia voluntaria y filial que el sacerdote hace al obispo, de tal manera que siempre exista un deseo de aceptar las indicaciones que el obispo vaya dando. Es lícito el conversar, proponer y mostrar la propia opinión, pero siempre en comunión con el obispo. No vale decir que yo amo a la Iglesia y luego no obedecer a mi obispo. En este sentido llegará a decir: «Somos sacerdotes aquí, en una Iglesia determinada, y con la cabeza de esa Iglesia, que es nuestro obispo. La

²⁷ González, *Los valores de siempre*, 138.

²⁸ Cf. González, *Gozo y Esperanza*, 68-69.

²⁹ *Ibid.*, 197.

Iglesia de Jesucristo solo existe así, a base de sacerdotes y fieles unidos con su obispo, y de los obispos de toda la Iglesia unidos con Pedro»³⁰.

Además de la unión con el obispo, don Marcelo insistirá en la necesidad de la unión entre los mismos sacerdotes. Manteneos unidos dirá. Para ello es necesario que se visiten unos a otros y que tengan conversaciones donde pueda salir lo que les ocupe y preocupa. Fomentará que se junten a pasar un día cada no mucho tiempo con el fin de rezar juntos, tener un coloquio amistoso y tener una comida fraterna. Todo esto siempre con un tono de alegría y de ayuda mutua. Es bueno compartir las dificultades que van surgiendo en el ejercicio del ministerio para sacarla fuera y buscar posibles soluciones³¹.

En este sentido, muchas veces cuando se dirigía a los sacerdotes hablaba de la caridad fraterna que debe de reinar entre los mismos sacerdotes. En una ocasión decía: «es tan grave y tan urgente la necesidad de este amor que sin él la mayor parte de los esfuerzos apostólicos se viene abajo»³². Se debería de vivir la fraternidad sacerdotal con mucha facilidad, pero, sin embargo, la realidad es bien distinta. Muchas veces descubrimos una gran falta de caridad sacerdotal entre los llamados a predicar el amor de Jesucristo. Los demás se dan cuenta, y es una de las causas más poderosas de infertilidad en la acción apostólica. Si queremos que Dios bendiga con fruto abundante los esfuerzos apostólicos debemos de comenzar por establecer una sólida base que comienza con repartir el amor de Jesucristo con nuestros hermanos sacerdotes. Mientras que sigamos divididos en medio de críticas y murmuraciones será imposible³³. Para saber exactamente a qué se refiere el cardenal cuando habla de caridad sacerdotal nos puede ayudar un texto suyo en el que afirma lo siguiente:

«Caridad sacerdotal es, ante todo y sobre todo, amor mutuo en aquello que nos especifica y distingue, en lo sacerdotal, un nuestra condición de sacerdotes, en los trabajos y preocupaciones, que , como sacerdote, realizamos y sentimos, en el esfuerzo común para evitar faltas y defectos, en la estimación de nuestros afanes pastorales, en el reconocimiento confortador y noble de lo que hacen los demás para ejemplo nuestro, en el cariño al sacerdote joven o anciano para brindarles en todo momento nuestro apoyo y nuestra gratitud, en la oración diaria por los demás sacerdotes de la diócesis, en la disposición para alabar lo bueno que veamos y para trabajar en equipo, sobre todo con

³⁰ Ibid., 105.

³¹ González, *Gozo y Esperanza*, 201.

³² González, *Evangelizar*, 288.

³³ Ibid., 289.

los más próximos a nuestros campos de acción, en el deseo creciente de aprender y perfeccionarnos, recibiendo con humildad agradecida las lecciones que otros pueden darnos con su experiencia y su virtud»³⁴.

Tenemos que amar a la Iglesia porque Cristo la ama y nosotros debemos amar lo que él ama. Esto significa amarla con sus límites e imperfecciones. El Señor conoce todo esto y por eso da la vida, para embellecerla y que resplandezca ante el mundo. De la misma manera, el sacerdote y todo bautizado debe de amar a la Iglesia con el fin de hacer desaparecer todo lo que la afea y así contribuir a embellecer a la esposa de Cristo.

Así pues, el amor a Cristo conlleva amar a su Iglesia; el amor a la Iglesia conlleva amar a los hermanos del mismo presbiterio y amar a todos los hombres. Debemos amar siempre y a todos. Al contemplar el sacerdocio instituido desde Cristo y para los hombres vemos que es hermoso, fecundo, eficaz y digno de ser amado. No hay crisis de identidad, hay crisis de vida interior, de crecer en el amor y de vida nueva desde ese amor. En verdad no es pobreza del sacerdocio sino pobreza nuestra. La soberbia nos conduce a la desobediencia y al desprecio mientras que la humildad nos conduce a la sabiduría que nos proporciona tener como única riqueza a Dios. Dirá don Marcelo: «Siendo humildes, no dejaremos de ser perspicaces e inteligentes y seguiremos amando a la Iglesia y a nuestro ministerio, lo cual nos salvará»³⁵.

El amor continuo a la Iglesia no significa que se apruebe lo que sus hijos hacen mal. En esto era muy claro don Marcelo. Una cosa es la Iglesia fundada por Cristo que es santa y otra cosa las imperfecciones que comete cada miembro de la Iglesia. En este sentido venía a decir que supiéramos diferenciar estos dos aspectos y que no achacáramos a la Iglesia lo que son defectos de los hijos. Algunos prefieren descargar en el rostro de la Iglesia lo que son torpezas nuestras³⁶.

2.2 Caridad pastoral y celibato

Ya vimos cómo PO 16 nos recordaba la importancia de la vivencia del celibato en la vida sacerdotal de cara a la fecundidad apostólica. Con la crisis de vocaciones tan profunda que se dio tras el Concilio Vaticano II algunos consideraban que había que

³⁴ Ibid., 290-291.

³⁵ González, *Gozo y Esperanza*, 139.

³⁶ Cf. Ibid., 190.

rebajar las exigencias del sacerdocio y que si se pusiera el celibato como opcional supondría un aumento considerable en los candidatos al sacerdocio.

Sobre este punto, el cardenal se ponía en consonancia con la respuesta que daba el papa Pablo VI a los que opinaban de esta manera. Decía lo siguiente:

«Es vano buscar explicaciones únicamente humanas en la actual crisis de vocaciones. Esto no es sino un aspecto de la crisis de fe, que hoy padece el mundo. No es, por tanto, haciendo más fácil el sacerdocio, liberándolo, por ejemplo, de aquello que la Iglesia latina desde siglos considera su gran honor: el celibato, como se volverá más deseado el acceso al mismo sacerdocio. Los jóvenes se sentirían atraídos todavía menos por un ideal de vida sacerdotal menos generosa»³⁷.

Don Marcelo mira al papa a la hora de ver qué respuestas hay que dar a los desafíos del momento para luego aplicarlas en la formación sacerdotal. En relación con el celibato tendrá unas palabras muy enérgicas animando a vivirlo desde la condición sacrificial de la vida sacerdotal de cara al fruto pastoral. Si PO 16 nos hablaba de la importancia del celibato para la fecundidad, el cardenal irá en la misma línea. Hoy en día es necesaria una nueva evangelización porque el mundo occidental está abandonando a Cristo. Esta evangelización solo será posible si el sacerdote vive unido a Cristo como víctima que se inmola en la eucaristía. Es aquí donde recobra el celibato su sentido más pleno, pues el alma pura es la que se puede unir a Cristo para dejarse inmolar con él. Veamos un texto muy iluminador:

«Ministerio de la inmolación, sacerdotes, antes de todo los demás: víctimas y sacerdotes en unión con Cristo en la Eucaristía; personas de mucha vida interior que aceptan las cruces, incluso las buscan; que quieren ser humildes de una manera seria y muy deliberada; que no siguen los criterios del mundo, sino que se inmolan en las prácticas de todas las virtudes sacerdotales; de manera particular, porque lo exige su estado, se inmolan en el celibato sacerdotal, siendo muy castos, muy limpios de cuerpo y alma, muy en pugna valiente y esforzada con los criterios del mundo actual que todo lo permite, todo lo justifica y todo lo cambia»³⁸.

³⁷ Pablo VI, VII Jornada de oración mundial por las vocaciones. 15-marzo-1970.

³⁸ González, *Gozo y Esperanza*, 75.

Como vemos, el celibato es una ayuda fundamental para vivir la dimensión oblativa del sacerdocio, para que el presbítero puede unirse más íntimamente a Cristo y para que sea más fecunda su acción pastoral. De esta manera, el célibe vive con más facilidad la caridad pastoral, pues se une más al amor del buen Pastor y con él da frutos de amor.

3. Caridad pastoral y amor a los más pobres

Quizás uno de los temas menos conocidos de la vida del arzobispo toledano es su pasión por los pobres. Pienso que al haber destacado en otras dimensiones de una manera tan eminente ésta se ha quedado más oculta. Sin embargo, su labor en este sentido fue extraordinaria. No voy a recordar las obras sociales que llevó a cabo porque ya han sido mencionadas con anterioridad, pero sí me voy a fijar en algunos textos en los que él habla sobre la necesidad de acercarse a los más desfavorecidos, de conocer su situación y de ayudarlos en la medida de lo posible.

En este contexto de ayuda a los pobres también está su enorme esfuerzo por llevar el evangelio a todos desde su predicación. Como sabemos la pobreza puede ser material, moral o espiritual y todas deben de ser atendidas. La evangelización es llevar la mejor riqueza a los corazones más pobres. Además, de la predicación y de los sacramentos se benefician todos por igual. Da lo mismo ser pobre o rico a nivel material. Todo el que se acerca a la Iglesia puede escuchar la Palabra predicada y puede prepararse para recibir los sacramentos. Todos son enriquecidos.

3.1 Evangelización

Don Marcelo se contagió del deseo de una nueva evangelización que se derivaba del Concilio Vaticano II y que el papa Juan Pablo II estaba alentando. Asistía con perplejidad viendo cómo la sociedad se iba descristianizando. Era necesaria más vida interior y mejor formación y para ello habría que formar bien a los presbíteros. El sacerdote debía de ser predicador y evangelizador; había que descubrir nuevos métodos, nuevos procedimientos; si es necesario, ir a las calles y a las casas, buscar grupos de

trabajadores para celebrarles la misa. Hay que llevar a Cristo a todas las partes donde nos abran las puertas. Se hace urgente una nueva evangelización³⁹.

Este ardor evangelizador lo inculcaba en los sacerdotes. Los animaba a tener iniciativas apostólicas y a usar lenguajes apropiados para los tiempos y las personas a las que se dirigían. Sin embargo, siempre estaba atento para que no se manipulara el mensaje y no se traicionara la verdad. En una ocasión tuvo que mostrar su adhesión al santo padre y a la congregación de la fe ante los abusos que se podían estar dando en este sentido. Afirmaba que el cambio de lenguaje o de método no podía cambiar lo sustantivo del contenido pues de lo contrario no se estaría anunciando a Cristo. Veamos un texto aclarativo:

«Ciertamente existe hoy, acrecentado después del Concilio Vaticano II, un fervoroso intento, por parte de muchos, de abrir nuevos caminos de evangelización para nuestro mundo. Pero no basta la intención que nos guía; es también indispensable la fidelidad a la doctrina revelada. Si ésta se deteriora o se oscurece, la evangelización es irrealizable, porque ya no seríamos portadores de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios, sino meros propagandistas, y no por mucho tiempo, de nuestras opiniones subjetivas. Nuestra fe debe de mantenerse incontaminada y pura, sin añadir ni quitar nada a lo que la revelación nos ha transmitido, bajo la dirección de la Magisterio de la Iglesia»⁴⁰.

Este era siempre el tono de sus intervenciones. Fidelidad a Cristo, a la verdad revelada, y fidelidad al Magisterio de la Iglesia. Esto no quería decir que no se pudiera avanzar, sino que todo avance que se lleve a cabo debe de estar realizado sobre estos dos raíles. Son garantía de buena dirección y aseguran que se transmite a Cristo y no las ocurrencias de cada uno.

Esta evangelización no debe de separarse de la vida sacramental. Señalaba que «no debe de haber antinomia entre evangelización y sacramento»⁴¹. Esto lo decía porque en la época había muchas discusiones sobre la necesidad de que los sacerdotes dedicarán más tiempo a la pastoral y no a celebrar los sacramentos. En verdad, no entendía esta discusión pues veía que toda acción pastoral del sacerdote tiene que ser tendente y unirse

³⁹ Cf. *Ibid.*, 81-82.

⁴⁰ González, *Santa Madre Iglesia*, 8.

⁴¹ González, *Gozo y Esperanza*, 91.

con el sacrificio de la misa. El sentido de toda la labor pastoral consiste en llevar a la persona a la unión con Cristo y, por lo tanto, a su salvación.

En este proceso evangelizador, la predicación del evangelio debe ser la luz que alumbra a todas las demás acciones. El sacerdote tiene que predicar el evangelio sin miedo, con sencillez y humildad, sabiendo desenmascarar los errores y sectarismos, siempre haciéndolo con respeto al hombre que se equivoca, pero con valentía frente al error que les hace equivocarse⁴².

En una ocasión, al volver de un viaje a Roma donde le habían manifestado que si no iban a América abundantes sacerdotes la mitad del continente dejaría de ser católica en apenas 30 años, con el corazón conmovido se dirigió a un grupo de misioneros formado por sacerdotes y laicos que iban a ser enviados a América y les dijo:

«Os envía Jesucristo. Pero de manera inmediata os envío yo, como Pastor de la diócesis. A todos estos grupos y movimientos les he dado mi aprobación, mi bendición, y les he comunicado mi ardor misionero, el que puedo tener, dentro de la misión que Dios me ha encomendado. A todos he bendecido y a todos les he pedido que se alimenten con la eucaristía y con la oración diaria, y que lleven a ese Jesucristo amado, como el impulso más fuerte de su decisión de trabajo apostólico»⁴³.

Siempre estaba dispuesto a mandar misioneros, decía que en la archidiócesis de Toledo sobaban sacerdotes y que él estaría dispuesto a mandar a 50 a América para evangelizar. Aprobaba y bendecía a los sacerdotes y laicos que querían marchar a la misión y les pedía que cuidasen su vida interior mediante el alimento de la eucaristía y la oración diaria llevando el amor de Jesucristo a todas las partes. Por lo tanto, la evangelización, la misión *ad gentes*, forma parte del cuidado amoroso que el sacerdote que vive la caridad pastoral debe de fomentar.

3.2 Cuidado de los pobres

Al hablar de la caridad pastoral veíamos que debe de llegar a todos y en todo momento. Así es, y si cabe con más intensidad a los más necesitados. Esto lo tenía muy claro don Marcelo. Al igual que volcaba sus esfuerzos en el Seminario, en la formación

⁴² Ibid., 160.

⁴³ González, *Los valores de siempre*, 136.

permanente de los sacerdotes, en el cuidado de la liturgia, también lo hacía en la atención a los más desfavorecidos. Sí tenía claro que la Iglesia no se debía de convertir en un sindicato o en una asociación que se dedicara solo a solucionar los problemas materiales. Precisamente, en la misa de la ordenación como obispo auxiliar de Toledo de don Rafael Palmero afirmaba: «Trabajaremos por los pobres y los marginados; pero sin que quieran convertirnos en un sindicato, que no es eso la Iglesia; ni es una instancia resolutoria de problemas humanos, que ella no puede solucionar, porque pertenecen a instancias civiles y que tienen fuerzas y medios para atenderlas»⁴⁴.

Bajo ningún concepto quería que se fuese reduciendo la labor de la Iglesia a la atención asistencial de los marginados. Esta tentación estaba tanto fuera como dentro de la Iglesia. Unos pretendían que la Iglesia se dedicara solo al cuerpo y no al espíritu y otros querían que su labor pastoral se redujera al cuidado de los trabajadores dedicándose ellos a esa misma labor. Don Marcelo recordará que el sacerdote es siempre sacerdote y que toda la labor que realice debe de emanar de su unión con Cristo que se concreta en el ejercicio de la caridad pastoral y que comprende al hombre en su conjunto sin obviar una parte.

En una ocasión tuvo una conferencia en unas jornadas de acción social empresarial que se celebraron en Toledo en enero de 1981. En esta conferencia señalaba algunos aspectos interesantes que destacó: en primer lugar, la doctrina social de la Iglesia se inspira en el respeto por la dignidad humana creada a imagen de Dios y redimida por Cristo. Así pues, la grandeza del hombre le viene de su creación y de su redención. De esta manera, todas las demás realidades temporales son medios o instrumentos a su servicio. Por lo tanto, la Iglesia no contrapone a Dios y al hombre, sino que, siguiendo a Cristo, trata de unirlos en la historia del hombre de manera orgánica⁴⁵.

En segundo lugar, señalaba que la doctrina no podía quedarse solo en principios, sino que tenía que aterrizar a la situación de cada persona en concreto. Al hablar a los empresarios les decía que como pastor sentía como suya la preocupación que veía en tantas familias de la época que estaban viviendo una situación de aumento de paro, de falta de poder adquisitivo por la inflación, del gasto público excesivo que provoca que la economía no sea sostenible, de una sociedad de consumo que gasta mucho más de lo que necesita. En definitiva, la economía tiene que saber conjugar el beneficio legítimo con la sostenibilidad de los trabajadores. Señalo un extracto de esta ponencia:

⁴⁴ González, *Gozo y Esperanza*, 53-54.

⁴⁵ Cf. Marcelo González, *El valor de lo sagrado* (Salamanca: Kadmos, 2015), 251-253.

«Me hago cargo de las dificultades de la situación presente, pero como obispo de la Iglesia de Dios no puedo menos de preocuparme por la situación de los más débiles, de los trabajadores en paro, de las familias modestas, cuyos ingresos reales van disminuyendo, erosionados por la inflación, el aumento de las cargas fiscales y los gravámenes sociales»⁴⁶.

Al finalizar esta ponencia, hacía hincapié en saber medir lo superfluo en función de las necesidades de los demás, es decir, tener presente la situación que está viviendo mi prójimo. Recuerda, también, el derecho a la propiedad, pero siempre teniendo en cuenta que hay un derecho anterior que es el derecho al mínimo de bienes necesarios para una subsistencia decorosa. Finalmente, señalaba que no basta solo con el estricto cumplimiento de la justicia, sino que también es necesaria la caridad, el amor⁴⁷.

Trasladado todo esto al sacerdote podría extraer tres conclusiones prácticas en orden a la caridad pastoral: primera, el sacerdote debe tener claro que toda persona tiene dignidad y merece respeto; segunda, la caridad del buen Pastor tiene que ayudar para que el sacerdote se dé cuenta de las necesidades de los más pobres y debe de moverlo a compadecerse de ellos; y tercera, el estilo de vida del sacerdote también tiene que dejarse interrogar por la situación que están viviendo los demás. No se trata sólo de ayudar con tiempo y dinero, sino que el rostro del otro tiene que marcar mis criterios a la hora de gastar o valorar cómo vivo.

Conclusión segunda parte

En esta segunda parte hemos visto una breve semblanza del cardenal Marcelo González Martín. Hemos podido comprobar que la celebración del Concilio Vaticano II marcó mucho su vida. Por un lado, porque coincidió con la etapa quizás más bonita de ella, en plenitud de facultades, con las ilusiones intactas y recién ordenado obispo de Astorga. Por otro lado, porque marcó todo su ministerio episcopal tanto en Astorga, como en Barcelona y Toledo. Podemos decir que ciertamente don Marcelo fue un padre conciliar porque participó en el concilio, pero también fue un padre conciliar porque fue su impulsor, defensor y aplicador.

⁴⁶ Ibid., 257.

⁴⁷ Cf. Ibid., 258.

Hemos visto que los ejes fundamentales en su concepción sacerdotal son la formación y la pastoral. La formación debe de incluir el aspecto espiritual como base fundamental: la centralidad de Cristo, la vida íntima de amistad con él en oración constante y el alimento de la eucaristía como fuente y canal para vivir permanente el amor de Cristo. El amor a la Iglesia, a la Iglesia concreta que nos ha tocado vivir. Se trata de embellecer su rostro con el ejemplo de nuestra vida y con el ejercicio de nuestro ministerio. Amarla significa no estar siempre en actitud de crítica hacia ella y supone empezar por tener respeto, amor y agradecimiento a los miembros más cercanos a nosotros como son los hermanos sacerdotes.

Finalmente, el amor a Cristo y a la Iglesia deben de mover al sacerdote a estar siempre vigilante para no caer en el orgullo o en el ansia de riquezas; por el contrario, debe de tener como modelo a Cristo que se ofrece como siervo por todos los hombres y debe de estar siempre en actitud de crecimiento en virtudes para poder responder con Cristo a una unión en la entrega. Pero la formación no es solo para él, sino para darla a los demás mediante la evangelización y el amor a los más necesitados.

TERCERA PARTE
VIVIR LA CARIDAD PASTORAL EN EL AQUÍ Y EN EL
AHORA

CAPÍTULO V: TRES RASGOS DEL BUEN PASTOR. LA ACEDIA. FRATERNIDAD SACERDOTAL

Una vez que hemos visto lo que es la caridad pastoral y cómo el cardenal Marcelo quería que los sacerdotes la vivieran, pasamos ahora a ver, por un lado, qué características ineludibles tiene que tener el corazón del sacerdote actual que quiere vivir la caridad pastoral según lo señalado; por otro lado, qué peligro acecha en todo momento al sacerdote queriendo apagar la llama de esta caridad y, finalmente, cuáles son los lugares donde hay que estar presente para hacer visible la caridad pastoral, en concreto, centrándonos en el cuidado de los hermanos sacerdotes.

1. Tres rasgos del corazón del buen Pastor

A través de los escritos de don Marcelo hemos ido adentrándonos en el conocimiento y la profundización de la espiritualidad del sacerdocio ordenado. Son muchos los matices y las características que debe de tener el sacerdote que vive unido a Cristo y que se mueve en amor. Dentro de esta variedad me gustaría fijarme en tres notas que me parecen que son fundamentales, que valen para todo tiempo y lugar y que muestran de una manera muy nítida un corazón que vive la caridad pastoral. Me refiero al ejercicio del ministerio en actitud de servicio, con compasión y lleno de alegría.

1.1 Dar la vida en actitud de servicio

Partimos del hecho de que la vocación presbiteral se da en un hombre concreto, y el Espíritu actúa en él, con sus cualidades y defectos. La perspectiva tiene que ser holística, que incluya todos los aspectos de la persona, sin parcelar. Ir viendo la estructura humana y que se vaya dando un progreso armónico en la madurez. Es decir, es necesario que haya un sujeto maduro donde pueda darse la vocación, y donde pueda haber una respuesta en libertad. Si no se tiene en cuenta estos aspectos se pueden dar muchas situaciones difíciles, bien porque no hay capacidad para una verdadera respuesta, bien porque ni siquiera hay vocación, era un mero espejismo o una huida.

Se trata de reordenar todos los aspectos de la persona que siente la llamada al sacerdocio ordenado hacia Cristo, de manera que seamos libres para Dios y en la entrega

a los demás. Esto marcará el carácter teológico-espiritual del sacerdocio ordenado. En este sentido, es necesario que haya una sincera búsqueda de la verdad, unas raíces profundas de discernimiento con serenidad y sosiego, una unión real con Dios, como acto libre de la voluntad en escucha atenta a lo que Dios quiere para luego servir al pueblo de Dios, una docilidad al Espíritu Santo y un realismo que pisa tierra a la hora de ver las dificultades y los retos. Hay que valorar las flaquezas personales, ver si tiene la estructura mínima para soportar la carga, dotarse de los medios necesarios para realizarla y calibrar posibilidades. El sacerdote debe de ser el primero en reconocer sus heridas y haber tenido experiencia de haber sido sanado por Jesús¹. Es la armonía de lo humano y lo espiritual.

Después del Concilio Vaticano II se ha trabajado mucho sobre la identidad del sacerdocio. Uno de los puntos más significativos es ver la relación que hay entre el modo de vida y la espiritualidad que se tiene. No se puede vivir el sacerdocio sin espiritualidad. Hoy en día la evangelización requiere cambios en los métodos y en los estilos y para ello es necesaria la espiritualidad de desinstalación. Se hace urgente que haya unidad de vida, integrando el mundo afectivo-sexual, con un espíritu eclesial y sabiendo vivir descansando en Cristo y no en los honores sociales que, por otra parte, ya han desaparecido. Por lo tanto, la estructura del sacerdote ordenado a través de la vida teologal nos lleva a tener una vida en Cristo y ser en Él, al mismo tiempo que se es y se vive en la Iglesia como compromiso con el hermano.

Podemos decir que la espiritualidad del presbítero parte de su ministerio y ejerce la triple función de gobernar, santificar y enseñar en el Espíritu de Cristo. Tras el Concilio Vaticano II hay un cambio eclesiológico y ministerial. La Iglesia es el Pueblo de Dios y el sacerdote encarna un ministerio o servicio. Este ministerio no hay que entenderlo solo como el que administra los sacramentos, sino que tiene un sentido holístico, es decir, afecta a cómo anuncio la Palabra o cómo es mi vida respecto a la comunidad.

Hay tres dimensiones que fundamentan teológica y espiritualmente al sacerdocio ordenado. Por un lado, está la dimensión cristológica: se remarca que Cristo es la referencia central; es el punto de partida de la misión salvífica. El sacerdote es representante ante la comunidad de Cristo, Cabeza y mediador. Actúa *in persona Christi capitis* en clave de Jesús Pastor en el ejercicio sacerdotal². Por otro lado, la dimensión

¹ Cf. Elías Royón. “«Sus heridas nos curaron». El sacerdote sanado en la misericordia de Cristo”. *Cuadernos de Espiritualidad* 195 (2014): 45.

² Cf. Juan María Uriarte. “Servidores de la comunidad”. *Sal Terrae* 98/10 (2010): 899.

existencial y personal: el sacerdote en su ser y actuar sacramentaliza³ el pastoreo y el servicio de Cristo, evitando convertirse en un funcionario. Se trata de actuar en nombre de Cristo, de tal manera que en su actividad y misión manifieste a Cristo sacerdote, profeta y rey. Esto se ve en cómo se relaciona con Cristo, con el obispo, con sus hermanos sacerdotes y con la comunidad. Finalmente, la dimensión eclesial: el sacerdote se incardina en la comunidad de creyentes donde trabaja y vive, con una vinculación afectiva a la Iglesia. Además, vive buscando la comunión, evitando los individualismos, sabiendo escuchar, estando presente y discerniendo qué es lo más adecuado. También es muy necesario que descubra el valor de la comunidad eclesial particular, pues tal y como la comprenda así entenderé la comunidad cristiana y el ejercicio del ministerio ordenado. Es importante que haya una relación constitutiva y de colaboración entre el presbítero y el obispo y que la autoridad se ejerza en clave de liderazgo y no de jefe.

Quizás la escena que mejor refleja la actitud de servicio que debe de tener el sacerdote la encontramos en el evangelio de san Juan (Cf. Jn 13, 1-15), el lavatorio de los pies que se sitúa en el cenáculo, justo en el momento de la institución de la Eucaristía y antes de que Jesucristo entregue la vida por nosotros en la cruz. Esto es muy relevante, pues nos da pistas sobre el significado de la acción y la enseñanza para nosotros⁴.

En el pasaje referido, Jesucristo mismo se define como Maestro y Señor, es decir aquél que tiene autoridad. Sin embargo, en la escena aparece como el servidor de todos. Nos indica la relación que hay entre autoridad, dar la vida y servicio. No se trata de un gesto heroico en un momento concreto, sino la actitud interior de dar continuamente la vida en la escucha del Padre y de los hermanos. Para poder vivirlo es necesario estar atento a las necesidades de los más pequeños y, al mismo tiempo, hacerse pequeño. En el lavatorio de los pies nos quedamos admirados al comprobar que es un signo de cómo entregarse y de cómo abajarse. Jesús se hace pequeño y se fatiga por nosotros; nos da vida dando la vida en actitud de servicio⁵.

De esta manera, Jesucristo se convierte en modelo de cómo ejercer la autoridad. El hombre siempre tiene la tentación de verla como mero poder coercitivo sobre los demás con el fin de conseguir sus objetivos. En la vida de la Iglesia se puede tener esta misma tentación. Además, otro peligro es pensar que no es necesaria ninguna autoridad.

³ Cf. Santiago Madrigal, “Ser sacerdotes según el Concilio Vaticano II y su recepción postconciliar”, en *El ser sacerdotal. Fundamentos y dimensiones constitutivas*, (Madrid: ed. Gabino Uríbarri, 2010), 135-136.

⁴ Cf. Marta García. “«Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve». El servicio evangélico de la autoridad”, *Confer* 209 (2016): 32.

⁵ Cf. *Ibid.*, 34-35.

Se entiende que la respuesta a Dios es en libertad y que, por lo tanto, no necesitamos a nadie que nos oriente sobre cómo tenemos que vivir nuestra entrega diaria. No obstante, enseguida nos damos cuenta de que esto no es así debido a nuestras debilidades, inconstancias, cansancios o pecados. Se hace necesaria la autoridad que refuerce la identidad original, que dé unidad dentro de la diversidad y que afiance en el propósito común. Personas que acompañen y sean capaces de discernir según los designios de Dios⁶.

Por lo tanto, vemos que la autoridad es necesaria y que puede ser buena siempre y cuando se ejerza como es debido. Nuestro modelo es Jesucristo. Si queremos ayudar a los demás debemos imitar a Jesús en su vida y en su mensaje. Pero no basta solo con la práctica externa, sino que tenemos que vivirlo desde el corazón, de tal manera que mi conciencia y todo lo que soy quede comprometido. Además, tengo que saber mirar el rostro del hermano para descubrir qué es lo que necesita y cómo puedo adecuar mi estilo de vida para ayudarlo. Finalmente, es necesario estar en constante discernimiento de los signos de la historia para interpretarlos y darles una respuesta⁷.

Para poder hacerlo vida, tengo que permanecer siempre como discípulo de Jesús. Partir de una experiencia con el Señor que marque cómo ha de ser mi entrega. El lavatorio de los pies es una experiencia que viven los apóstoles y que les sellará para siempre en su vida en la manera de ejercer su autoridad. Es la actitud de estar siempre pendiente de las palabras y los gestos del Señor para saborear y aprender su estilo. Es un don que da el Señor. Desde la experiencia con Dios, aprender a mirar al hermano y a los acontecimientos de la historia, sabiendo ver más allá de lo que a simple vista se descubre. Cuando la autoridad es vivida desde esta perspectiva no hay peligro de que caiga en la tentación de separarse de los hermanos o de no escucharlos⁸.

Por eso, se nos invita a estar siempre en actitud de búsqueda. Saber escutar los horizontes de nuestra vida y de nuestro tiempo en atenta vigilia. Para poder hacerlo, necesitamos la fuerza del Espíritu que nos empuja a tomar un camino más evangélico y a estar en continuo discernimiento. Tener capacidad de adaptarnos a los tiempos de Dios sin querer que suceda cuando nosotros queremos y de la forma en que pensamos. Esto nos lleva a estar vigilantes y en escucha a los movimientos del Espíritu guardando el *depositum fidei*, pero sabiendo transmitirlo de una manera nueva, al mismo tiempo que

⁶ Cf. Urbano Valero. "La autoridad", *Sal Terrae* 95/5 (2007): 684-685.

⁷ Cf. Marta García, "Yo estoy en medio", 42-43.

⁸ Cf. *Ibid.*, 44-47.

conservamos su sentido y significado⁹. Mantener la denuncia de todo aquello que contradice la voluntad de Dios y estar abiertos a nuevos caminos de actuación del Evangelio en orden a la construcción del Reino¹⁰.

En este sentido, estamos llamados a estar continuamente vigilantes, oteando el horizonte para discernir por dónde nos lleva el Espíritu. La gran tentación actual es caer en la acedia que produce en nosotros una cierta desgana, hasta el punto de cegarnos a la hora de saber mirar, haciendo que no tomemos decisiones y, por lo tanto, que no demos los pasos necesarios para salir de la situación actual. No debemos sentarnos en el camino, hay que seguir avanzando con alegría y esperanza, con la conciencia clara de que somos del Señor y, movidos por los dones del Espíritu, miramos en la fe más allá del presente. Aquél que está atento a los signos que señalan un bien mayor, hace un gran servicio a la comunidad¹¹.

Por lo tanto, es muy importante para poder ejercer la autoridad con carácter servicial, ponerse a la escucha de Dios. Solo así podremos decir que, el que la ejerce, actúa representando a Dios e interpretando su voluntad. Tener conciencia de que la autoridad es conferida por los hermanos que se la han dado. Así pues, deberá escucharlos y dejarse aconsejar por ellos. De esta manera la obediencia será activa y responsable. A esto hay que añadir que sea una autoridad creativa que ayude al grupo a crecer en su identidad y misión, sabiendo animar y motivar; y que se caracterice por la compasión, acompañando a cada uno según la necesidad que tenga¹².

Esto lo vemos muy bien en Jesús. Él tiene autoridad porque es Dios. Pero a nosotros no nos la muestra a base de poder, sino todo lo contrario. Se hace niño indefenso en la Encarnación, sin ningún poder. La misma Encarnación es ya entrega y oblación. Es el Pastor que da la vida, que busca la oveja perdida, que sale al encuentro del pobre, del pecador, del herido; en definitiva, que se desgasta en el servicio hasta el extremo. Es la donación total poniendo la confianza en Dios; por eso la pobreza, la obediencia y la castidad forman parte de un buen ejercicio de la autoridad. Ceñirse la toalla en Jesús es parte de su misión en obediencia al Padre y mirando el rostro del hombre concreto¹³.

De hecho, la obediencia me da la apertura permanente a la escucha de Dios y de los demás; la pobreza posibilita estar siempre disponible, sin apegos que coarten mi

⁹ Cf. Escrutad. A los consagrados y consagradas en el camino por los signos de Dios, nº 1-3.

¹⁰ Ibid., nº 6.

¹¹ Ibid., nº 11.

¹² Cf. Urbano Valero, "La autoridad" 686-687.

¹³ Cf. Marta García, "Yo estoy en medio", 54-58.

libertad, en el servicio a los otros; y el celibato me ayuda a saber amar a todos desde el amor de Dios con un corazón misericordioso. El celibato significa, en este punto, la ternura compasiva hacia los pobres, la cercanía y la solidaridad respecto a los rechazados por la sociedad; es libertad y entrega al servicio de los demás¹⁴. Además, el celibato en Jesús implica una fuerte renuncia a las ataduras religiosas de su tiempo, como el legalismo fariseo; o a quedarse tranquilo en una casa y familia donde todo está bien. Jesús sale, renuncia a todo esto como expresión de un amor más grande, que abarca a todos y que busca a cada uno. El celibato de Jesús es una experiencia radical de libertad al servicio del Reino¹⁵.

Además, estamos llamados a crear la fraternidad entre nosotros desde el acto servicial de Jesús. Él nos enseña a hacer lo mismo, sabiendo que todos los recursos eclesiales son importantes en la medida que ayudan a la promoción humana. Los objetivos de esta promoción deben evidenciar el testimonio del Reino y la verdad de lo humano. De esta manera, nos reconocemos como hermanos abiertos a la complementariedad en el encuentro con el otro, en un clima de diálogo que es servicio¹⁶.

Por eso, es necesario no anteponer nada a la centralidad del seguimiento de Cristo. Un estilo de vida vivido en *sequela Christi* como representación de la forma de existencia que abrazó Jesús en su vida terrena. Los consejos evangélicos aparecen como un proyecto existencial de imitación de Cristo. De la misma manera que Jesús toma partido por los pobres y los últimos, así el discípulo adquiere conciencia evangélica de acercarse a éstos compartiendo con ellos valores y angustias¹⁷.

Así pues, el lavatorio de los pies no es un simple gesto del Señor. Muestra el estilo de vida habitual de Jesús, que es el del servicio. Cristo, desde la Encarnación hasta la subida al Padre, vive en actitud de ofrenda; esta donación se visibiliza a través del servicio. Jesús aparece como el que siempre está a la escucha del Padre en obediencia y el que está pendiente de los hombres, de todos los hombres, especialmente de los más necesitados. Enseña a los apóstoles a saber estar atentos a la voz de Dios y a las necesidades de cada persona; Él lava los pies a cada uno en particular. Y le muestra la manera de entregar la vida y de ejercer la autoridad, que no es otra que ceñirse la toalla y

¹⁴ Cf. Xavier Picaza, "Raíces cristológicas de la castidad religiosa", *Vida Religiosa* 94/1-2 (2003): 71.

¹⁵ *Ibid.*, 78.

¹⁶ Cf. Escrutad, n° 13.

¹⁷ *Ibid.*, n° 8.

ponerse a servir a los demás en cada situación concreta poniendo esperanza en el corazón del hombre para el futuro.

1.2 Con un corazón compasivo

Una de las características más propias del corazón del buen Pastor es la compasión y la misericordia. En las primeras líneas de la primera parte de este trabajo decíamos que podemos decir que Dios es rico en misericordia sin miedo a equivocarnos. Ya en el Antiguo Testamento el pecador acudía con frecuencia a la misericordia de Dios con el fin de ser perdonado y que Dios no apartara su rostro de él. Así aparece reflejado en numerosos salmos, especialmente en el 25, 41, 42, 43, 51, 57, 92, 103, 119 y 136. El término más utilizado es *hésed* y se puede traducir por ternura, gracia, misericordia, indulgencia o amor. Este término revela un dato llamativo de Dios que es su maternidad. Esto es así porque el lugar donde reside la *hésed* divina es en las entrañas. Podemos decir que cuando Dios se compadece se le conmueven las entrañas hasta el punto de poder perdonar el pecado cometido por grande que sea¹⁸.

De la misma manera, esta característica se hace muy evidente en el Nuevo Testamento. Esta idea de conmoverse las entrañas aparece muy bien reflejada en la parábola del hijo pródigo cuando Jesús señala que al padre se le conmovieron las entrañas cuando vio volver al hijo menor (Cf. Lc 15, 20). Pero al mismo Señor le vemos en numerosas ocasiones compadecerse de la gente, especialmente cuando están «como ovejas sin pastor» (Mt 9, 36), o cuando se encuentra con personas que necesitan ser curadas, escuchadas o perdonadas. La compasión es propia del Señor y significa que es capaz de conocer la situación por la que está pasando cada uno, cómo está su corazón, y acercarse a él con la intención de salvarle, es decir, de darle aquello que necesita para que siga viviendo su vocación. En verdad, esta es la tarea más importante del sacerdote. A ejemplo del Buen Pastor, tiene que conocer a cada persona, saber qué es lo que lleva dentro y darle lo que necesita para que viva su vocación. La compasión y la misericordia toca el corazón para ayudarlo a sanar y que, una vez curado, pueda seguir latiendo con fuerza cumpliendo la voluntad de Dios.

¹⁸ Cf. Pontificio consejo para la promoción de la nueva evangelización, *Misericordiosos como el Padre*, (Madrid: BAC, 2015), 10.

En este sentido, podemos decir que Jesús es el rostro de la misericordia del Padre¹⁹. Cuando las personas miran a Jesús descubren un Dios que es amor y que sale a su encuentro con un corazón compasivo. Por esta razón, cuando hablamos de que el corazón del sacerdote debe de configurarse con el Corazón del buen Pastor, estamos diciendo que debe de transparentar en todo la presencia amorosa y misericordiosa del Señor, de tal manera que la gente descubra la ternura de Dios en el sacerdote. Esto se nota no solo en la forma de mirar, sino en el quehacer diario, en el cumplimiento de su ministerio, cuando celebra los sacramentos, predica o visita a la gente. Si decimos que el sacerdote se santifica en el ejercicio de su ministerio, es decir, al ejercitar la caridad pastoral, entonces podemos afirmar que una parte esencial de la misma es la práctica de la misericordia.

El papa Francisco nos recuerda que «la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia»²⁰. Vemos en estas líneas cómo toda la labor que realiza la Iglesia tiene que estar impregnada del amor y de la misericordia. De una manera especial la labor pastoral, es decir, la tarea que realiza el sacerdote. Evidentemente, misericordia no significa que dé todo igual y que la persona pueda vivir una vida al margen de los mandamientos de Dios como si no pasara nada. La misericordia produce el perdón del pecado, sana el corazón para que pueda vivir según la voluntad de Dios y, por lo tanto, genera esperanza. El santo padre lo expresa muy bien con las siguientes palabras: «El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza»²¹.

Anteriormente, el papa Juan Pablo II²² ya nos había recordado que, debido a la existencia del pecado, un Dios que es amor no puede revelarse de otro modo que no sea la misericordia. Por eso, la Iglesia invita a la conversión que no es otra cosa que descubrir la misericordia de Dios, es decir, su bondad, su paciencia y su fidelidad a la Alianza hasta el punto de la cruz, la muerte y la resurrección. La conversión es verdadera cuando se da un encuentro con Dios rico en misericordia. El corazón del hombre, ante tanta bondad y

¹⁹ Cf. Francisco, *Misericordiae Vultus*, n° 1.

²⁰ *Ibid.*, n° 10.

²¹ *Ibid.*

²² Cf. Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, n° 13.

amor por parte de Dios, es movido al arrepentimiento y a desear ser bueno y amar como lo hace Dios.

Dios se nos ha revelado como amor, pero este amor no es solo una idea, sino que es un amor que se hace visible, concreto para el hombre, especialmente a través del perdón. Cuando un corazón destrozado por el pecado tiene la experiencia de un Dios que es amor y que, aun conociendo cómo es ese corazón se acerca a él para sanarlo y levantarlo devolviéndole la dignidad de hijo de Dios, entonces ese corazón ya nunca deja de adorar y dar gracias por su infinita misericordia. Quizás la experiencia personal de misericordia es una de las experiencias espirituales más fuertes que puede tener una persona.

Esta experiencia la puede tener todo hombre. Jesús, en el evangelio, nos muestra que él no hace distinción de persona y que es capaz de acoger a todos, especialmente a los pecadores, a los enfermos, a los niños, a los que no cuentan socialmente, en definitiva, a todos los que quieran dejarse iluminar por la luz de su presencia. El papa nos invita a hacer una renovación evangelizadora al estilo de Jesucristo. Es el sacerdote que sale al encuentro de todos, sin excluir a nadie. Un nuevo entusiasmo y una renovada acción pastoral donde el amor y la misericordia son el signo distintivo. Una Iglesia que evangeliza desde la misericordia es más creíble y sirve de ayuda para que el corazón perdido puede desear volver a la casa del Padre²³.

Así pues, de la misma manera que Dios es rico en misericordia y que Jesucristo se nos ha mostrado con un corazón compasivo, el sacerdote tiene que mostrar un corazón misericordioso. Debe de tener un corazón sensible de tal manera que la caridad pastoral le lleve a salir de sí mismo para entrar en el corazón del hermano.

1.3 Siempre alegres

Cuando el sacerdote vive la caridad pastoral que le proporciona unidad de vida y unión con Cristo y los hermanos le resulta fácil vivir la alegría que brota del amor. La verdadera alegría es fruto de estar con Dios tal y como vemos en el evangelio «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1, 28), o «Los discípulos se alegraron de ver al Señor» (Jn 20, 20). En estos pasajes se nos dice que la razón de la alegría de María es que el Señor está con ella y que los discípulos viven alegres porque ven al Señor, es decir,

²³ Cf. *Misericordiae Vultus*, nº 17.

porque están con Él vivo y resucitado. Podemos decir que, en último término, la razón de la alegría profunda del corazón sacerdotal la encontramos en estar con el Señor y vivir de su presencia. El papa Francisco recordaba a todos los bautizados que «Con Cristo siempre nace y renace la alegría»²⁴.

Las razones de esta alegría profunda que inunda el corazón son la certeza de sentirse amado por Dios, la experiencia de saberse salvado por su entrega en la cruz y el experimentar que he sido perdonado. El sacerdote tiene que ser el primero en conocer estas tres realidades. Cuando es consciente de que Dios le ama aun conociéndole, que ha muerto en la cruz por él y que ha sido perdonado, entonces la alegría se hace presente y quiere desbordarse a los demás. Por esta razón, la caridad pastoral brota como un deseo de llevar a los otros lo experimentado en la propia carne hasta el punto de querer que los demás participen del gozo del encuentro con el Señor. En este sentido, sigue diciendo el papa «Cristo nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría»²⁵.

De esta manera, la labor del sacerdote es propiciar el encuentro personal de cada hombre con Cristo, con su amor que da la vida, con su misericordia que sana. Saberse salvado conlleva la esperanza de una vida distinta que se mueve en unión con Dios y que permite darse a los demás. Cuando parece que todo está perdido por el pecado y que ya no hay posible salida aparece Cristo que te libera. Este encuentro es el corazón de la verdadera alegría.

El encuentro con Cristo me conduce a saber relacionarme con los demás con alegría y a descubrir la presencia de Dios en las pequeñas cosas de la vida cotidiana. El sacerdote que vive en Cristo disfruta con cada tarea y sabe reconocer la presencia de Dios en cada persona con la que trata siendo, ambas, fuente de alegría en su ministerio. Las tareas dejan de ser una carga pesada insoportable y el trato con las personas un momento inoportuno que se hace eterno por el deseo de estar en sus cosas.

De hecho, el papa nos recuerda en la encíclica EG que «el gran riesgo del mundo actual es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales y de la conciencia aislada»²⁶. Estos mismos peligros son lo que tiene el sacerdote. Por un lado, el peligro del individualismo que hace que se encierre en sí mismo sin posibilidad de abrirse al obispo, al presbiterio y a los fieles de su

²⁴ Francisco, *Evangelii Gaudium*, n° 1.

²⁵ *Ibid.*, n° 3.

²⁶ *Ibid.*, n° 2.

comunidad. Individualismo que conduce a no participar en las actividades que se organizan a nivel diocesano o arciprestal. Por otro lado, la búsqueda de placeres superficiales que atenazan y ahogan todos los intentos de realizar tareas pastorales. Cuanto más apegado está el corazón a los caprichos menos libertad hay para dedicar el tiempo y las fuerzas en la tarea apostólica. Finalmente, la conciencia aislada que hace que no se sienta con la Iglesia y con su magisterio, como si el único que posee la verdad fuese él y no necesitase a nadie convirtiéndose en el único garante de la fe.

En otro momento el santo padre afirma que el santo vive alegre y esto no significa que no sea realista, todo lo contrario, en medio de la dificultad y del sufrimiento es capaz de vivir con una alegría serena contagiándola a los demás poniendo en su corazón esperanza²⁷. El cardenal Marcelo repetía en muchas ocasiones que quería sacerdotes alegres que no rehuyesen de la cruz que viniera fruto de su entrega por los demás. La alegría debe de ser un distintivo del sacerdote que tiene a Cristo en su corazón y que se alimenta de la eucaristía y de la oración diaria.

2. La acedia: peligro contra la caridad pastoral

El papa Francisco nos recuerda en la encíclica EG que los sacerdotes pueden tener el peligro de la acedia, al igual que los demás bautizados. En los sacerdotes suele aparecer por el cuidado obsesivo de su tiempo personal. Dice el papa:

«Esto frecuentemente se debe a que las personas necesitan imperiosamente preservar sus espacios de autonomía, como si una tarea evangelizadora fuera un veneno peligroso y no una alegre respuesta al amor de Dios que nos convoca a la misión y nos vuelve plenos y fecundos. Algunos se resisten a probar hasta el fondo el gusto de la misión y quedan sumidos en una acedia paralizante»²⁸.

Por la importancia de este tema lo desarrollo con más detenimiento pues es la base de la falta de caridad pastoral y de alegría en los sacerdotes. Precisamente, en algunos ambientes se habla de la falta de caridad pastoral a la hora de anunciar el evangelio, del abandono de las actividades pastorales en la vida religiosa y clerical, cambiando continuamente de lugar o actividad, así como de la tristeza y la apatía en la entrega

²⁷ Cf. Francisco, *Gaudete et Exsultate*, n° 122.

²⁸ *Evangelii Gaudium*, n° 81.

cotidiana. Sin ninguna duda, hay muchas razones que pueden explicar esta situación, pero creo que influye mucho el mal de la acedia. Quizás no lo ponemos este nombre que nos suena a desfasado, pero la realidad a la que hace referencia se manifiesta continuamente.

Ya en el siglo cuarto, Evagrio Póntico en su obra *Tratado Práctico*²⁹ que consta de cien capítulos con un estilo sentencioso, nos habla de este mal al desarrollar los ocho pensamientos que no nos ayudan a conseguir la impassibilidad necesaria para crecer en el conocimiento de la Trinidad. Veamos de manera breve su pensamiento.

Evagrio señala ocho pensamientos que conducen al vicio. Algunas veces los llama pensamientos y otras veces demonios. Estos ocho pensamientos engloban a todos los demás. De hecho, con el tiempo se llamarán los siete pecados capitales de los cuales manarán los otros pensamientos perniciosos.

Entre los ocho pensamientos es nombrado en sexto lugar la acedia. Desde el punto de vista etimológico acedia viene del latín *acedia*, que viene, a su vez, del griego *akedia* y significa falta de cuidado. En la antigüedad hacía referencia a la falta de cuidado a la hora de enterrar a los muertos, es decir, a no hacerlo. Para Evagrio, la acedia ya no hará referencia al abandono para con los difuntos, sino al abandono para la propia vida espiritual³⁰. Así aparece en la descripción que hace de la acedia en sus escritos:

«El demonio de la acedia, llamado también «demonio del mediodía», es de todos los demonios el más gravoso. Ataca al monje hacia la hora cuarta y asedia su alma hasta la hora octava. Al principio, hace que el sol parezca avanzar lento e incluso inmóvil y que el día aparente tener cincuenta horas. A continuación, le apremia a dirigir la vista una y otra vez hacia la ventana y a saltar fuera de su celda, a observar cuánto dista el sol de la hora nona y a mirar aquí y allá por si alguno de los hermanos...

Además de esto, le despierta aversión hacia el lugar donde mora, hacia su misma vida y hacia el trabajo manual; le inculca la idea de que la caridad ha desaparecido entre sus hermanos y no hay quien le consuele. Si a esto se suma que alguien, en esos días, contristó al monje, también se sirve de esto el demonio para aumentar su aversión. Este demonio le induce entonces al deseo de otros lugares en los que puede encontrar fácilmente lo que necesita y ejercer un oficio más fácil de realizar y más rentable. Así mismo, le persuade de que agradar al Señor no radica en el lugar: «La divinidad —dice— puede ser adorada en todas partes». Añade a estas cosas también el recuerdo de su familia y del modo de

²⁹ Cf. Evagrio Póntico, “Tratado Práctico”, en *Obras Espirituales* (Madrid: Ciudad Nueva, 1995) 131-175.

³⁰ Cf. Dom Jean-Charles Nault, *El demonio del medio día. La acedia, el oscuro mal de nuestro tiempo*, (Madrid: BAC, 2018), 8.

vida anterior y le representa la larga duración de la vida, poniendo ante sus ojos las fatigas de la ascesis; y, como se suele decir, pone todo su ingenio para que el monje abandone su celda y huya del estadio. A este demonio no le sigue inmediatamente ningún otro. Una vez concluido el combate, un estado apacible y un gozo inefable suceden al alma»³¹.

De esta descripción de la acedia se pueden hacer varias consideraciones. Por un lado, llama la atención la gravedad de este demonio. Dice que es de todos el más gravoso. Nos hace caer en la cuenta de las consecuencias negativas que puede tener en nuestro camino espiritual si no estamos atentos a desterrar de nosotros este pensamiento. Por otro lado, señala el momento del día en que se produce con más fuerza, desde la hora cuarta hasta la hora octava, es decir, desde las diez de la mañana hasta las dos. Es en este momento cuando el demonio aprovecha para poner toda clase de pensamientos que impidan aprovechar el tiempo. Parece como si el tiempo no pasara, continuamente se mira a la ventana deseando que pase algo o alguien, y todo esto produce aversión a la celda donde vive deseando salir de ella, aversión a su vida de retiro, como si no tuviese sentido, y aversión al trabajo manual. Desde esta situación espiritual interpreta todo lo que le ocurre, de tal manera que si ha tenido un problema con otro monje le produce tristeza pensando que no existe la fraternidad entre ellos y que nadie se preocupa por él.

En este estado de ánimo el mal pensamiento viene bajo forma de algo bueno. Piensa que en otro lugar podría servir mejor a Dios. Que no hace falta tanto sacrificio y ascesis para vivir su vocación. Que hay otras maneras más placenteras de vivir y que también son buenas. En definitiva, la consecuencia final de la acedia es que el monje abandone su celda, es decir, su forma de vida. Por esta razón es tan grave y por esta razón no le sigue inmediatamente ningún otro pensamiento, pues en él están incluidos todos y a través de él el enemigo consigue el propósito primero, que no es otro que el abandono de la propia vocación.

Finalmente, otro elemento fundamental señalado en la descripción de Evagrio es el estado en que queda el alma cuando el monje consigue vencer este demonio, pues produce en ella un estado apacible y un gozo inefable. Así como es un enemigo temible al que hay que combatir, cuando se consigue doblegar, el alma adquiere un bien fundamental que es la impasibilidad.

Después de Evagrio ha habido autores que han tratado el tema de la acedia y han matizado o añadido distintas aportaciones sobre su definición. Por ejemplo, Juan Casiano

³¹ Evagrio, “Tratado práctico”, 140-141.

contemporáneo de Evagrio y gran conocedor de la doctrina de los Padres del desierto. Él la dio a conocer en occidente. En su obra “Conferencias” narra las conversaciones que tuvo con los anacoretas y eremitas de Egipto en la última parte del siglo IV. Pero es en su obra “Las Instituciones” donde nos habla de la acedia. La acedia sería como un disgusto o angustia del corazón. Casiano conoce a Evagrio y lo sigue; recuerda la tentación de querer salir de la celda. Pero pondrá mucho más el acento en la falta de entusiasmo por el trabajo. Es cuando el monje busca la ociosidad. El remedio frente a esto será el trabajo manual. Al incidir tanto Casiano en este aspecto es lo que llevó en siglos posteriores a casi identificar la acedia con la pereza. Otro aspecto importante que indicó Casiano respecto a la acedia fue atribuirle la paternidad. Efectivamente, le señaló ocho hijas: ociosidad, somnolencia, carácter desabrido, inquietud, vagancia, inestabilidad del alma y del cuerpo, charlatanería y curiosidad³².

Nos detenemos ahora en el pensamiento de santo Tomás de Aquino. En verdad, el santo no leyó a Evagrio, probablemente porque era tenido como un autor hereje. Pero sí conoció su pensamiento a través de Casiano. Santo Tomás hace una definición de la acedia: «la acedia es la tristeza por el bien divino»³³. Como vemos hace referencia al primer pecado contra la alegría que es consecuencia de la caridad. Para santo Tomás, esta tristeza es una pasión. La pasión la entiende como una respuesta afectiva que se produce ante un mal o un bien particular, es decir, que la pasión es neutra, no es ni buena ni mala en sí misma. La pasión sería ese dinamismo interior que nos permite actuar y que será buena o mala dependiendo del objeto que persiga y de la orientación que adopte. De esta manera, es una comprensión de la pasión distinta de la de Evagrio, pues según él, solo el hombre que ha alcanzado la *apatheia* podía conocer a Dios³⁴.

Según santo Tomás, todo el actuar del hombre es por amor, aunque él no lo sepa. De hecho, cuando el hombre peca también lo hace por amor, porque el objeto por el que se siente atraído, aunque sea malo, a él se le representa como bueno. Este amor lo ve como una amistad con Dios. Para que haya verdadera amistad se tienen que dar tres características: que se dé el amor de benevolencia, es decir, que esté centrado en el otro; que haya reciprocidad, es decir, una respuesta del ser amado; y que haya algo en común entre los dos amigos. Pues bien, santo Tomás ve que este amor de amistad es posible con Dios porque Dios me ama con amor de benevolencia, yo puedo responder a ese amor

³² Cf. Dom Jean-Charles, *El demonio de medio día*, 27-29.

³³ Tomás de Aquino, *Suma de teología*, II-II, q.35 a.2.c.

³⁴ Cf. Dom Jean-Charles, *El demonio de medio día*, 36-38.

amándole y, por último, también se da una comunicación porque Dios ha querido que el hombre participe de la vida divina. Teniendo en cuenta esto, el santo dice que el gozo de la caridad es el gozo que nace de la amistad con Dios y de esa comunicación de amor que tendrá su plenitud en la bienaventuranza. La acedia sería lo contrario de este gozo. Es la tristeza, que no proviene del amor, sino del odio. Que produce dolor y rechazo.

Llegados a este punto, la pregunta sería ¿por qué el hombre siente tristeza y rechazo frente a Dios?, ¿por qué lo puede percibir como un mal si es Dios? El mismo santo da la respuesta afirmando que el hombre se entristece ante Dios porque, para adquirir el bien divino, necesita renunciar a otros bienes de tipo carnal, temporal o limitados; estos bienes le parecen más concretos y alcanzables y, por lo tanto, mejor que el bien divino, que le parece más abstracto e inalcanzable³⁵.

Así pues, la vida en Dios movida por la caridad produce alegría y gozo. Por el contrario, cuando vivimos centrados en bienes carnales y aparentes, produce tristeza. De esta manera, la acedia va directamente contra la vida de caridad.

Asimismo, santo Tomás dará otra acepción de la acedia, pues afirmará que es la desgana por la acción. Sería un elemento que entorpecería que el acto llegara a realizarse. Para el santo, la realización de la persona humana emana de un acto perfecto que es la bienaventuranza. Pero, para conseguir este acto perfecto tenemos que irnos preparando en nuestra vida terrena por medio de actos nuestros concretos. Así pues, nuestros actos nos acercan o alejan de la visión de Dios, según sean buenos o malos. Desde este punto de vista, la acedia no ayudaría en orden a conseguir nuestra salvación, es decir, produce en nosotros desgana a la hora de obrar y, consecuentemente, sería un obstáculo para conseguir la bienaventuranza. Además, si tenemos en cuenta que la que ciñe todas las virtudes es la caridad, pues concibe y dirige los actos virtuosos respetando la especificidad de cada virtud, vemos que la acedia es un pecado contra la caridad³⁶.

Por lo tanto, la acedia sería un pecado contra la caridad al paralizar el obrar que nos acerca a la visión beatífica; e iría contra el gozo que nace de la caridad pues produce en nosotros tristeza ante lo que debería ser nuestra mayor alegría: la participación en la vida misma de Dios. Produce pereza espiritual, pero desde el interior, sometiendo a toda la persona.

Hasta santo Tomás de Aquino el centro de la vida del cristiano estaba muy claro, era Dios. Había que conseguir vivir en unión con Dios y así poder llegar al cielo. En los

³⁵ Cf. Ibid., 42-45.

³⁶ Cf. Ibid., 46-52.

siglos posteriores se irá dando un cambio muy importante respecto a la centralidad, ya que el hombre se irá colocando en el centro. Si antes el fin estaba claro y la libertad consistía en tomar las decisiones correctas que nos ayudaban a conseguir ese fin último, ahora la libertad cambia, se trata de poder elegir entre muchos elementos, aunque éstos no sean buenos o nos ayuden a alcanzar nuestro fin. Quien produce este cambio es Guillermo de Ockham. El hombre ya no se siente atraído por el bien y se encuentra en una indiferencia total frente al bien y el mal³⁷. Este punto tendrá una gran importancia en los siglos venideros a la hora de hablar de la acedia. El término como tal irá desapareciendo y, en cuanto al contenido, se irá reduciendo a tibieza o melancolía.

Sin embargo, si nosotros analizamos cómo está el hombre actual, qué dificultades encuentra, nos damos cuenta de que la acedia está muy presente. El demonio, conocedor de los efectos devastadores que produce en el cristiano y, más si cabe, en el consagrado, tiene mucho interés en que pase desapercibida, pues, de esta manera, no se la combate.

La acedia, hoy en día, teniendo como caldo de cultivo la libertad como capacidad de hacer lo que me apetezca, hace estragos en la persona humana, produciendo una verdadera desintegración. El hombre, centrado en sí mismo, sin Dios, se autodestruye, no consigue dar sentido a la vida ni ve un fin en ella. Esta situación le lleva al nihilismo. Llegados a este punto, enseguida viene la desesperación. Puedo hacer lo que quiera e ir sumando placeres, pero como no me conducen a Dios, sino a mí mismo, me siento siempre insatisfecho; esto produce la mayor de las desesperaciones. Una vida sin amor verdadero, pues la sociedad actual rechaza al Amor que es Dios, y esto la lleva a no creer en el amor humano. Una vida así parece que no merece la pena ser vivida. No olvidemos que en las sociedades más avanzadas es donde se dan más suicidios.

Otra de las características de nuestra sociedad es la inestabilidad. Hoy, más que nunca, hay un deseo de cambiar de trabajo, actividad, lugar o de esposa. Hay que tener lo que esté de moda, aunque sea pasajero; y se rechaza lo permanente como algo que genera infelicidad. Esto lleva a una huida de sí mismo, ese deseo de salir de la celda. Si me quedo solo con mis pensamientos, descubro mi miseria y me parece horrible. Por eso tengo que salir, estar ocupado, no detenerme. Pero no busco a Dios, pues me molesta, me dice que así no voy bien; busco a otros que están como yo. Como consecuencia de esta situación, el alma se hace pequeña, no quiere grandes cosas, se hace pusilánime.

³⁷ Cf. *Ibid.*, 66.

Además, al tener de todo, se pierde el gusto por las cosas. Se hacen muchos propósitos, pero al poco tiempo, se dejan pues se pierde el interés y la motivación. Es el demonio del mediodía. Somos incapaces de centrarnos en lo que estamos haciendo con amor. El alma se siente tan pobre que se deleita en el pasado o piensa en otro futuro posible, pero no vive con alegría y magnanimidad el presente. Desconfía del amor de Dios para con él, pues es un desastre, y se ahoga en su propio sabor de amargura. Cuando el alma llega a este punto, le entra la duda de la vocación. ¿No me habré equivocado en mi camino? ¿Y si nada de lo que vivo fuera cierto? El demonio del mediodía que, no solo afecta a la temporalidad de las horas centrales del día, sino que también afecta al llegar a la mitad de la vida. Hacemos el balance de nuestra vida y pensamos si ha merecido la pena, si todavía puedo cambiar de camino, pues pienso que me he equivocado. Si ya es demasiado tarde, tengo la tentación de conformarme con una vida tibia, mediocre. Ya no puedo hacer otra cosa, a dónde voy a ir; además, ya no puedo cambiar, pues intentaré vivir como pueda renunciando, de hecho, a la santidad. Entonces el alma se desboca buscando compensaciones o cayendo en el activismo³⁸.

3. Fraternidad sacerdotal: objeto directo de la caridad pastoral

Finalmente, lo más apropiado sería detenerse en los lugares y situaciones en los que hoy en día se hace más urgente que el sacerdote practica la caridad pastoral. Ya que no podemos abarcar todo el espectro que se abre, me gustaría fijarme en un punto que considero necesario y que, a veces, no se le da la debida importancia en la vida del sacerdote. Me estoy refiriendo a la necesidad de practicar la caridad pastoral por parte del sacerdote con el presbiterio al que pertenece, con el grupo de sacerdotes de su arciprestazgo o con los presbíteros con lo que convive.

Como hemos visto a lo largo del trabajo tanto los documentos conciliares como el cardenal Marcelo han dado mucha importancia a este tema. Con un marcado carácter positivo al hablar de la unidad que debe de haber entre el obispo y el presbiterio y entre los sacerdotes entre sí; unidad que brota del mismo sacramento del orden. Además, se valoraba como un gran problema la continua actitud de murmuración de unos sacerdotes contra otros y las críticas poco objetivas que producen división y que ocasionan infecundidad pastoral.

³⁸ Cf. Ibid., 76-99.

Sobre este tema, José María Uriarte tiene un artículo muy interesante que nos puede iluminar pues trata sobre la caridad pastoral y la fraternidad presbiteral³⁹. La idea principal es que la fraternidad sacerdotal es objeto directo de la caridad pastoral en la vida del sacerdote. Para explicar esta afirmación el autor parte de los textos del magisterio que así lo especifican, para pasar luego a indicar las dificultades que encontramos a la hora de practicar la fraternidad sacerdotal y terminar dando unas pautas que nos ayuden a vivirla.

Son muchos los textos del magisterio de la Iglesia donde se habla de esta realidad. Así, por ejemplo, en PO 14 se nos recuerda que el sacerdote debe de trabajar siempre en comunión con el obispo y con los hermanos sacerdotes, con el fin de no correr en vano. Otros textos nos hablan de que esta necesidad de trabajar juntos y de vivir con fuerza la fraternidad sacerdotal tiene su raíz en la propia ordenación sacerdotal. Por ejemplo, PO 8 afirma que el sacerdote al ser ordenado es constituido en el orden del presbiterado, de tal manera que se unen entre sí por íntima fraternidad sacerdotal, formando un solo presbiterio y participando de un solo ministerio sacerdotal en favor de los hombres. Y LG 28 añade que esta íntima fraternidad significa la mutua ayuda espiritual y material, pastoral y personal, en una comunión de vida y trabajo⁴⁰.

A veces, se dan algunas razones sobre la importancia de la fraternidad sacerdotal que están bien, pero que no son suficientes. Se afirma que es importante cuidarla para tener una mayor eficacia apostólica, ya que, al trabajar juntos, se producen mejores logros pastorales; otros aseguran que ayuda a la salud integral del clero ya que el vivir solos y tener que trabajar en soledad, teniendo en cuenta la sociedad en la que vivimos, no es saludable en ningún sentido para el sacerdote. Cuántas veces oímos la queja del sacerdote que tiene mucho trabajo y lo realiza en soledad poniendo en peligro su salud. Finalmente, otros resaltan el testimonio que es para los fieles ver a los sacerdotes que se quieren y que son capaces de trabajar juntos. Estas razones están bien, pero es necesario profundizar en la teología de la fraternidad sacerdotal.

Para ello, el autor irá señalando algunas afirmaciones teológicas que constituyen el fundamento de la fraternidad sacerdotal. En primer lugar, todos los presbíteros pertenecen a una única comunidad presbiteral, de tal manera que el sacerdote no es un ser aislado. En segundo lugar, esta comunidad presbiteral está esencialmente unida al Colegio Episcopal. Los sacerdotes participamos de la misión encomendada por el Señor

³⁹ Cf. José María Uriarte. "Caridad pastoral y fraternidad presbiteral", *Surge* 63/632 (2005): 483-498.

⁴⁰ *Ibid.*, 483-484.

a los obispos, presididos por el papa. Esto conlleva una estrecha comunión y colaboración. En tercer lugar, la comunidad presbiteral es una verdadera fraternidad sacramental. Recordamos que esto lo afirma el CV II cuando señala que la fraternidad de los presbíteros es sacramental, es decir, fruto inmediato del sacramento del Orden.

En cuarto lugar, esta fraternidad se sustenta en la única misión apostólica. Todos trabajamos con los obispos en una misma heredad y yo no puedo vivir con mi comunidad aislado como si fuese solo mía. Si un sacerdote se aísla en su comunidad y no quiere saber nada del resto de la diócesis está adulterando su misión presbiteral. En quinto lugar, la fraternidad sacerdotal es fruto del único Espíritu recibido en la ordenación. Es un mismo espíritu el que capacita a cada sacerdote a ser partícipe de la fraternidad y de la responsabilidad pastoral del pueblo de Dios. En sexto lugar, ser conscientes de que es en el presbiterio diocesano donde debo de ejercer esta fraternidad sacerdotal, fundamentalmente por dos razones: por un lado, por la vinculación con el obispo; no hay presbiterio diocesano sin el obispo. Y, por otro lado, por su entrega total al servicio de la diócesis. Se trata de que la diócesis sea nuestra casa, nuestra familia y la relación con el obispo sea de confianza y amistad. Finalmente, la fraternidad diocesana está llamada a fomentar la fraternidad de toda la Iglesia diocesana⁴¹.

Seguidamente, el autor del artículo pasa a indicar algunas dificultades que podemos encontrar a la hora de vivir la fraternidad sacerdotal. Una dificultad es la dispersión geográfica. El hecho de tener que atender muchas comunidades y distantes hace que se vaya perdiendo la conciencia de unidad del presbiterio alrededor del obispo, y un enfriamiento del contacto con otros presbíteros. Otra dificultad actual es la autarquía parroquial, en la que parece que cada parroquia fuese una diócesis y el párroco se moviese a su antojo sin tener en cuenta las directrices diocesanas o el trabajo en común arciprestal. Además, otra dificultad no menor es el cruce de mentalidades diferentes. Encontramos corrientes políticas, pastorales, morales distintas que dificultan el trabajo en común y la posibilidad de llegar a acuerdos. Junto a esto, está la lejanía de las instancias diocesanas. Elaborar un plan pastoral ayuda a la unidad de la diócesis y del presbiterio en sus tareas pastorales. No encauzarlo adecuadamente puede verse como un instrumento de control y de exigencia desmedida. Finalmente, las carencias formativas, principalmente en el Seminario, donde no se ha trabajado lo suficiente cómo vivir la fraternidad sacerdotal y cómo trabajar juntos⁴².

⁴¹ Cf. Ibid., 485-490.

⁴² Cf. Ibid., 491-493.

El artículo termina proponiendo algunos criterios operativos y algunas tareas concretas que faciliten la fraternidad presbiteral. En cuanto a los criterios señala la importancia del sentido de pertenencia al presbiterio a la hora de tomar conciencia de la propia identidad; el ser corresponsables de una misma misión, aunque cada uno en su parcela; la interdependencia entre los sacerdotes en la que todos nos ayudamos a sacar lo mejor de cada uno en servicio de los otros; y el sentir como una prioridad pastoral del sacerdote el cuidado de los otros sacerdotes. En cuanto a las tareas concretas apunta a algunas acciones que pueden ayudar, como por ejemplo la hospitalidad presbiteral, los encuentros frecuentes con otros hermanos, el trabajo en común en algunos temas pastorales, la comunicación de bienes e incluso, si es posible, potenciar alguna manera de vida en común. Esta vida en común sería una bonita expresión de la fraternidad sacramental, que tiene su fundamento en el sacramento del Orden y que se orienta al compromiso misionero⁴³.

No olvidemos que el sacerdote debe de practicar la caridad pastoral con todos, pero de una manera más especial con los que participan de su mismo ministerio y con aquellos que tiene más cerca. No debemos de quedarnos en la mera teoría sobre el amor o la caridad pastoral, sino que tenemos que aterrizar y esto conlleva amar al que tenemos a nuestro lado.

Conclusión tercera parte

La caridad pastoral no es algo meramente teórico como si fuese una realidad de la que hay que hablar pero que no sirve en el orden práctico de la vida. Todo lo contrario. Tanto los rasgos que definen un corazón sacerdotal como las actividades que desarrolla con él van marcando una dirección y un estilo de vida que se asemeja a Jesucristo o le distancia de él.

El sacerdote debe mirar siempre a Jesús y tenerle como modelo. Es tarea de toda la vida ir adquiriendo un estilo de servicio, de entrega de la vida, con un corazón compasivo y alegre. Esto se va consiguiendo poco a poco y es también un don de Dios. Si no se cuida se puede perder y, en este sentido, la acedia aparece como la gran destructora de la caridad pastoral. En verdad, la situación vital del hombre contemporáneo

⁴³ Ibid., 493-497.

nos afecta de una manera radical a los consagrados. Somos hijos de nuestro tiempo; pensar que el pensamiento o las costumbres actuales no nos afectan es ilusorio.

Qué duda cabe que cuando observamos nuestro actuar llegamos a percibir muchas de las hijas de la acedia en nosotros. La falta de esperanza al ver cómo está el mundo, la Iglesia o nosotros mismos. El deseo de cambiar continuamente de parroquia, de actividad... pensando que los culpables de no estar bien son los otros. Cada vez más se da un culto al cuerpo. La continua charlatanería entre los miembros de la Iglesia sobre temas sin importancia, o de crítica feroz a la jerarquía eclesial. El deseo de viajar continuamente, la tibieza, la agresividad, la ociosidad... se han convertido en parte de nuestra vida cotidiana.

Una vida virtuosa, especialmente en la prudencia y en la templanza, unida a una vida de oración perseverante bañada en lágrimas, paciencia, lectura asidua de la Palabra de Dios, trabajo manual adecuado, permanencia en el lugar y la ocupación, hacer memoria de las gracias recibidas a lo largo de nuestra relación con Dios... son algunos de los consejos que nos dan los maestros de espiritualidad para vencer la acedia.

Si los aprovechamos, nuestra tristeza se convertirá en alegría y viviremos la paz y el gozo de sentirnos amados y llamados por Dios. No nos costará salir de nosotros mismos en orden a estar pendientes de las necesidades de los demás, de los más necesitados y de los más próximos, especialmente de los sacerdotes.

CONCLUSIÓN GENERAL

A través de este trabajo nos hemos ido adentrando en el significado del binomio caridad pastoral. Lo hemos hecho ayudándonos de la Palabra de Dios, del magisterio de la Iglesia y de la reflexión viva del cardenal Marcelo. Estos elementos han servido de base para ir llenando los conceptos e ir iluminando un estilo de vida sacerdotal que tiene como corazón la caridad y cuyos miembros lo constituye las acciones propias del pastoreo. Del estudio realizado me fijo en algunas conclusiones que paso a detallar.

En primer lugar, el cardenal Marcelo fue un enamorado del Concilio Vaticano II. En ocasiones se ha dibujado una figura conservadora, como si no hubiese aceptado el concilio y todo lo que supuso su implantación. Nada más lejos de la realidad. La centralidad de su vida era Cristo y amaba lo que él amaba, es decir, a su cuerpo que es la Iglesia. Siempre recibió con gusto lo que la Iglesia iba marcando. Acogió el anuncio del concilio con regocijo y como una oportunidad para que la Iglesia pudiese llevar el evangelio al hombre moderno. Vibró con las sesiones conciliares interviniendo cuando lo consideraba necesario e hizo todo lo posible para que se aplicara en los lugares por donde ejerció su episcopado. Evidentemente, con lo que no comulgaba eran con las aplicaciones personales que hicieron algunos, pero cuyas acciones ni estaban en los documentos conciliares ni eran pautas señaladas por el papa como consecuencias de las ideas expuestas en ellos.

Por lo tanto, Concilio Vaticano II sí, pero en continuidad con la tradición anterior y aplicándolo según el Romano Pontífice iba señalando. Veía fundamental que las novedades tuviesen como base la recta doctrina y la guía de la Iglesia. En este sentido, corrigió y orientó a los que no querían vivirlo de esta manera.

En segundo lugar, el cardenal Marcelo fue un enamorado del sacerdocio y de la labor social que realiza la Iglesia. Veía al sacerdote como pieza clave para la reforma de la Iglesia, de la sociedad y de cada corazón. Vida espiritual profunda y formación sólida que llevara a una entrega al estilo de Cristo dando la vida, pero siempre alegres. No quería sacerdotes que se acomodaran al mundo, sino testigos del amor de Cristo que no huyen de la cruz y están dispuestos a ir a cualquier sitio donde se les envíe para dar la vida como el Maestro.

Además, gozaba con la obra social que hace la Iglesia. Desde sus comienzos como sacerdote en Valladolid fue una tarea primordial. La ayuda a los pobres construyendo

casas, edificando instituciones para que pudiesen formarse los más pobres y, sobretodo, mediante la predicación. El mayor tesoro que tenía era su don de palabra que hacía que la gente se acercara al conocimiento de Cristo. Este don que Dios le había dado tenía que ponerlo al servicio de todos, especialmente de los más pobres. Escucharle no costaba dinero y el que lo hacía recibía el mayor de los regalos.

En tercer lugar, que la caridad es un amor que no espera nada a cambio y que no se busca así mismo. Por el contrario, es amor de donación que se convierte en ofrenda para los demás hasta el punto de poder dar la vida. Solo podemos vivir este amor de manera auténtica cuando estamos unidos a Cristo y lo recibimos de él. Este amor tiene su origen en el amor trinitario, nos lo consigue Jesucristo y lo recibimos por medio del Espíritu Santo.

En cuarto lugar, que el amor que todo bautizado está llamado a vivir se convierte en caridad pastoral cuando hablamos del sacerdocio ordenado. Se trata de poner en práctica el amor recibido con el estilo del buen Pastor. Mediante la ordenación el presbítero se une a Cristo Cabeza y Pastor, de tal manera que actúa *in persona Christi*, y con su vida tiene que ser transparencia del buen Pastor.

En quinto lugar, que la caridad pastoral se alimenta de la eucaristía. La caridad pastoral tiene su fuente en el sacramento del orden y encuentra su alimento en la eucaristía. La eucaristía para el sacerdote no es solo alimento, sino que en su celebración encuentra su realización. Gracias a la eucaristía el sacerdote puede dar un sentido sacrificial a toda su vida. El sentido sacrificial es muy significativo pues pone el acento en la dimensión de ofrenda de la vida.

En sexto lugar, que el sacerdote se santifica a través de la realización de su ministerio. La caridad pastoral le proporciona unidad de vida y le abre a dar la vida por los fieles en unión con su obispo y con el presbiterio diocesano. El amor de buen Pastor se hace visible mediante acciones concretas en todo lo que realiza. Cuando celebra los sacramentos, cuando acompaña a las personas, cuando ayuda a un pobre, cuando escucha o cuando sonrío. Siempre sacerdote y en todo sacerdote siendo transparencia del corazón del buen Pastor.

En séptimo lugar, que este amor que da la vida se puede perder. Tenemos que cuidarlo. Es importante estar unido a Cristo en la eucaristía y en la oración. Si no se cuida se pierde y el sacerdote se convierte en un mero funcionario que cumple más o menos con unas tareas, pero que ni se santifica ni es cauce de santificación. Un mal muy peligroso es la acedia que lleva al desaliento, al desánimo y que pone una profunda

tristeza en el alma hasta el punto de apagar el amor y pensar que no tiene sentido la entrega sacerdotal

En octavo lugar, que el estilo del buen Pastor en el evangelio se manifiesta a través de dos elementos que son fundamentales: la actitud de servicio y la compasión. Quizá un termómetro para saber si un sacerdote vive bien la caridad pastoral es observar si lo hace desde estas dos realidades. Si el amor es donación lo propio es servir y no esperar a ser servido; si el pastor tiene que conocer a cada oveja por su nombre lo propio será practicar la compasión con cada uno conociendo su realidad personal para darle lo que necesita.

Finalmente, que dentro de la labor pastoral que tiene que realizar un sacerdote, no debe de olvidar que tiene como algo urgente la atención que debe prestar a los hermanos sacerdotes en unión con el obispo. Si el obispo tiene que ser un padre para los sacerdotes, éstos tienen que corresponder con una actitud filial. Del mismo modo, si la fraternidad sacerdotal nace del sacramento del orden que nos une a todos en el sacerdocio de Cristo, debemos de saber querernos, acompañarnos y cuidarnos, tal y como el Señor lo hace con cada persona.

BIBLIOGRAFÍA

Sagrada Escritura

Los libros bíblicos son citados siguiendo las abreviaturas de la *Biblia de Jerusalén*,
Bilbao: Desclee de Brouwer, 1975.

Comentario al Nuevo Testamento. 2ª ed. Estella: La casa de la biblia. 1995.

Sagrada Biblia comentario. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, S.A.
(EUNSA), 2010.

Documentos del Magisterio

1. Magisterio Pontificio

Pablo VI. VII *Jornadas mundiales de oración por las vocaciones*.

Juan Pablo II. *Dives in misericordia*. AAS, vol. 82. (1980). Madrid: San Pablo, 2005.

Juan Pablo II. *Pastores Dabo Vobis*. AAS, vol. 84. (1992). Ciudad del Vaticano:
Editrice Vaticana, 1992.

Benedicto XVI. *Deus Caritas est*. AAS, vol. 98. (2005). Madrid: San Pablo, 2006.

Francisco. *Escrutad. A los consagrados y consagradas que caminan tras los signos de Dios* (21-noviembre-2014).

Francisco. *Evangelii Gaudium*. AAS, vol. 105. (2013). Madrid: San Pablo, 2013.

Francisco. *Gaudete et Exultate*. AAS, vol 110. (2018). Madrid: Ediciones Palabra, 2018.

Francisco. *Misericordiae Vultus*. AAS, vol. 107. (2012). Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la misericordia. Madrid: San Pablo, 2015.

Documentos del Concilio Vaticano II. Madrid: BAC, 1993.

Congregación para el clero. *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana, 2013.

2. Documentos de la Conferencia Episcopal Española

Álvarez, Bernardo. “El sacramento del orden, fuente de la caridad pastoral”. En AA.VV. *Eucaristía y caridad pastoral*. Comisión Episcopal del Clero 38. Madrid: Edice, 2000

Blázquez, Ricardo. “La Eucaristía, expresión plena y alimento de la caridad pastoral”. En AA. VV. *Eucaristía y caridad pastoral*. Comisión Episcopal del Clero 38. Madrid: Edice, 2000.

Crespo, Alfonso. “La caridad pastoral informa otras virtudes del pastor”. En AA. VV. *Eucaristía y caridad pastoral*. Comisión Episcopal para el clero 38. Madrid: Edice, 2000.

Trujillo, Lorenzo. “Aproximación valorativa a la espiritualidad de los sacerdotes diocesanos”. En AA. VV. *La formación espiritual de los sacerdotes según PDV*. Comisión Episcopal para el clero 23. Madrid: Edice, 1995.

Conferencia Episcopal Española. *Formar pastores misioneros. Plan de formación sacerdotal*. Madrid: Edice, 2020.

Pontificio Consejo para la promoción de la nueva evangelización. *Misericordiosos como el Padre*. Madrid: BAC, 2015.

Obras del Cardenal Marcelo González Martín

González Martín, Marcelo. *El valor de lo sagrado*. Vol 1. En obras del cardenal Marcelo González Martín. Salamanca: Kadmos, 2015.

_____. *Evangelizar*. Vol 4. En obras del cardenal Marcelo González Martín. Toledo: Instituto teológico san Ildefonso, 1988.

_____. *Gozo y Esperanza*. Toledo: Instituto teológico san Ildefonso, 2010.

_____. *Los valores de siempre*. Vol 9. En obras del cardenal Marcelo González Martín. Salamanca: Kadmos, 2015.

_____. *Santa madre Iglesia*. Vol 2. En obras del cardenal Marcelo González Martín. Toledo: Instituto teológico san Ildefonso, 1987.

_____. *Seminario nuevo y libre*. Vol 7. En obras del cardenal Marcelo González Martín. Salamanca: Kadmos, 2015.

_____. “Alimentar nuestra vida con el Concilio”. En *El legado espiritual del Vaticano II visto por el sínodo*. Salamanca: Kadmos, 1987.

Libros consultados

Arnau, Ramón. “*Introducción Presbyterorum Ordinis*”, en *Concilio Ecuménico Vaticano II*. Madrid: BAC, 1993.

Aillet, Marc. “Eucharistie, expression plénière et plus haute réalisation de la charité pastorale”, En *La Charité pastorale*, ed. Société Jean-Marie Vianney-Santuaire d’Ars. París: Parole et silence, 2014.

Esquerda Bifet, Juan. *Esquemas de espiritualidad sacerdotal*. Pamplona: Fundación Gratis Date, 1990.

- _____. *Espiritualidad sacerdotal en el presbítero*. Vitoria: Egaña, 1986.
- Evagrio Pónico. *Obras Espirituales*. Madrid: Ciudad Nueva, 1995.
- Ferrer, Joaquín. *El sacerdocio don y misterio: teología y espiritualidad del sacerdocio ministerial*. Herrera del Duque: Arca de la alianza, 2010.
- Gamarra, Saturnino. *Manual de espiritualidad sacerdotal*. Burgos: Monte Carmelo, 2008.
- Montes Peral, Luis Ángel. *La centralidad de la caridad pastoral en la vida y misión del sacerdote*. Maliaño (Cantabria): Sal Terrae, 2014.
- Nault, Dom Jean-Charles. *El demonio del mediodía. La acedia, el oscuro mal de nuestro tiempo*. Madrid: BAC, 2018.
- Potterie, Ignacio de la. *La verdad de Jesús*. Madrid: BAC, 1979.
- Préaux, Paul. “La charité pastorale, source, critère, mesure, impulsión de l’amour et du service du ministre envers l’Église”. En *La Charité pastorale*, ed. Societé Jean Marie Vianney-Santuaire d’Ars. París: Parole et silence, 2014.
- Ratzinger, Josep - Benedicto XVI. *Jesús de Nazaret*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana, 2007.
- Rueda, Concepción. *Don Marcelo Servidor y Maestro*. Toledo: Antonio Pareja Editor, 2006.
- Spicq, Ceslas. *Agape en el Nuevo Testamento*. Madrid: Cares, 1977.
- Tomás de Aquino. *Suma de teología*, II-II, q.35 a.2.c. Madrid, BAC, 2001.
- Uriarte, Juan María. *El celibato*. 2ª ed. Maliaño, Sal Terrae, 2015.

_____. *Ministerio Presbiteral y espiritualidad*. Bilbao: Instituto diocesano de teología y pastoral, 1999.

Artículos citados

Calvo Valencia, Santiago. “El cardenal Marcelo González Martín y el Concilio Vaticano II”. *Toletana* 28 (2013/1): 9-39.

Fernández González, Demetrio. “Don Marcelo, Padre e impulsor del Concilio Vaticano II”. *Toletana* 38 (2018/1): 115-130.

García Velasco, Julio. “La caridad pastoral en la teología y espiritualidad del ministerio”. *Seminarios* 39 (1993): 461-491.

García, Marta. “«Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve». El servicio evangélico de la autoridad”, *Confer* 55 n°. 209 (2016): 29-60.

Madrigal, Santiago. “Ser sacerdotes según el Concilio Vaticano II y su recepción postconciliar”, en *El ser sacerdotal. Fundamentos y dimensiones constitutivas*, (Madrid: ed. Gabino Uríbarri, 2010), 119-158.

Montes Peral, Luis Ángel. “El primado de la caridad pastoral y de la misericordia en la espiritualidad sacerdotal”. *Surge* 74 n°. 694 (2016): 135-161.

Picaza, Xavier. “Raíces cristológicas de la castidad religiosa”. *Vida Religiosa* 94/1-2 (2003): 67-80.

Royón, Elías. “«Sus heridas nos curaron». El sacerdote sanado en la misericordia de Cristo”. *Cuadernos de Espiritualidad* 195 (2014): 37-57.

Uriarte, Juan María. “Caridad pastoral y fraternidad presbiteral”. *Surge* 63 n°. 632 (2005): 483-498.

_____. “Servidores de la comunidad”. *Sal Terrae* 98/10 (2010): 899-908.

Valero, Urbano. “La autoridad”, *Sal Terrae* 95/5 (2007): 677-688.

Diccionarios

Diccionario del sacerdocio. Dirigido por los profesores de la facultad de teología de Burgos, 82-87. Madrid: BAC, 2005.

Pigna, Arnaldo. “Caridad”. En Diccionario de espiritualidad. Vol. 1. 2ª ed. Dirigido por Ermanno Ancilli, 318. Barcelona: Herder, 1987.

Staffi, Mario. “Caridad”. En Nuevo diccionario de espiritualidad. 5ª ed. Dirigido por Stefano de Fiores y Tullo Goffi, 156. Madrid: Ediciones Paulinas, 1991.

Tesis doctorales

Ortega, Juan Carlos. “Es la hora del amor a la Iglesia. La virtud del amor a la Iglesia en el pensamiento de Don Marcelo González Martín.” Teología Dogmática, Instituto Teológico san Ildefonso, 2015.